

CRIMEN & CIA.

B. M. Gill

**EL CLUB
DEL CRIMEN**



En la parte posterior de la casa en la que tiene su discreta sede «El club del crimen», hay aparcados varios coches lujosos. Sus propietarios son expertos en armas de fuego, cuchillos exóticos, drogas, venenos y demás artilugios que forman parte del mundo del crimen. Sin embargo, ninguno de ellos se ha enfrentado nunca con la sangrienta brutalidad de un crimen real, y la mayoría solo aspira a obtener unos buenos ingresos de los derechos de autor de sus novelas policíacas. Tras el asesinato de uno de los miembros del club, el inspector Maybridge, encargado de la investigación, deberá convertir su trabajo en una lección magistral de deducción para el auditorio de aficionados que le rodea.



B. M. Gill

El club del crimen

Inspector Maybridge - 2

Crimen & Cia. - 26

ePub r1.3

Titivillus 09.08.15

Título original: *Seminar for Murder*

B. M. Gill, 1985

Traducción: Esteban Riambau Saurí

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

EL INSPECTOR JEFE de detectives Maybridge no era un vidente. De haberlo sido, se habría negado a pronunciar una conferencia en el seminario de escritores de novelas policíacas. Se hubiera quedado en casa para cuidar su jardín, sin verse implicado en una extraña serie de acontecimientos que, aparte de terribles, resultaron personalmente muy embarazosos.

Sin embargo en aquel radiante sábado otoñal, sin ninguna premonición de desastre que viniera a turbarle, se sentía muy tranquilo. No tenía que dar su conferencia ante los miembros del Club de la Guillotina de Oro hasta las dos y media, y por consiguiente decidió coger la carretera más larga, pero más pintoresca, que cruzaba los Downs.

Allí, muy cerca de la bulliciosa ciudad de Bristol, las mansiones del

siglo XVIII

, elegantes y encantadoras, mostraban la pacífica aureola de una época ya muy lejana. Los prados cubiertos de hierba, con presencia de una arboleda abundante, con tonos bronceados y escarlata, exhibían sus colores como tapices antiguos. Se podía ver el puente colgante del Clifton, de un blanco marfileño sobre las aguas de color verde oliva, tan a mano para los suicidas.

El talante de Maybridge se agrió gradualmente al empezar a acosarlo los problemas cotidianos. Todas las grandes ciudades producían tensiones insoportables. Un día, cuando se jubilara, pensó, se compraría una pequeña finca en los Cotswolds. Se alejaría

totalmente de las tareas policiales. Se dedicaría a cultivar rosas y criar abejas, y leería manuales de agricultura.

Era extraordinaria la fascinación que al profano le inspiraban libros sobre el tema de la muerte en sus aspectos más sórdidos. Echó un vistazo a la caja de diapositivas forenses que tenía a su lado. Tal vez hubiera tenido que eliminar las peores. (No eran agradables e incluso algunas resultaban escalofriantes). Los autores a los que iba a enseñárselas no estaban curtidos por la experiencia; eran hombres y mujeres con imaginaciones macabras, que se ganaban la vida a expensas de la fascinación temporal que ejercía el asesinato sobre otras personas. Y algunos se la ganaban muy bien. Se rumoreaba que *sir* Godfrey Grant, presidente y fundador del Club de la Guillotina de Oro, poseía una mansión solariega isabelina en el Wiltshire, una villa en Portugal y (probablemente) una cuenta bancaria en Suiza. ¿Qué inspector jefe de la policía podía aspirar a esto, por más que trabajara?

Había conocido a Grant en el club de golf local. Entre un hoyo y otro, habían hablado sobre las rosas de té híbridas, la especialidad de Maybridge, y más tarde mientras tomaban una copa en el edificio del club Grant le había pedido su opinión acerca de un par de novelas policíacas que se habían publicado recientemente. Maybridge no las había leído, pero hizo comentarios sobre los detalles en los que suelen equivocarse los escritores de este género. La semana siguiente, le llegó la invitación para el seminario. La nota de Grant, sujeta con un clip al programa del fin de semana, había sido escrita con un bolígrafo de punta negra:

«Nos encantaría que viniese. Un oficial de policía retirado había de disertar sobre balística, pero se lo ha impedido un ataque de apendicitis. Si usted pudiera ocupar su lugar, se lo agradeceríamos intensamente —le rogaba, con tono lleno de esperanza—. Es un club pequeño; solo lo forman treinta autores. Nos reunimos anualmente y, a partir de una breve lista de seis libros escritos por nuestros miembros, votamos para determinar el ganador del Premio Guillotina de Oro. El lugar es la sala de la residencia universitaria, en Saint Quentin. Nos la dejan desde el viernes hasta el domingo por la tarde. La comida no está mal y yo me ocuparé

personalmente de las bebidas. Nos alojamos en habitaciones individuales, en caso de que usted desee quedarse el sábado por la noche, para asistir a la cena y a la concesión del premio».

Tal vez Maybridge no hubiera aceptado si su esposa, profesora de inglés en la Universidad de Bristol, no se hubiera desplazado a Estados Unidos para dar una serie de conferencias sobre la prosa en tiempos de la Restauración. Pero, en ausencia de ella, prepararse para presentar su tema, mucho menos erudito, le concedió tiempo para reflexionar. *Sir* Godfrey había sugerido que podía llegar allí antes del almuerzo y asistir a las conferencias de la mañana, pero Maybridge, interpretándolo como una invitación para ver cómo debía hacer su tarea, rehusó cortésmente. La compañía del grupo de autores durante toda una tarde y la velada del sábado ya era suficiente. Casi lamentaba ahora haber dicho que también dormiría allí aquella noche, pero, con Meg en el extranjero, su casa estaba muy solitaria.

St. Quentin era una vasta mansión victoriana en una avenida flanqueada por árboles, no lejos del centro comercial local. Allí, la vista era menos rural y menos atractiva, puesto que la ciudad ya dejaba entrever su presencia. Ante la verja, condujo su Peugeot hasta la amplia zona semicircular y cubierta de gravilla, donde ya había aparcados alrededor de una docena de coches.

Había esperado que le recibiera el propio Grant, pero salió a saludarle un hombre de mediana edad, con los cabellos teñidos de color castaño, que se presentó como Dwight Connors y seguidamente ofreció profusas excusas para justificar la ausencia temporal de Grant.

Se ofreció también para ayudarle a descargar sus cosas.

—Supongo que habrá traído una pantalla portátil y un proyector...

Maybridge asintió y cada uno cogió un extremo de la pantalla, mientras Maybridge transportaba el proyector y las diapositivas con la otra mano.

St. Quentin era un edificio antiguo, vetusto, mal modernizado en ciertos lugares, pero en la planta baja había conservado su dignidad. Connors le condujo a través del amplio vestíbulo cruzado

por las corrientes de aire, hasta la sala de conferencias, una sala imponente y bien proporcionada, con un techo alto y unas molduras muy recargadas. Maybridge miró a su alrededor apreciativamente mientras seguía a Connors hasta el escenario, adornado por cubiertas de libro clavadas en unos paneles.

—¿También usted escribe *thrillers*? —preguntó.

—¡Qué el cielo no lo permita! —exclamó Connors, en una imitación inconsciente de Grant en sus momentos más pomposos.

—A mí me han parecido razonablemente normales —observó Maybridge, refiriéndose al grupo de escritores junto a los cuales habían pasado, camino de la sala de conferencias.

—No se engañe —replicó Connors con una mueca.

Examinó el enchufe del proyector y, sacando un pequeño destornillador del bolsillo de sus tejanos, lo atornilló debidamente.

—¿Qué es usted? —preguntó Maybridge, con un gesto de aprobación—. ¿Electricista?

—Entre otras cosas. Una especie de comodín: usted diga una cosa y yo la haré.

—¿Secretario personal de Grant?

—Y agente literario. Recorro tierras extranjeras con la producción literaria de Grant en mi maleta.

¿A cambio de un veinte por ciento?, preguntó Maybridge. En este caso, el hombre había encontrado una buena profesión.

Connors enchufó en una placa que había a un lado del escenario y probó el proyector. Funcionaba. Preguntó entonces a Maybridge si había leído alguno de los libros que se presentaban al premio.

—*Sir* Godfrey me los mandó cuando accedí a dar la conferencia. Rastrillarlos me ocupó buena parte de los últimos diez días.

—Rastrillar sugiere una tierra más bien desmenuzada, fangosa —le advirtió Connors—. Es un verbo que no gusta a los autores.

—Tal vez un poco crudo —admitió Maybridge sonriendo—, pero haré todo lo posible para no utilizarlo.

Dijo a Connors que había leído el último libro de Grant, *El factor Helio*, y preguntó por qué no aspiraba al premio junto con los demás.

—La Guillotina —explicó Connors— es un obsequio anual que hace el propio Grant. Es de oro de dieciocho quilates y vale unos cientos de libras. Entregarlo con una mano y pegar un zarpazo con

la otra sería algo que más bien afearía la imagen.

Había sido una observación cáustica y tal vez imprudente, pero, antes de que Maybridge pudiera responder, Connors le dejó para trasladarse detrás del escenario y sacar de allí una mesa cubierta por un paño verde. Al regresar, sugirió al inspector jefe que colocara el proyector sobre ella.

—Como verá, tiene la altura adecuada.

Ayudó a Maybridge a hacerlo y le deseó buena suerte con su conferencia. Connors se estaba preguntando cómo se las arreglaría ese policía. Presentía que lo haría mejor que el otro. El conferenciante del año pasado, el inspector Grimshaw, tal vez molesto por un apéndice doloroso, se había mostrado nervioso y pesado, en tanto que Maybridge daba la impresión de un general estratégicamente situado en lo alto de una colina y esperando, con cierta satisfacción, que se acercara el enemigo. Connors le dijo dónde encontraría su dormitorio.

—Hemos colocado unas etiquetas adhesivas con los nombres en las puertas. Me parece que a usted lo han puesto al lado de un miembro del club, Scott Wilson. Los baños y los retretes están al final del pasillo. Durante el curso, viven aquí estudiantes, de modo que el acomodo es espartano pero adecuado.

Mientras preparaba su pijama, algo más tarde, Maybridge coincidió con esta descripción. La habitación le recordaba una escuela de la policía en la que había estado unos años antes, pero que era algo más confortable. La estrecha cama estaba delante de una ventana que, evidentemente, se extendía al dormitorio contiguo. El tabique de partición, pintado de verde, era endeble y no cabía esperar de él ninguna insonorización.

Esperó que su vecino no fuera un adicto del transistor. Alguien había dejado una caja llena de pañuelos de papel en el pequeño armario situado junto a su cama. Se le ocurrió la posibilidad de que un imperio financiero se construyera con mayor facilidad produciendo papel en blanco en vez de libros escritos, pensamiento que resultaba herético en las actuales circunstancias. Sonriendo, Maybridge sacó sus notas manuscritas del bolsillo interior de su chaqueta deportiva marrón claro, y les dio una ojeada. La primera parte de la conferencia discurriría sobre un terreno familiar: armas de fuego y el asesinato en toda su desagradable realidad. La

segunda parte versaba sobre cadáveres de ficción, que habían encontrado la muerte por caminos sorprendentes y muchas veces erróneos. Tarareando satisfecho, se dedicó a subrayar algunos de los ejemplos más notorios.

Diez minutos antes de que fuese a comenzar la conferencia de Maybridge, Grant entró en la sala de conferencias, con su esposa, Fay, a su lado. Había sido una mañana traumática, precedida por una semana afanosa de preparativos para el seminario. Y hoy, cuando parecía que todo funcionaba por fin satisfactoriamente, había llegado Bonny Harper con su hijo bastardo.

—Y el verbo de Godfrey se hizo carne —le había provocado Bonny en la subsiguiente discusión—, y su nombre es Ulysses.

Había necesitado algún tiempo para dominar su cólera. Un *whisky* corto había contribuido a ello. Una ración más generosa hubiera resultado más útil, pero *sir* Godfrey era diabético y debía tomar precauciones al respecto. Las periódicas peticiones de Bonny en cuanto a su mantenimiento las solía hacer por carta, y esta era la primera vez que él veía al niño en carne y hueso. No cabía duda de que era suyo. Contempló la cubierta del libro de Bonny, clavada junto con las demás en el escenario —una escena invernal, en tonos anaranjados y pardos, con un pequeño cadáver espectral depositado como un jirón de niebla en pleno páramo— y no pudo evitar el amargo deseo de que se tratara de una foto de la propia Bonny, después de haberse apoderado de ella el *rigor mortis*.

Maybridge, consciente de unas tensiones que no podía comprender, estrechó la mano de Fay cuando Grant subió con ella al escenario para hacer las presentaciones. Había oído decir que era euroasiática: medio india y medio escocesa. Una mezcla improbable. Era la segunda esposa de Grant, su exsecretaria, y varios años más joven que su marido. No obstante, Grant, aunque ya frisaba en los cuarenta y cinco años, parecía estar en el apogeo de su vigor, tan impecable como una moneda recién acuñada, en tanto que Fay parecía acabada de salir de una cocina donde reinara un calor insoportable. Su vestido, de lino color crema, sencillo y muy caro, no le sentaba bien. Maybridge pensó que debería llevar colores llamativos, incluso aquellas prendas exóticas que tanto agradaban a ciertos jóvenes. Trató de imaginársela con un sari y no lo consiguió. Era una mujer alta y desgarbada, y poseía una cierta

belleza huesuda que era totalmente escocesa. Tan solo sus ojos oscuros y sus cabellos negros y relucientes, sujetos inseguramente con una peineta de concha, delataban su origen indio. Se excusó por no haber estado presente para saludarle cuando él llegó.

—¿Todo funciona? —preguntó Grant, refiriéndose al proyector. Maybridge contestó afirmativamente.

—¿Le serviría de ayuda que yo insertara las diapositivas? —ofreció Grant, en un esfuerzo para compensar su tardanza en darle la bienvenida.

—Gracias, pero en realidad, no. Lo tengo todo preparado.

A través de una de las ventanas laterales, Grant observó que había llegado el doctor Crofton. Estaba trasladando un maletín, tal vez el propio de su profesión, desde el asiento anterior de su coche al maletero.

Lo metió en él y cerró cuidadosamente. Grant lo estuvo mirando durante unos momentos y después, recordando sus deberes como anfitrión, se volvió de nuevo hacia Maybridge.

—¿No puedo hacer nada para ayudarle?

Maybridge, perplejo ante su actitud casi angustiada, le contestó negativamente.

—Entonces, solo me quedaré en el escenario para hacer su presentación. Después, usted reinará en él.

Maybridge contempló con interés la sala de conferencias, que se estaba llenando poco a poco. Aquella especie para él desconocida acudía mostrando toda clase de formas y tamaños. Los imaginó ante sus máquinas de escribir, soñando en asesinatos y mutilaciones. Observó que uno de ellos, una mujer, era de edad muy avanzada. Tenía los cabellos blancos y llevaba un traje sastre y un collar de perlas. (¿Auténticas?, ¿cultivadas?, ¿falsas? Al parecer, en esa profesión podía ganarse mucho, algo, e incluso nada). La anciana se había traído su labor de punto. ¿Un homenaje a la señorita Marple? ¿O una *tricoteuse*?

Cora Larsbury captó la mirada del inspector y sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Un hombre agradable, pensó. Feo oficio el suyo. Las investigaciones para su última novela la habían llevado hasta Egipto, al Valle de los Reyes. Allí yacían, sobre la arena, macizas cabezas de granito. Unas cabezas muy impresionantes. La del inspector era también impresionante. Vigorosa, aunque no bella.

Lástima que se le estuviera formando ya barriga, y que sus piernas fueran más bien cortas. Los reyes egipcios decapitados estaban sentados muy erectos, con las manos sobre unas rodillas musculosas. ¿Qué vándalos los habían mutilado?, se preguntó. Sin duda, el culpable era el paso implacable del tiempo. El tiempo tenía muchas cosas de las que responder. No había demostrado Fay un gran tacto al haber mencionado que ella había cumplido ya los setenta años. Un cumpleaños muy especial, había dicho Fay, para preguntar seguidamente qué le gustaría para celebrarlo. Ella había estado a punto de contestar: «Ver publicado mi nuevo libro», pero esto hubiera equivalido a buscar la reacción de *sir* Godfrey ante sus palabras. Este había recibido el manuscrito dos semanas antes y había tenido tiempo más que suficiente para leerlo y comentarlo con Fay. Grant, con toda seguridad, criticaría ciertos aspectos, pero su crítica era constructiva y cortés, y ella siempre tomaba buena nota de lo que pudiera decir.

Generalmente, Cora se mostraba optimista con respecto a todos sus libros, pero sentía que con este había creado algo especial. Con un poco de orientación por parte de *sir* Godfrey, bien pudiera ser que rompiese la barrera y entrase en prensa. Resultaba alentador que alguien con tanta influencia en el mundo del libro le prestara una atención seria y respetuosa. Antes, hablando con los novatos, había aconsejado al nuevo y joven escritor, Scott Wilson, que diera buena acogida a todo lo que *sir* Godfrey pudiera decirle.

—Después de todo —le había dicho ella—, está usted aquí para aprender.

—Soy un terreno virgen —había contestado él, jovialmente—, dispuesto a verme sembrado con todo lo que pueda conducir al éxito.

Como por telepatía, la mirada de Maybridge dejó a Cora Larsbury para fijarse en el objeto de los pensamientos de ella. Un matrimonio joven con hijo de corta edad, conjeturó, levemente sorprendido al ver a un bebé en la sala.

Sin embargo, Bonny y Scott se habían conocido hacía muy poco tiempo. Durante los últimos cuatro seminarios, la conferencia del mediodía había sido dirigida por Bonny a la clase de los novicios. Este año, Grant había cambiado el programa y dejado libre la hora que precedía a la comida. Los novicios, sin embargo, eran fieles.

Habían informado al nuevo miembro, Scott Wilson, y se habían presentado como de costumbre. Sin haberse preparado, pero emocionada por su lealtad, Bonny había improvisado a base de lo que podía recordar de las *Casual Notes on the Mystery Novel* de Chandler. Scott la había desafiado a revelar la fuente de sus datos, pero más tarde se había redimido al decirle que Ulysses era un niño precioso. «Pero ¿por qué ponerle un nombre como este? ¿Acaso era una admiradora de James Joyce?». Bonny le había dicho que el general Ulysses Grant, que fue presidente de los Estados Unidos, era un antepasado del impresionante padre del crío. Esta explicación había encantado a Scott y, ahora, él y Ulysses charlaban ya largo y tendido.

Scott le señaló el perro de Haydon, y Ulysses saltó una y otra vez, muy excitado.

También Maybridge había observado la presencia del perro. Era un gran setter de pelo rojizo dorado, y se había sentado cerca de un radiador. A los perros les gusta el calor y este no faltaba en la sala. Por consiguiente, ¿por qué aquel hombre del grupo, cerca de la puerta, llevaba puesta aquella capucha, como una especie de balaclava, abierta desde la frente hasta la garganta, y muy ajustada en el resto? Maybridge sabía que había de recordar algo relacionado con aquella prenda —algo desagradable e inquietante—, pero el recuerdo se negaba a tomar forma.

Cuando otras veces había dado conferencias en la policía, el ambiente siempre había sido formal, como él prefería, pero aquí todas las sillas estaban agrupadas en semicírculos irregulares. Si alguien se aburría, le bastaba con dar media vuelta a su silla y dormirse... o abandonar el lugar. La sala estaba ya casi llena y la mayoría de las sillas ocupadas. Maybridge, picado en su amor propio, revisó una vez más las diapositivas y con un movimiento de la cabeza indicó que estaba dispuesto a comenzar.

Grant avanzó hacia el centro del escenario y esperó que se hiciera silencio. El último ruido en extinguirse fue un hipo de Ulysses. Padre e hijo se miraron con malevolencia. No se le había ocurrido la posibilidad de que Bonny trajera el crío a la sala de conferencias. Connors hubiera tenido que impedírselo. Y Lawrence Haydon, exudando veneno, había traído a su maldito perro y también a Christopher, su hijo marica. Los seminarios de los años

anteriores habían transcurrido agradablemente. No se podía decir lo mismo con este, y solo se necesitaba ahora que el inspector jefe ofreciera un desastre de conferencia para dar el toque final a un día que ya le había puesto suficientemente a prueba.

—Es para mí un gran placer —dijo como era de esperar— presentarles al inspector jefe Maybridge. Como ya recordarán, en años anteriores nuestro conferenciante fue el inspector Grimshaw, de la policía metropolitana. No ha podido estar con nosotros este año, pero hemos tenido la gran suerte de que el inspector jefe haya accedido a llenar esta laguna —Sonrió—. Y si me perdonan el chiste malo, va a llenarla con balas. Su tema es la balística.

Era, efectivamente, una broma muy tosca y nadie respondió a ella. Grant hizo una pausa de unos segundos, momentáneamente desconcertado, y después continuó:

—Si después, en el curso de su conferencia, el inspector jefe les dirige a ustedes algún que otro proyectil verbal, en forma de crítica, deben escucharlo atentamente y agradecersele. Nosotros podemos ser escritores de crímenes, pero no somos expertos del crimen —Se retiró del centro del escenario—. Les pido un aplauso para el inspector jefe Maybridge, que va a dedicarnos una conferencia sobre el asesinato.

2

MAYBRIDGE ESPERÓ que se extinguiera el cortés aplauso.

—Todo proyectil verbal que yo pueda disparar —dijo sonriente— no será dirigido con intenciones letales. No obstante, si sienten la necesidad de alejarse del alcance de las balas, y no están muy seguros de cuál puede ser este alcance, permítanme que se lo recuerde.

La audiencia se mostraba escrupulosamente atenta y Maybridge continuó:

—Un disparo a quemarropa es el que se efectúa a la distancia de un brazo. El alcance lejano de una pistola es de unos quinientos metros. Un fusil de cañón rayado puede disparar efectivamente hasta una distancia de casi tres mil metros. Puesto que la sala de reunión se encuentra a la vuelta de la esquina, es posible que algunos de ustedes prefieran emprender la huida antes de que yo comience. Mi conferencia no será agradable, pero espero que tampoco aburrida. Casi la mitad de las diapositivas que voy a enseñarles tienen relación con el funcionamiento de las armas de fuego. Deben estar todos ustedes al corriente de los variados mecanismos. La información será técnica, pero les prometo ser breve. Lo que ustedes necesitan saber, si escriben descriptivamente, es el efecto de la bala en el cuerpo humano. Las heridas de entrada y de salida, etcétera. Las diapositivas no tienen nada de hermosas, pero sin embargo son muy necesarias para la investigación de los crímenes. Si les parece que sus estómagos no podrán resistirlas, colóquense de espaldas. Ustedes, señoras y señores, escriben unos

libros muy duros, pero pintar la sangre en una tela es algo que queda muy lejos de verla en realidad. Espero que al finalizar la conferencia todos ustedes sigan aquí, pero si alguien se ausenta no será, ni mucho menos, una señal de debilidad.

Cruzó los brazos y contempló a su audiencia. Ligeramente nerviosos, todos los asistentes le devolvieron la mirada. Ulysses se había acomodado entre los brazos de Bonny y se había metido el pulgar en la boca. El sueño le estaba cerrando los párpados.

—Habrás visto cosas peores en la televisión —susurró Scott a Bonny—. Por otra parte, a su edad todo esto no significa nada.

Bonny deseó que estas palabras fuesen verídicas. Fácilmente hubiera podido dejar a Ulysses a alguna vecina, pero ya era hora de que viera a su padre y, lo que todavía era más importante, también era hora de que su padre le viera a él. Tuvo un repentino y vivido recuerdo de Ulysses en el jardín de su vivienda en North London. El apartamento era pequeño y húmedo, y carecía de luz, pero el jardín era una extensión gloriosa, llena de matorrales enmarañados y de una hierba alta y espesa. En medio se alzaba un castaño de formas retorcidas. Ese año había dado muchas castañas, y también abundaban las ardillas que se las comían. El último sábado por la tarde —hacía tan solo una semana—, Ulysses había estado sentado en su cochecito, contemplando las ardillas. Una mariposa se posó en su mano, enguantada por un mitón azul. Alzó cuidadosamente la mano, la mariposa temblequeó en las puntas de sus dedos y después, como un chispazo rojo y anaranjado, emprendió el vuelo. El niño la contempló solemnemente y después se volvió y sonrió a su madre.

Esta lo estrechó ahora entre sus brazos. Luchar con Godfrey a causa de él era un mal asunto. Balística, no mariposas, se esforzó en recordar.

Maybridge pidió que se corrieran las cortinas para poder enfocar mejor las diapositivas. El mayor Lawrence Haydon, cercano a una de las ventanas laterales, pasó cuidadosamente ante Marcus y corrió el grueso cortinaje verde. Marcus meneó la cola, al reconocer a su amo.

—Buen perro —susurró Haydon.

Había evitado un encuentro con Grant, pero este, desde luego, sabía que el perro estaba allí, pues los había visto llegar. El

desagrado de Grant ante la presencia suya había cruzado la habitación como un rayo láser. Haydon regresó a su silla, contigua a la de su hijo, Christopher, que estaba sentado con los brazos cruzados y mirando resueltamente hacia adelante.

Por el momento, pensó Maybridge, todavía cuento con su atención. Y si puedo transmitirles la mecánica de la balística con la mayor rapidez posible, la conservarán. Se volvió hacia la pantalla; las diapositivas de esta primera fase eran diagramas.

—Gatillo, culata y cañón —dijo—, un término común que todos conocemos; añádase la recámara y el extractor y tenemos un fusil —Prosiguió—: Las armas de cañón rayado son de cañón largo o bien de cañón corto; las de cañón corto son las pistolas. Existe una diferencia considerable en la presión en la recámara. En un fusil puede llegar hasta unas veinte toneladas; en una pistola, hasta cuatro a seis toneladas. Imaginemos el impacto en la carne y el hueso. Los dos tipos corrientes de pistola son el revólver —que tiene una recámara giratoria— y la pistola automática, en la que se utilizan cargadores con las balas.

Les mostró diapositivas de los diferentes mecanismos de carga.

—Pasemos ahora a las diapositivas que muestran casos reales. Permítanme que insista en ello. Los protagonistas son personas. Personas muertas. Muertas de una manera trágica y fea, ya se trate de un asesinato o de un suicidio. Todo esto es tema común en su oficio. Y también en el mío. Sin embargo, ustedes solo raspan la superficie, señoras y señores, y yo no. Con estas palabras no pretendo darme aires de superioridad. No es esta mi intención. Yo no podría escribir un libro, pues no soy un experto como ustedes. Pero ustedes no podrían solucionar un asesinato. Son brillantes creadores y trabajan para convertir la muerte en un espectáculo. No lo es.

La finalidad de esta parte de la conferencia consistía en enseñar cómo diferenciar entre asesinato y suicidio. La voladura de la bóveda craneal no dejaba mucho lugar para la duda; en cambio, una bala que atravesara el corazón a veces sembraba la duda, y les mostró ambos casos. La siguiente diapositiva era la de una herida de contacto, causada por un suicida que utilizó una escopeta de caza del calibre 12. La comparó con un disparo efectuado a veinte metros por un arma similar.

—La dispersión de los perdigones en una zona de más de medio metro indica que la distancia fue de unos veinte metros. Evidentemente, asesinato.

La siguiente media docena de diapositivas tenía un carácter similar y Maybridge invitó al público a hacer comentarios.

—Tengan en cuenta que la dispersión del disparo depende del ahusamiento en el interior del cañón, de modo que se trata de una aproximación. Sin embargo, el suicida se ve limitado por la longitud de sus brazos. ¿Qué dirían de estas: suicidio o asesinato?

Las respuestas se tradujeron en un murmullo vacilante; algunas diapositivas eran francamente desagradables.

Sintiéndose levemente culpable, Maybridge recordó a la mujer de edad proecta y miró en su dirección. Seguía haciendo su labor a pesar de la penumbra y parecía perfectamente compuesta. El niño se había dormido sobre las rodillas de su joven madre. Aparte de estas personas, los demás no le preocupaban.

—Ahora bien —continuó con aplomo—, decidir la distancia desde la que se produjo una herida de bala —no una herida por disparo de escopeta de caza— resulta más difícil —Explicó que las ondas laterales de presión tenían un efecto de desgarrar en la carne—. La distancia puede definirse hasta unos ochenta metros con una pistola, y unos doscientos metros con un fusil. Todo esto es materia de libro de *texto*, y necesitarán efectuar una serie de lecturas si quieren escribir con alguna profundidad sobre este tema.

A continuación, Maybridge procedió a enumerar y mostrar los puntos vitales elegidos por los suicidas: la sien, el corazón, el paladar, la frente.

—Un asesino puede disparar contra el rostro de su víctima, por debajo de la frente, pero jamás he visto que un suicida lo hiciera. Existe una aversión psicológica respecto a ciertos lugares. Si en su libro aparece un cadáver que ha recibido una bala en un ojo, se trata de un accidente o bien de un asesinato —Sonrió—. No obstante, no tomen estas palabras más al pie de la letra. Sus cadáveres les pertenecen a ustedes, y algunos de ellos son cadáveres verdaderamente espléndidos. Y si yo tuviera la mitad de la inteligencia y de la suerte de algunos de sus detectives, haría ya años que me habrían ascendido a comisario.

Contempló al público y observó que Fay estaba sentada con los

ojos cerrados. Ahora los abría cautelosamente, preguntándose por qué había hecho Maybridge una pausa.

—Aquellos de ustedes que no escriben —dijo— han soportado mi charla con un gran estoicismo. Espero que aquellos que sí escriben, y cuyos libros yo he leído y de los que intentaré hablar, sufran mis comentarios con igual resignación. Recuerden, por favor, que yo no podría escribir. Ni uno solo de estos libros.

Vació el proyector y lo devolvió de modo que la luz se centrara en las cubiertas de libros clavadas al panel.

—Tengo entendido que estos son los libros que compiten por el Premio Guillotina de Oro —Se dirigió a Grant, que se había sentado entre el público, junto a Fay—. ¿Tiene ya la puntuación definitiva, *sir Godfrey*?

Grant contestó que los treinta miembros del Club habían votado en sobres cerrados. El recuento se efectuaría aquella noche, antes de la presentación.

—Por consiguiente, ¿nada de lo que yo diga puede influenciar en el resultado?

—Absolutamente en nada —le aseguró Grant.

Y, contento de que su libro no compitiera con los demás, se acomodó en su silla, prometiéndose un rato feliz.

Maybridge, observando que la anterior tensión de Grant se había evaporado ante la perspectiva de que sus colegas fueran criticados, se sintió divertido. Le hubiera agradado criticar las hazañas de Solar, el más reciente héroe de Grant, pero ¿cómo cuestionar unos logros científicos imaginarios, ambientados un siglo más allá en el futuro?

Sin embargo, animado por el curso que llevaba hasta el momento su conferencia, no pudo resistir una mención a la novela *El factor Helio* antes de pasar a los demás libros.

—Su personaje principal —dijo— utiliza su Zorphon G tal como sus antepasados utilizaban el napalm. O, para plantearlo de otro modo, su Zorphon G es al napalm lo que nuestros misiles actuales son a los antiguos bombarderos Wellington. ¿Qué le hizo pensar en ello?

Grant, complacido por la comparación, procuró no mirar a Connors, que de hecho le había procurado a la vez la idea inicial y todos los datos que pudieran sonar más o menos a científicos.

Encontrar nuevas ideas para captar la imaginación del público y repetir sus anteriores éxitos se estaba haciendo cada vez más difícil, y la ciencia ficción era precisamente su último intento para conseguirlo.

—El subconsciente es un territorio extraño, inspector jefe —proclamó Grant pomposamente—. En un nivel consciente, no tengo ni la idea más remota de qué fue lo que lo engendró. Mi musa ha sido amable conmigo. Pero digamos tan solo que llegó en su preciso momento.

Maybridge replicó con toda seriedad que esperaba que la llegada de tan peligrosa arma siguiera siendo pura fantasía.

—Al menos, mientras vivamos nosotros y nuestros hijos.

—Si la cronología en mi libro es exacta —replicó Grant con ironía—, disponen todos ustedes de setenta años.

—Por lo cual debo darle las gracias —manifestó Maybridge entre las risas de los asistentes.

Se acercó al panel expositor y señaló la cubierta del libro fijada en el extremo izquierdo.

—El factor tiempo —dijo— desempeña un papel importante en la novela *La muerte es discreta*. Me pregunto si su autor estaba pensando en el caso Haigh cuando escribió esto. ¿Tenemos al señor Trevor Martin entre nosotros?

El autor estaba presente, aunque no pudo evitar el deseo de que no fuera así. Trevor Martin era un hombre de cuarenta y tres años, profesor de arte en una escuela importante, si bien un diploma en química hubiera sido más apto para ayudarlo en su obra. No cabía duda de que, con esa historia, se había metido imprudentemente en un territorio desconocido.

Se levantó.

—Por desgracia mía —dijo con tono lastimero—, estoy aquí. Sí, basé mi novela en el caso Haigh. ¿En qué me equivoqué?

—Su error no fue más grave que el de Haigh —explicó Maybridge—, pero a él le costó la cabeza. Utilizó ácido sulfúrico para hacer desaparecer su cadáver. Usted también. Él no pudo eliminar la dentadura postiza de la mujer. Y usted tampoco. Supongo que esto es lo que usted pretendía, ¿verdad?

—Para los fines de la novela —contestó Trevor Martin—, así es.

—De acuerdo —dijo Maybridge—. Sin embargo, si quería usted

que la discreción fuera total, y sé que esto le hubiera estropeado su argumento, otro período de inmersión en el ácido hubiera hecho desaparecer los dientes postizos junto con el paladar de material acrílico.

—Desde luego, ya lo sabía —repuso Martin, cuyo rubor le estaba traicionando.

—Entonces le pido perdón por haberlo señalado —manifestó Maybridge diplomáticamente—. Es tan solo una pequeña información que tal vez pueda resultar de utilidad a otros.

—Le estamos agradecidos —dijo Martin, sentándose.

Dios mío, pensó Maybridge ¡El hombre se había ofendido!

—La aplicación de la ciencia de la dactiloscopia aparece en casi todos los libros —prosiguió, sin inmutarse—. Es evidente que ustedes han leído lo suyo en este tema, y que gran parte de sus lecturas han sido acertadas. El libro de Chester Barrington, *¡Cuenta hasta cuatro y dispara!*, se ha centrado en la incapacidad para tomar las huellas dactilares del cadáver. Una lectura algo más profunda hubiera indicado que el comisario se dio por vencido con demasiada facilidad en este caso. ¿Quién de ustedes es Chester Barrington?

Kate y Lloyd Cooper se levantaron y Maybridge reconoció inmediatamente al hombre de la capucha. El hecho de que Lloyd pudiera soportar ser el foco de la atención era un tributo a la habilidad de los expertos en cirugía plástica, y la de su psiquiatra, pero sobre todo a los amorosos desvelos de su esposa. El incendio en el hotel suizo se había producido en el décimo aniversario de su boda. Kate había escapado completamente ilesa, pero él, imprudentemente, había vuelto al hotel para rescatar un borrador parcial mecanografiado. Actualmente, casi tres años después de un tratamiento hospitalario intensivo, seguido por otras intervenciones quirúrgicas menores, estaba aprendiendo a mezclarse de nuevo con la gente sin que le importara. O sin que le importara demasiado. La capucha ocultaba lo peor de su desfiguración y él se abstuvo de tocarla mientras contestaba a la pregunta de Maybridge.

—Mi esposa Kate y yo formamos equipo —explicó.

La conferencia de Maybridge le había divertido. El inspector jefe había sabido plantear muy bien el tema. Era como un torero bailoteando entre los toros. La banderilla que le había clavado a

Trevor Martin apenas había rozado su piel, pero el muy idiota se había retirado de la lid agraviado. Vistas en perspectiva, las heridas literarias tan solo dejaban minúsculas cicatrices.

Amplió su respuesta.

—Somos Lloyd y Kate Cooper. Yo nací en Chester y Kate en Warrington. Chester Warrington sonaba a guía de ferrocarriles, y por tanto Warrington se convirtió en Barrington.

—Un seudónimo efectivo —comentó Maybridge.

Se le había ocurrido de pronto el porqué aquel hombre alto y de voz tan agradable llevara aquella prenda en la cabeza. Acudió a él un recuerdo completo de la frase leída en el libro de Grant. «Las atroces cicatrices recordaban los esfuerzos de un niño para formar una cabeza humana a partir de la arcilla; a fin de ofrecer una presencia aceptable a la vista del público, Manders llevaba una capucha de punto forrada con seda gris».

El resto del párrafo volvió a su memoria en fragmentos: «Psicológicamente era un desastre andante... con un narcisismo retorcido y siempre alerta... obsesionado por sus heridas, incapaz de pensar más allá de ellas...». Un *texto* pomposo, pero al mismo tiempo vitriólico.

Maybridge miró a Grant, que, sentado en la sala, se estaba examinando sus uñas bien cuidadas. ¿Una descripción deliberada?, se preguntó Maybridge. ¿Podía alguien ser tan cruel? Si la respuesta era afirmativa, ¿por qué se encontraba Lloyd Cooper allí? Evidentemente, si sus heridas eran algo parecido a las descritas por Grant, no estaría presente. Nadie podía ser tan masoquista... ni estar tan dispuesto a perdonar. Un caso grave de alopecia, tal vez, o de herpes zóster..., debía de ser algo de ese estilo. Evidentemente, él había sacado una conclusión errónea. Maybridge repensó rápidamente el asunto, absolvió a Grant (al menos temporalmente) y volvió al tema de la conversación.

—Me gustó el libro —dijo—; de hecho, disfruté con todos ellos.

—Gracias —contestó Kate, contribuyendo por primera vez a aquella sociedad de autores.

Maybridge supuso que debía de tener la misma edad de su marido, más o menos: unos treinta y cinco años. Su rostro, con sus amplios pómulos y su barbilla bien perfilada mostraba carácter más bien que belleza. Su voz era vigorosa y en ella no había ninguno de

los matices de humor que había detectado en la de su marido. Supuso que en una sociedad de dos autores, uno de ellos había de ser el dominante.

—Su cadáver llevaba muerto algún tiempo —dijo—. Se había iniciado la descomposición. No obstante, el hecho de que los dedos se estuvieran descomponiendo no excluía la posibilidad de obtener las huellas. En tales casos, cabe utilizar el negativo fotográfico. Creo que su asesino habría sido desenmascarado mucho antes si el equipo forense hubiera estado algo más al corriente de ciertos principios básicos en la detección.

—Un libro necesita tener una cierta longitud —indicó Lloyd amablemente—, pero de todos modos le doy las gracias.

Maybridge se alegró de que el otro hubiera tomado sus declaraciones de manera tan satisfactoria.

—Y hay otro detalle..., un punto jurídico. Su libro no está ambientado en Escocia, ¿no es verdad?

—No —contestaron a la vez Kate y Lloyd.

—Es una lástima, puesto que, de haber sido así, su método para tratar al sospechoso principal —he olvidado su nombre— hubiera sido el correcto.

—Learwick Masterton —le recordó Lloyd— y esperábamos que este nombre fuese recordado por todo el mundo.

Estaba sonriendo y Maybridge correspondió con otra sonrisa.

—Sí..., pero leer todos estos libros en tan poco tiempo exige un esfuerzo muy intenso... Sea como fuere, a Learwick Masterton no le hubieran tomado las huellas en Inglaterra sin su permiso, a no ser que se le hubiera declarado convicto o que se hubiera obtenido el permiso para hacerlo de un magistrado al que se dirigiese el inspector de la policía. En Escocia, al arrestarlo le hubieran tomado las huellas dactilares, diera él o no su permiso.

—Gracias de nuevo —dijo Lloyd—. La próxima vez que tengamos un sospechoso tan evidente, no le aplicaremos una presa de lucha en el brazo, sino que lo mandaremos al norte de la frontera.

—De acuerdo —dijo Maybridge—, pero las leyes pueden cambiar. Los errores de hoy no son necesariamente los de mañana. En una sociedad violenta, es probable que todos nos endurezcamos. Su presa de brazo bien podría aplicarse en este lado de la frontera

en su próximo libro. Y les deseo muchísima suerte con él.

Kate y Lloyd eran una pareja agradable, pensó, mientras ellos se sentaban.

—El libro sobre el que deseo hablar ahora es tan preciso en el aspecto forense que ha suscitado mi admiración —Enfocó el proyector sobre la cubierta de *Cómo se mata un escorpión*—. Muchos de ustedes creen que el *rigor mortis* continúa sin cesar, es decir, que el cadáver presenta una rigidez que va continuamente en aumento. La autora ha escrito un párrafo excelente en el que detalla los cambios en el cadáver desde que aparece esta rigidez, al cabo de cinco a siete horas, y cómo desaparece en el siguiente período de veinticuatro a treinta y seis horas. Y no solo lo hace de una manera impecable, al descubrirse el cadáver en la buhardilla de la casa de huéspedes, sino que también describe la aparición, menos exacta, del rigor en el cadáver hallado en un sótano inundado por el agua. En este caso, el rigor se impuso a lo largo de cuatro días. Una investigación digna de alabanza, señorita Muriel Slocombe. Espero que también esté aquí.

Durante un rato nadie se movió. Después, de mala gana, un hombre corpulento y barbudo, sentado en la parte posterior de la sala, se levantó lentamente.

Maybridge le miró estupefacto. A pesar de la poca luz, era imposible no reconocer al doctor Sandy Crofton. Tenía la reputación de ser uno de los mejores cardiólogos del sudoeste y también era conocido en la City como promotor de la recaudación de fondos para el Hospital de Bristol. El médico fue el primero en recobrar su aplomo.

—¡Es una dicha ser la señorita Slocombe en un momento en el que Maybridge se encuentra aquí! —dijo—. Sus alabanzas me hacen palpar el corazón, señor mío. Bajo mi barba, me ruborizo como una rosa.

El público se rio entre dientes, aliviado tal vez por el hecho de que Maybridge hubiera encontrado finalmente a alguien a quien alabar.

—Pero si alguien explica fuera de esta sala que yo soy mujer, o un hombre disfrazado de tal, personalmente le arrancaré el corazón y lo trasplantaré a un chimpancé.

Su burlona ferocidad encubría una indignación muy auténtica.

Había esperado que la charla de Maybridge fuera más general, sin referencias individuales a los autores. Los demás miembros del club conocían su identidad, desde luego, puesto que era inevitable, pero no la divulgaban. Y sus libros conseguían dinero para el hospital. Tan solo escudado en el anonimato podía escribirlos. El asesinato y la pericia en el quirófano podían avenirse perfectamente, pero no a los ojos de un paciente o del consejo de administración del hospital.

Maybridge, encantado al comprobar que la vida todavía podía ofrecer momentos de auténtico humor, se permitió lanzar una estruendosa carcajada. Se alegraba de haber venido. Se alegraba muchísimo de ello. (¿Cómo se las había arreglado Crofton para mantener a la señora Hyde separada del doctor Jekyll durante tanto tiempo?). Le costaría esperar el regreso de Meg a su casa para poder contárselo. Desde luego, no se lo contaría a nadie más.

—Puedo asegurarle —replicó— que no pretendo beneficiar a ningún chimpancé.

—Está bien —dijo Crofton—. Me alegra saber que el hospital puede seguir recibiendo pequeños donativos a partir de unas fuentes tan macabras —Hizo una mueca—. Y ahora, después de haber endulzado usted la píldora con sus palabras amables sobre mi exactitud forense, supongo que pretenderá hacerme tragar algo mucho más amargo. ¿En qué aspecto falla drásticamente *Cómo matar un escorpión*?

—Pues bien —contestó Maybridge, que disfrutaba cada vez más —, si yo hubiera sido el asesino y deseado matar a... ejem...

—A Dotson —le ayudó Crofton.

—Hubiera subido al tren y le hubiera despachado en el vagón. No hubiese esperado en un coche en el paso a nivel..., sobre todo teniendo en cuenta que el tren moderó la marcha pero no se detuvo.

—Entonces le hubieran pescado —indicó Crofton.

—Mis probabilidades de abandonar el tren al reducir la marcha hubieran sido mucho mayores que las del asesino para matar a Dotson. A no ser que su asesino tuviera una mente como la de Pitágoras.

—Supongo —aventuró Crofton— que ahora se dispone a ofrecerme una charla sobre la línea de trayectoria, la parábola de las balas, el movimiento del tren y otros detalles por el estilo. Quise aclarar estos detalles y no entendí ni una palabra de los textos.

Maybridge señaló una pila de límpidas fotocopias que había en la mesa, junto al proyector.

—Entonces, le conviene recoger una de estas hojas informativas esta misma tarde. Le explicarán cómo pudo haberse hecho. A propósito, ¿estaba abierta o cerrada la ventanilla del vagón?

—Abierta, desde luego —contestó Crofton.

—Entonces, puesto que hablamos de un vagón de ferrocarril de tipo moderno, la víctima debió de estar de pie, para que su frente quedara encuadrada netamente en un pequeño rectángulo, en el preciso momento en que el asesino disparó... ¿Mediante control telepático?

—Simplemente, una suerte de mil demonios —contestó Crofton, riéndose.

Pero Maybridge le había puesto en evidencia y esto le incomodaba. No era un gran consuelo el pensar que, antes de poco tiempo, les acabaría poniendo en evidencia a todos.

La crítica de Maybridge sobre la novela *Muerte al romper el día* fue menos humorística. Se trataba de un libro poco agradable acerca de un suicidio por ahorcamiento. El autor D. R. Anderson, un hombre de unos sesenta años y aspecto afable, le escuchó cortésmente, aunque tal vez no le oyera. Su manera de inclinar la cabeza hizo pensar a Maybridge en la posibilidad de que estuviera sordo.

—Su víctima —le dijo—, dada la brevedad de su descenso, hubiera muerto por asfixia, no por romperse el cuello. Basándonos en el peso, la caída debió de ser, como mínimo, del orden de un metro noventa a dos metros veinte. El cuello ha de sufrir una fuerte sacudida para que se produzca una fractura por separación de las vértebras cervicales, y solo con noventa centímetros la sacudida no podía ser suficiente.

—Sí..., desde luego —admitió Anderson lentamente, y sacó un gran pañuelo blanco para sonarse la nariz.

Maybridge esperó hasta que se metió de nuevo el pañuelo en el bolsillo.

—Aparte de este detalle —dijo—, la investigación en el libro ha sido muy cuidadosa.

No añadió que era el único libro que le había deprimido, pero de todos modos el suicidio siempre causaba esta impresión.

En cambio, *Paso a la muerte* no le había deprimido en absoluto. El tema sobre la transmigración de las almas era curioso, pero interesante. Probablemente, el libro era la muestra más literaria de todo el lote. Maybridge no sabía gran cosa acerca de estilos, pero evidentemente Lawrence Haydon era lo bastante experto como para dar credibilidad a su historia.

—Me gustó —le dijo con toda sinceridad—. Mientras lo estaba leyendo, creía en lo que decía.

El anciano militar retirado se mantenía rígidamente en posición de firmes.

—Pero ahora cree que tan solo es un puñado de monsergas —sugirió bruscamente.

—Un tema bastante peculiar, bien manejado —sugirió Maybridge con cautela.

—Un tema viejo y manoseado —repuso el mayor Haydon—. Hay muchas versiones diferentes. Usted acaba de mencionar a Pitágoras, que creía en la transmigración. Y también creía en ella Empédocles, otro filósofo griego. Varias sectas religiosas creían en ella en diferentes versiones. En mi argumento, las almas cambian de lugar en plena vida. No se trata de una posesión, sino de un intercambio directo. Y si quiere criticarlo como una tomadura de pelo, adelante.

—Es que no quiero —protestó Maybridge, al notar una intensa indignación perfectamente controlada.

—Pero ¿hay algo objetable en ello?

—Tan solo que la adolescente que alberga el alma del asesino no sabía gran cosa acerca de la estricnina. La víctima hubiera sufrido varios ataques, caracterizados por el arqueo de la espalda, para morir finalmente por agotamiento. No soy un experto en materia forense, pero estoy seguro de que usted describió el envenenamiento por acónito.

—La monja de mi libro utilizó el acónito.

La voz de Grant, aunque no muy alta, se oyó claramente. Había dado media vuelta en su silla y miraba a Haydon a través de la sala. Fay se apresuró a colocar su mano sobre la de él y Maybridge observó este gesto de aviso.

Lawrence Haydon le había oído.

—¡Maldita sea su monja! —exclamó secamente—. No he leído su historia pueril. Y por otra parte, acónito o estricnina, ¿qué puede

importar?

—Importe o no —repuso Grant—, no es este el lugar para discutir.

Estaba tan tenso como Haydon, pero conseguía no demostrarlo.

—¿Y por qué no? —Ahora se había levantado Christopher Haydon—. Usted acusó a mi padre de plagio en una carta abierta publicada en el Boletín del Club. Sí, ya sé que no con tantas palabras, pero la alusión era bien visible. Añada ahora la calumnia a la difamación, en voz alta y en público... ¡Vamos, adelante, que todos puedan oírlo!

Estaba temblando de rabia.

Grant volvió la espalda a padre e hijo, con un gesto despreciativo, y se dirigió a Maybridge.

—Creo que lo mejor será, inspector, que pase usted al libro siguiente.

Maybridge se mostró de acuerdo con él. El odio había espesado la atmósfera. Inadvertidamente, él había hurgado en un nido de avispa y no había sabido retirarse a tiempo.

Habló fríamente, con una voz totalmente normal.

—Permítame decirle una vez más que disfruté muchísimo con su libro —dijo a Haydon—. Pienso leer sus otras novelas.

Esperaba que la parte lesionada aceptara este sincero cumplido y se sentara pacíficamente. Tras un momento de titubeo, el mayor lo hizo, y Christopher le imitó, aunque de mala gana.

Con una sensación de alivio, Maybridge se dedicó a *Asesinato en el pantano*. Era malo. Era tonto. Pero era también un libro divertido.

—Una cubierta muy bonita —dijo—. ¿Quién escribió esta novela?

Bonny depositó al dormido Ulysses sobre las rodillas de Scott.

—Yo —contestó, levantándose.

—¿Un esfuerzo individual? —inquirió Maybridge—. ¿O bien usted y su marido forman también un equipo de escritores?

—¡Por Dios! —exclamó Bonny, siguiéndole la corriente—. No estoy casada con él. Además, no estoy casada con nadie —Miró la nuca de Godfrey y después contempló a Scott, que le estaba sonriendo. Ulysses se había acurrucado contra él como un cachorro entre las patas de un San Bernardo—. Escribo mis libros —añadió Bonny— sin ayuda de nadie.

—Me parece excelente —replicó Maybridge.

Sin embargo, era un comentario cortés y la joven era una muchacha muy bonita. Supuso que el chiquillo era de ella. Nacido de alguna relación casual, como tantos, o tal vez se estuviera ocupando de él por cuenta de otros. Por otra parte, nada tenía que ver con el libro.

—Su personaje, Stephanie Lowles, es todo un carácter —dijo.

—Rebulle en mi subconsciente como una leona en su cubil.

—Una leona muy intuitiva.

—Rápida, esbelta, hermosa e inteligente —sonrió Bonny—. Con unas garras largas y bien afiladas.

Maybridge no estaba de acuerdo con lo de «inteligente», pero Bonny le caía demasiado simpática para decírselo. Se preguntó si aquel joven tan alto que sostenía al pequeño era su padre. Entre los tres ofrecían un atractivo grupo familiar.

—Sin embargo, a veces su leona da saltos en una dirección equivocada —observó afablemente—. Muchos grandes superdetectives hacen lo mismo.

—Es lo que llamamos pistas falsas —indicó Bonny, comprendiendo que las metáforas empezaban a mezclarse.

Sabía también que Maybridge se disponía a hacer algún comentario negativo sobre las capacidades de Stephanie Lowles y que buscaba palabras amables con las que arropar su crítica.

—Sí, ya lo sé —dijo Maybridge—. Usted diseminó muy bien sus pistas falsas y me estuvo engañando durante la mayor parte del tiempo, pero hay un punto esencial... —Y titubeó.

—Mi ego puede ser muy sensible —explicó Bonny—, pero si me hiere tampoco le haré una escena.

—Se trata tan solo de que su víctima —Carlos, el español ¿verdad?— aparece muerta en un charco, en medio del pantano.

—Yaciendo bajo un metro de agua, retenido por los juncos... —contribuyó Bonny.

—Pero antes de ser metido en el agua había sido asfixiado.

—Un trapo empapado de éter, aplicado por el asesino en la parte posterior de su coche... un Porsche —añadió Bonny.

Le gustaban los coches, y Stephanie Lowles conducía un Lamborghini.

—Después de ser asfixiado, el asesino lo arrojó al estanque, para

dar la impresión de que se había ahogado —recapituló Maybridge—. Hubo una autopsia y el veredicto fue el de muerte accidental por ahogamiento.

—Sí, tal era el aspecto que ofrecía. Había estado bebiendo. Había niebla. Resbaló. Solo que, claro está, la cosa no fue así.

—¿Había estado bebiendo también el patólogo que efectuó la autopsia?

—Usted se dispone a asestarme un golpe mortal —dijo Bonny con toda calma—. Le sugiero que lo haga de una vez.

Maybridge obedeció, con toda la amabilidad posible.

—Cuando una persona viva se ahoga, hay ciertos cambios clásicos, entre los que figura la hinchazón de los pulmones. El agua inhalada se convierte en una fina espuma y se la encuentra en los conductos terminales del aire.

»En su libro, la víctima ya había muerto al ser sumergida. El agua no hubiera penetrado más allá de la tráquea y de los principales conductos del aire. No hubo lucha. Asimismo, si una persona viva se ahoga, la sangre de los pulmones y el corazón se diluye —Miró al doctor Crofton—. Sé que estoy hablando en presencia de un experto, por lo que procuraré no llegar a conclusiones con el aplomo de una Stephanie Lowles. Corríjame si me equivoco, doctor, pero lo que he dicho es aplicable al agua dulce... en este caso agua de un pantano, ¿no es así? El cuerpo reacciona de una manera diferente cuando hay presencia de sal.

Sandy Crofton, cuyas simpatías se orientaban sólidamente hacia su colega novelista, lo confirmó con brevedad.

—El agua salada causa un intercambio osmótico parcial de electrolitos en la zona de los pulmones. No es probable que el lector medio conozca este detalle.

Maybridge le dio las gracias y se volvió hacia Bonny.

—Pero el patólogo que realizó la autopsia debía saberlo. ¿Diríamos que se mostró un tanto descuidado?

—Y por implicación, ¿yo también?

El aplomo de Bonny se estaba desvaneciendo. Godfrey se había vuelto en su asiento y disimulaba su diversión.

—Todos somos descuidados a veces —admitió Maybridge—. El detective profesional no puede permitirse el lujo de cometer errores... pero, como es lógico, los comete. Los sabuesos de las

novelas pueden quebrantar cualquier regla de los manuales, y ello no importa. Que por mucho tiempo su felina detective, su Stephanie Lowles, salte de un lado a otro y nos proporcione tan sana diversión.

Cuando ya era tarde, comprendió que había dicho lo indebido. Criticar errores profesionales era aceptable, pero no bromear a expensas de un *alter ego* idolatrado.

—Me alegra saber que la encontró usted tan divertida.

Había escarcha en la voz de Bonny. Se inclinó y cogió de nuevo a Ulysses, que había dejado un hilillo de baba en el pullover de Scott. Este la limpió sin rencor.

—Pues bien —dijo Maybridge—, creo que esto es todo. Permítanme felicitarles a todos ustedes por su habilidad y sus conocimientos.

(Al menos, les publican sus libros, aunque solo Dios sabe por qué en algunos casos). Habían constituido una audiencia atenta, como una especie rara metida entre rejas en un zoo. Les había pinchado un poco y suministrado unos cuantos cacahuetses. Se había divertido, probablemente más que ellos. Les recordó las notas sobre balística que había sobre la mesa, junto al proyector.

—Creo que pueden juzgarlas útiles.

Grant abandonó su silla y subió al escenario. Su apretón de manos fue entusiasta.

—Le damos las más expresivas gracias, inspector jefe. Creo poder hablar en nombre de todos al decir que hemos disfrutado enormemente con su conferencia.

Hubo corteses asentimientos por parte del público y unos breves aplausos.

Ulysses se metió el pulgar en la boca y abrió unos ojos azules como zafiros.

—Aplaude, viene papá —murmuró Bonny con amargura junto a los finos y rubios cabellos de Ulysses—, con su bolsillo lleno de caramelos.

—El arte del escritor es una amalgama de la más viva imaginación con la sólida disciplina consistente en verter palabras sobre el papel —ronroneó Grant—. Es probable que todos seamos un poco descuidados con nuestras investigaciones. Con mi personaje yo tomé el camino más sencillo. A Solar se le pueden encontrar

muchos fallos, pero en el aspecto científico no es posible que cometa un error. Puede liquidar a sus enemigos como se le antoje. No necesita disparar contra ellos en vagones de ferrocarril ni ahogarlos en un pantano. En sus tiempos, las huellas dactilares han quedado anticuadas. El envenenamiento es otra antigualla. Los suicidas no optan por colgarse. Aquí no es aplicable la altura en la que llega a romperse el cuello. La balística del futuro es la balística de mi imaginación. Puedo escribir lo que yo desee.

No añadió que él no se veía sometido a la crítica como les había ocurrido a varios de los componentes del público, ni admitió que no existía nada más agradable que escuchar sentado mientras unos colegas de pluma eran puestos en evidencia, pero para todos sus pensamientos eran perfectamente obvios.

—Estoy seguro de que el inspector jefe no conoce la ímproba tarea que supone la producción de un manuscrito vendible —prosiguió suavemente—. Desde luego, hay quien comete errores y el inspector jefe los ha detectado. Sitúen el argumento de su próximo libro en el

siglo XXI

y el inspector jefe Maybridge aceptará todo lo que le digan. Las armas de guerra serán sus armas de guerra. Como Solar, serán ustedes señores de la muerte, produciéndola tal como deseen. Crearán y destruirán a su propia manera. Construirán su propio mundo y sus propios personajes como mejor les apetezca.

Le estaba arrastrando su propia retórica y solo la interrumpió cuando sus ojos encontraron los de su hijo. Ulysses, todavía con el pulgar en la boca, le estaba contemplando desde la seguridad de las rodillas de su madre. Momentáneamente desconcertado, Grant perdió el hilo de lo que estaba diciendo y en aquellos dos segundos de silencio Ulysses recordó que este era el hombre al que había conocido recientemente y que no le gustaba.

Su llanto se inició como el sordo rugido de un huracán lejano, se elevó gradualmente y pasó a convertirse en un chillido agudo y penetrante. Con el rostro de color escarlata y la boca convertida en un óvalo deforme que expresaba el odio, siguió chillando mientras golpeaba con sus puños los pequeños pero perfectos pechos de Bonny.

Chilla, pensó esta, vamos, chíllale a ese mal nacido. Su

obligación era pronunciar un discurso de agradecimiento, no hacer la promoción de sus malditos y asquerosos libros. ¿A quién diablos le importa lo que Solar pueda hacer? ¿Quién diablos desea la inmunidad de que goza Solar? Ese tipo es un impostor. Nosotros escribimos sobre la vida real y ese inspector sabelotodo nos ha hecho trizas. ¿Y qué? Nuestros libros son reales. Pueden no valer nada, pero son la vida tal como la conocemos... Muy bien, pequeño, dale la lata. La cara de tu papá se está volviendo tan roja como la tuya. De un momento a otro, también él empezará a gritar. Chilla más que él, pequeño, rómpele los tímpanos. Vamos... ¡Chilla... chilla... chilla!

La reacción del público fue diversificada. Lawrence Haydon daba gracias a Dios por los perros, ya que a veces Marcus aullaba, pero no de esta manera. Christopher Haydon chupaba un caramelo de menta y pensaba con satisfacción en las aberraciones sexuales que no permitían la reproducción. Kate miró a Lloyd con la primera expresión divertida que había mostrado durante días. Él le dirigió a su vez un guiño disimulado, y la piel alrededor de la órbita ocular se arrugó profundamente.

Maybridge, contemplando a la audiencia y sin fijarse en nadie en particular, pensó que aquello era algo parecido a un concierto clásico que se viera invadido por un pequeño punk cantante de rock, una banda formada por un solo crío y capaz con su estruendo de levantar el techo de la sala. Sentía unas ganas apremiantes de echarse a reír, pero al contemplar el rostro de Grant consiguió contener la hilaridad.

Y Ulysses, perdido ya el aliento, cesó en su llanto durante cinco segundos para volver a llenar de aire sus pulmones.

Grant rompió la dulce cordura del silencio. Su voz era tan ronca como si también él hubiera estado chillando.

—¡Saca de aquí a ese crío!

El «Ven a buscarlo tú, papaíto» de Bonny quedó sofocado por el propio Ulysses, que empezó de nuevo a gritar.

Grant no la oyó, pero, motivado por una ira igual a la de su hijo, abandonó el escenario y se dispuso a enfrentarse con Bonny, que le sonrió con una expresión peligrosa y después se levantó para arrojar a Ulysses contra él. Si le haces algún daño a nuestro hijo, le dijo telepáticamente, te mataré. Y Ulysses ya le estaba haciendo daño,

pues sus pequeños puños le golpeaban en los ojos. Grant trató de empujarlo hacia Bonny, pero Ulysses, tras haber establecido contacto con su enemigo, mantuvo el ataque. Se le cayó uno de sus calcetines y Scott lo recogió.

—Duro con él, boxeador —dijo Scott inaudiblemente—. Lo estás haciendo muy bien.

Grant notó entonces que algo húmedo y tibio brotaba de un lado de los pañales de Ulysses, empapando su chaqueta y su camisa. Esto supuso la indignidad final. Se echó a su hijo sobre un hombro y salió de la sala, seguido por Bonny, que todavía sonreía peligrosamente.

Maybridge, solo en el escenario, comprendió que le correspondía a él poner punto final a la reunión.

—Bien —dijo jovialmente—, al menos tan solo una persona del público ha mostrado ruidosamente su desaprobación —Indicó con un gesto las notas—. Si quieren asesinar a alguien con arma de fuego, este texto les explicará cómo. Si prefieren algún otro método, consigan un libro sobre ciencia forense y traten de encontrar las mejores explicaciones. No permitan que sus asesinos sean descuidados. Procuren convertirlos en buenos artistas. Les deseo buena suerte a ustedes y a sus cadáveres.

Hubo un rumor de aplausos como un viento frío a través de un árbol carcomido. Maybridge se preguntó si debía dirigirles una breve e irónica reverencia, pero optó por no hacerlo.

3

ERAN LAS CUATRO de la tarde, la hora del té para aquellos que quisieran tomarlo. Fay, tratando de mostrarse tranquila y práctica, verificó con el personal de la cocina la colocación de bocadillos y bollos en pequeñas bandejas metálicas, que los escritores podían ir a recoger en la cocina. En su casa, sus cenas nunca rebasaban la cifra de una docena de invitados. Un número redondo. Los seminarios eran desordenados y muchas cosas podían funcionar mal; de hecho, ya lo estaban haciendo. Godfrey, echando chispas, había ido en coche a su casa, para ponerse un nuevo traje. Se había negado a hablar con ella sobre la disputa que había sostenido con Bonny fuera de la sala de conferencias.

Bonny, como la gata pequeña y flaca que acaba de utilizar con éxito sus garras contra un adversario del sexo opuesto, merodeaba por la cocina en busca de galletas para Ulysses.

—Del tipo corriente, que pueda mojar en la leche —le dijo a la cocinera, quien dejó por unos momentos su preparación de hortalizas para encontrar unas cuantas.

—¿Está echando los dientes? —preguntó, ya que había oído parte del griterío.

—Entre otras cosas —contestó Bonny.

Se sentía satisfecha y miraba a Fay sin la menor sombra de culpabilidad. En una pelea, suelen ser los inocentes quienes reciben algún golpe, pero Fay quedaba bien compensada. Era rica. Su casa era como un museo, impecable. Brillaba en ella, triunfalmente, un mobiliario antiguo, arrebatado en Sotheby de manos de otros

pujadores menos afortunados. No había sofás viejos con los muelles colgantes, ni manchas de humedad en las paredes, ni tampoco olor a moho. Su grandiosa bañera tenía grifos de oro y la cama de matrimonio era de roble oscuro, con racimos de uvas tallados en la cabecera. Ulysses fue concebido en ella una tarde lluviosa, mientras Fay se encontraba en París recorriendo tiendas, para comprarse un par de abrigos de visón. Bonny secó unas gotas de leche en el jersey azul de punto que llevaba Ulysses.

—Es increíble el género que se puede comprar en las rebajas —dijo a media voz.

Fay, decidida a no dejarse arrastrar hacia el campo de batalla de Godfrey, murmuró algo acerca de cosas a las que tenía que echar un vistazo y se retiró a la sala de reuniones.

—Si alguien quiere té —dijo a los novelistas congregados allí—, puede ir a la cantina.

Marcus, que conocía esta palabra, fue el primero en responderle. Se había quedado profundamente dormido a los pies de Lawrence Haydon, pero al oír mencionar el té se despertó y agitó la cola. Tenía ya doce años y durante los últimos cuatro, desde que murió la esposa de Haydon, había sido el único compañero del mayor.

—He traído su plato —explicó Haydon a Fay— y unas latas de comida para perros.

Al dirigirse a Fay, su voz era mucho menos agresiva en comparación con lo que había sido al dirigirse antes a Grant. Ellos dos siempre se habían avenido. En anteriores seminarios, Marcus se había quedado en el apartamento de Christopher en Londres, sobre la farmacia, o bien Christopher se había trasladado a la casa de su padre en Weston, para ocuparse de él. Sin embargo, esta vez no había tenido con quien quedarse.

Fay, que simpatizaba con el mayor, no había esperado que asistiera al seminario. Si ganaba la Guillotina de Oro, siempre se le podía otorgar el premio en su ausencia. El hecho de que estuviera allí en persona, junto con su perro y su hijo, no implicaba un gesto de buena voluntad o de perdón. Bien claro lo había dejado en la sala de conferencias. Godfrey carecía a la vez de tacto y de buen juicio, y ella se estaba preguntando si debía decir algo que mitigara la tensión... o si ello solo lograría empeorar las cosas.

—Hermoso animal —dijo finalmente, acariciando a Marcus,

puesto que parecía más prudente alabar al perro.

—Y tranquilo —contestó Haydon—. Su cesta está en el coche, pero preferiría que durmiese en mi habitación, si usted no tiene inconveniente. Está acostumbrado a tener compañía por la noche.

Fay contestó afirmativamente y quiso esperar que Godfrey fuera lo bastante cauto como para no armar un nuevo jaleo. Ya había causado bastante daño con su alegación, perfectamente injustificada. El anciano no era un plagio.

—Muy amable por su parte mostrarse tan comprensiva —dijo Haydon secamente.

La mujer podía halagarle y templar su cólera, y con ello lograr que se comportara con cordura y racionalmente. Sin embargo, era necesario mantener su indignación. En el pasado, durante sus ejercicios militares se había sentido motivado por ella. En aquel entonces, mantenía el odio artificialmente, pero ahora brotaba de sus entrañas. Él respetaba la integridad de sus personajes y los creaba a costa de grandes esfuerzos. Poblaba su soledad. Cuando no escribía, pensaba en su esposa. Esta se había mostrado siempre contenta en las tierras extranjeras a las que la había llevado la carrera militar de él... pero siempre había suspirado por su hogar.

A los cincuenta años y pico, poco después de que él se jubilara, había muerto. Él la había amado, y solo sus libros permitían que su ausencia fuera soportable.

Solo muy rara vez se orientaba hacia su hijo. De pronto, recordó que Fay no lo conocía y se lo presentó.

Christopher, que estaba leyendo un periódico junto a la ventana, se levantó lánguidamente de su sillón para saludarla. Fay observó su cuidadoso maquillaje y sus movimientos, que le parecieron exageradamente campechanos. Ninguno de sus conocidos homosexuales proclamaba de modo tan patente su homosexualidad. ¿Qué estaba intentando hacer..., molestar a su padre al recalcar la diferencia que había entre ellos? Sin embargo, al recordar la indignación del joven al ver atacado a su padre, menos de una hora antes, juzgó difícilmente creíble esta posibilidad.

—Sé muy bien que me encuentro aquí sin haber sido invitado —dijo Christopher con su voz aguda y nasal—, y debo pedirle perdón por ello. Pero pensé que necesitaba estar al lado de mi padre... o, mejor dicho, que mi padre necesitaba tenerme a su lado. Espero que

nos perdone a Marcus y a mí esta intrusión.

Con una sonrisa forzada, Fay le aseguró que su presencia resultaba muy grata.

—Se quedará a cenar. Después habrá la presentación del premio.

Christopher, que había esperado la misma hostilidad por parte de Grant y de su esposa, quedó sorprendido. El matiz sarcástico en su voz se redujo cuando habló de nuevo.

—Le agradezco la invitación, pero ¿está segura de que no va a causarle ninguna molestia? ¿No alterará el número previsto de invitados?

—Uno más no significa nada —le aseguró ella.

Godfrey se enfadaría, pero no le importaba.

—Pues en este caso... muchas gracias.

Christopher le sonrió con un cierto afecto y también con una nota de perplejidad. ¿Acaso no jugaba esa mujer en el mismo equipo de su marido? ¿Cómo respondería más tarde si el partido era jugado con violencia?

Como en realidad ocurriría.

Miró a su padre, situado detrás suyo, y el mayor, evitando su mirada, murmuró que iba a buscar el plato de Marcus y abandonó la estancia. El hecho de que el perro hubiera sido para su padre, durante los últimos años, un compañero más íntimo que él era algo que Christopher había llegado a aceptar sin rencor... y sin un sentido de culpabilidad. La relación entre padre e hijo era más bien precaria durante largos períodos, pero en momentos de tensión surgía un repentino brote de afecto mutuo.

El viejo había ido a Londres para explicarle la acusación de Grant. Si se lo hubiera contado por carta, habría recibido como respuesta una corta y fría nota, con el consejo de ignorar la cuestión. Sin embargo, al ver el disgusto que invadía a su padre, tal vez desproporcionado con la causa, también había dado rienda suelta a su ira. Le dijo que era el tipo de insulto que no podía ser ignorado. Se había necesitado imaginación, y un alto nivel de habilidad, para idear una retribución adecuada.

—Su padre escribe unos libros excelentes —le dijo Fay—. Tal vez no sean un éxito comercial, pero tienen un valor duradero. Estoy segura de que usted se siente muy orgulloso de él.

Christopher la miró en silencio, analizando sus motivos. Si ella

trataba de hacer las paces, él nada quería saber al respecto. Durante largo tiempo, no había hecho nada positivo para su padre.

Perpleja al ver su expresión, Fay puso fin a sus intentos. Se sentía sobrecargada por unos problemas que no podían serle atribuidos. Al mirar por la ventana vio que el inspector jefe Maybridge paseaba por el jardín con otro de los conferenciantes, que también se quedaba para asistir a la cena y la concesión del premio. Convencida de que durante un buen rato no se le iban a exigir nuevos deberes como anfitriona, salió de la habitación y subió a la primera planta. Le hubiera agradado sumergirse en un baño caliente, pero los cuartos de baño eran sórdidos e incómodos, y por otra parte no había tiempo. Godfrey estaría ausente durante una hora más, pero había mejores maneras de pasar sesenta minutos. Se desvistió y, quitándose la peineta de concha, se cepilló sus cabellos largos y negros antes de meterse en la cama. Dwight Connors, envuelto en un albornoz, llegó a los diez minutos, entró silenciosamente y corrió el pestillo de la puerta.

—No sé por qué —le dijo Fay—, pero tengo ganas de echarme a llorar.

—Tensión —contestó Dwight—. Tus emociones necesitan que imites a Ulysses. Apuesto a que en estos momentos él se encuentra estupendamente.

—¿Sugieres que grite, que te suelte puñetazos, que patalee el suelo?

Dwight se quitó el albornoz.

—No —dijo, empezando a acariciarla suavemente—, hay otros medios.

Al otro lado del pasillo, Lloyd Cooper también había cerrado su puerta, pero por un motivo diferente. Cada vez que se quitaba la capucha deseaba estar seguro de que nadie irrumpiría en su cuarto. Una vez, durante unas vacaciones, una sirvienta había vuelto en busca de algún detergente y le había visto de pie ante el tocador. Él también vio los ojos de ella reflejados en el espejo y jamás había olvidado la impresión que le causaron. «Una exhibición indecente, de la peor clase», le comentó después a Kate, amargamente. Se aseguraba de que este incidente no volviera a repetirse jamás.

En conjunto, pensó, estaba soportando bastante bien el seminario.

Levantarse y hablar con el inspector en plena sala de conferencias había sido una hazaña. Cenar con los demás esa noche representaría atravesar otra barrera. Y el mejor logro de todos, desde luego, sería para la Guillotina, pero no lo creía fácil. *Cuenta hasta cuatro y dispara* era el primer libro que él y Kate habían escrito después de un par de años de sentirse incapaz de coger la pluma. No estaba a la altura de otros libros que habían escrito antes, pero había nacido después de un período de estrés que había matado temporalmente su creatividad.

Estaba cansado. El contacto con otras personas que no fuesen Kate durante un período relativamente largo, era algo que le minaba. Físicamente, no se sentía tan fuerte como antes, pero emocionalmente estaba mejorando. En este momento, lo que necesitaba era una hora a solas. La cama, en su habitación pequeña y más bien escuálida, era estrecha y le recordó una cama de hospital. Cuando el dolor cedía, los hospitales no eran malos lugares en los que vivir. Resultaba más fácil la compañía de los de la misma especie que tratar de encontrar nuevamente un rincón entre las personas bellas e impecables.

Sin embargo, estaba empezando a encontrar un rincón. Tanto Kate como su médico le habían forzado a descubrirlo. El año pasado le habían hecho aceptar la invitación para el seminario..., el reto, como ellos lo habían llamado. El gran paso en el mundo normal. Mézclate con los de tu especie, le habían dicho. Habla del tipo de trabajo que tú conoces. Libros. Agentes. Royalties. Premios. Y les había escuchado. Y la cosa no había salido mal. Ahora, un año más tarde, incluso disfrutaba con ciertos aspectos..., por ejemplo la conferencia de Maybridge esa tarde. Por consiguiente, ¿qué le ocurría a Kate?

Hasta un par de días antes, ella había hablado del seminario con su entusiasmo usual, pero después había guardado un extraño silencio al respecto. Mientras hacían el amor, los dedos de ella habían explorado sus cicatrices como en un ritual de curación. Desconcertado, él le había cogido los dedos y se los había apretado.

—No tienes necesidad de ir a ese seminario —le había dicho ella—. Ya no tienes que probarte nada a ti mismo ni a los demás.

Extrañado por la reacción de Kate, le había asegurado que asistía al seminario porque era su deseo. En el pasado, había

necesitado que le empujaran, pero ahora parte del impulso era suyo. Resultaba sorprendente el cambio de actitud de ella, con la persistencia de su malhumor, y difícil aceptarlo. Incluso estaba empezando a dolerse de ello. ¿Tal vez Kate estaba fatigada? Su trabajo como enfermera en el centro sanitario era muy duro. Si necesitaba unas vacaciones, siempre podían alquilar de nuevo aquel chalet en Cumberland. Era un lugar tranquilo, un refugio agradable que a él le sentaba muy bien, y un lugar pacífico en el que ambos podían iniciar el borrador de su nuevo libro. El jardín no estaba descuidado. Podía sentarse en él y notar el sol en su cara y su cabeza. Prescindir de la capucha, según su médico, era el siguiente paso hacia adelante en el camino que llevaba a la vida normal. Sin embargo, él se negaba a contemplarlo, excepto en el jardín de aquella casa rural, bien protegido contra las miradas de los demás.

Deseó tener algo para leer, algo que tuviera un mérito razonable. El nuevo libro de Grant, *El factor Helio*, había desaparecido misteriosamente de su apartamento en Londres, pero había cogido otro ejemplar de la mesilla de la sala de estar, antes de subir. Grant tendía a diseminar sus libros por doquier como si fueran simiente de cáñamo esperando, sin duda, alguna alabanza rastrera a pesar de la nocividad del producto. Sin embargo, ¡al diablo con las aspiraciones literarias! Al diablo incluso con la literatura. El nuevo libro de Grant sería ameno, aunque no tuviera más virtudes. Empezó a leer.

Maybridge pasó las horas entre el té y la cena aburriéndose. Había buscado a Fay en todas partes, sin lograr encontrarla. En conjunto, decidió, no le gustaban mucho los escritores, y Fay, que no lo era, resultaba agradablemente normal. Con los demás, nadie podía estar seguro de lo que pasaba por sus cabezas. Había sostenido una conversación sobre el ácido prúsico con la abuela del grupo. Rasputín, le había dicho ella, había podido tragar ese veneno sin caerse muerto... porque padecía una gastritis. Seguidamente, preguntó a qué se debía esto. ¿Juzgaba el inspector que tuvo alguna relación con los jugos gástricos, que redujeron al mínimo los efectos del ácido? Indudablemente, contestó Maybridge, y a continuación se interesó cortésmente por su labor de punto. Era una bufanda, le contestó ella. Para su marido. (¿Para ahorcarlo con ella?, preguntó Maybridge. Era lo bastante larga).

La conferencia que Grant había de dar a los autores noveles sobre la presentación de manuscritos fue pronunciada, dada su ausencia, por el doctor Crofton. Si Maybridge lo hubiera sabido, probablemente habría asistido a ella. No le interesaba el tema, pero consideraba intrigante el doble papel representado por el doctor.

Sin embargo, Crofton, que no era buen conferenciante, se alegró de que Maybridge no se dejara ver. Pensaba que el inspector jefe o bien había acumulado detalles forenses relacionados con los libros que había leído, o bien tenía unos conocimientos sobre el tema más amplios de lo que cabía esperar. ¿Estaba tan solo interesado por el cuerpo del delito, o tenía unos intereses más generalizados? Al fin y al cabo, debía de saber muchas cosas sobre las drogas duras, ya que esto formaba parte de su trabajo. Y también acerca de la funesta alianza entre suministrador y adicto.

Suponía que Grant todavía no había tenido tiempo para leerse los manuscritos de los noveles, aunque había recibido algunos por correo durante las dos últimas semanas y tal vez los hubiera hojeado. El hecho de que acabara por leerlo todo era un punto importante en su favor.

—Si no han mecanografiado sus originales —recordó el doctor Crofton a su audiencia—, es muy posible que *sir* Godfrey no quiera molestarse con los trabajos de tipo manuscrito. Creo que lo dejó bien sentado ante ustedes durante el seminario del año pasado. Esta vez me ha dicho que quiere una sinopsis unida a cada manuscrito. Si alguien ha olvidado la sinopsis sugiero que la redacte ahora, antes de cenar. Hay una máquina de escribir en la oficina, junto al vestíbulo.

Tres noveles —entre ellos Scott Wilson— admitieron haberla olvidado. Scott, al menos, tenía una máquina portátil en su dormitorio. Dijo que haría el trabajo allí. Su habitación era la número diecinueve y se encontraba en el mismo pasillo de la de Bonny. Hizo una pausa ante su puerta, resistió la tentación y siguió su camino.

Escribir la sinopsis no le resultó fácil. Era una tarea que no había previsto y le costaba mucho concentrarse. Abajo, en los jardines, podía oír el chasquido de las mazas de *croquet*, que indicaban otras ocupaciones más placenteras. Dejó su máquina de escribir y se apoyó en la repisa de la ventana. Era primera hora de la tarde y el

cielo se tornaba amarillento, mientras el verde de la hierba adquiría un fuerte relieve. Los colores primarios, como en una pintura primitiva, conferían al paisaje un aspecto de inocencia. Bonny estaba jugando al *croquet* con la mitad femenina del equipo Chester Barrington, por lo que él no se había negado nada al abstenerse de llamar a su puerta. Los otros dos jugadores eran Lawrence Haydon y su hijo. No había señales del chiquillo o del perro. Scott sonrió, al recordar de repente la actuación de Ulysses.

Se preguntó si Grant habría regresado ya, y bajó a su despacho para verificarlo. No había nadie allí. Entró y cerró la puerta; era una buena oportunidad para examinar algunos de los manuscritos y verificar la calidad de la oposición. Finalmente, buscó y encontró la carpeta azul con el nombre de ella escrito, aunque las hojas mecanografiadas grapadas en su interior no eran lo que esperaba ver. Le resultaban inquietantemente familiares, el resultado de una investigación seria y continuada. Sorprendido y confuso, se sentó contemplándolas y preguntándose qué podía hacer.

Bonny hubiera preferido ser la pareja de Scott Wilson en el *croquet* —o en alguna actividad más vivida— pero toleró a Christopher Haydon con encomiable cortesía. El joven jugaba muy mal, enviando la bola al otro extremo del campo, sin preocuparse nunca por la puntería, en tanto que su padre efectuaba movimientos pequeños y meticulosos, rozando ligeramente las bolas de sus oponentes con la propia, y alejándolas de la trayectoria. Bonny no dejaba de notar la tensión de los dos hombres y pensó que el juego de ambos era poco característico de ellos. El mayor hubiera debido ser el que efectuase los golpes vigorosos y descuidados, y su hijo el que realizara los más precisos. Kate practicaba un juego semejante al del mayor, y ambos estaban ganando con toda facilidad.

Entre todos los escritores presentes, Bonny notaba la mayor afinidad con Kate. Era una amiga tolerante y sin exigencias, presente cuando fuera necesario. Como ella, Kate y su marido vivían en Londres y se encontraban de vez en cuando en reuniones de sociedad. Cuando Bonny quedó embarazada fue a pedirle consejo a Kate: ¿abortar o no abortar? Kate, de más edad, hubiera ansiado tener un hijo, y ofreció definidamente su opinión de que ella tenía que conservarlo; por otra parte, fue la primera visita que recibió en el hospital después de nacer Ulysses. También fue ella la que

insistió en que Bonny le diera un segundo nombre.

—De lo contrario, te odiará toda la vida.

—¿Un nombre como Dios? —había preguntado Bonny.

—O como Adán. El primer hombre... Tu primer hijo. Empieza a dejar a Godfrey fuera de juego si quieres amar a tu hijo.

Prudente Kate. Y en ese momento, una Kate muy callada y ceñuda.

—Lástima que Lloyd no juegue con nosotros —dijo Bonny, simplemente para decir algo, pues la depresión de Kate, muy evidente, la estaba inquietando.

Kate dijo que estaba descansando. Después expulsó la bola de Bonny e hizo pasar la suya a través del aro.

—Esto es —comentó el mayor—. Bien jugado.

—Excelente —dijo Christopher, contento de que hubiese terminado el juego.

No tenía nada en común con las dos escritoras, y a la joven la juzgaba particularmente irritante. Esperó que no la sentaran a su lado durante la cena. Era conveniente que Fay le invitara a cenar, pero él hubiera preferido comer algo por su cuenta en el *pub* local. Allí, sus ropas hubieran sido más apropiadas. Llevaba unos téjanos muy ajustados y un suéter amarillo, y no había manera de cambiarse. Lo había planeado todo como una excursión que durase solo el día, con la intención de regresar a Londres por la noche.

—¿Hasta qué punto es formal esta cena? —preguntó a los demás.

Bonny replicó cáusticamente que el frac no era lo más apropiado y que nadie luciría condecoraciones. Sonrió al mayor y este le devolvió una mirada sombría. El mayor agradecía la presencia de Christopher y le emocionaba su lealtad; el aspecto de su hijo no importaba, pero hubiera preferido, esto sí, que utilizara una loción menos perfumada para después del afeitado. Mientras abandonaba el campo de juego llevándose su maza y la de Kate, experimentó en su estómago una extraña sensación premonitoria de la batalla, una sensación que solo un *whisky* podía aliviar.

Poco antes de cenar, Maybridge pidió una conferencia telefónica con Meg. Esta se encontraba en Pittsburg, y aprovechaba bien su gira, le preguntó cómo le había ido su conferencia y él le contestó que muy bien, ya que se había divertido desde el principio hasta el

fin. Trató de fingir un entusiasmo superior al que sentía, pero la echaba de menos y así se lo dijo. Kate esperó a que el inspector colgara el auricular y entonces se le acercó para hablar. Vestía un traje de seda azul marino que aumentaba todavía más su palidez. La ansiedad, aunque evidente en sus ojos, fue cuidadosamente eliminada en su voz. Recordó a Maybridge que era Kate Cooper, seudónimo Chester Barrington, y le preguntó si por casualidad había visto a Lloyd, su marido. Este había dejado una nota en el dormitorio diciendo que salía para comprar cigarrillos, pero hacía ya mucho tiempo que se había marchado. Maybridge, notando que estaba mucho más preocupada de lo que pretendía denotar, preguntóse el porqué. Le dijo que no lo había visto y le preguntó si su marido no estaba bien.

—Se ha recuperado, dentro de lo que cabe, de unas quemaduras muy extensas —replicó Kate, con excesiva sequedad—. Aparte de esto, se encuentra perfectamente. Probablemente se habrá metido en algún rincón de ese horrible mausoleo, y estará hablando de royalties.

—Una manera agradable de pasar el tiempo —sugirió Maybridge.

—Tal vez lo fuese en otro tiempo —replicó Kate—, pero no ahora. Mientras los royalties de otras personas les permiten pasar temporadas en las Bahamas, los nuestros pagan los cigarrillos de Lloyd. Y a duras penas —Se alejó, diciendo—: Si por casualidad le ve, no le diga que yo lo he estado buscando. Es algo que no puede soportar.

—No —dijo Maybridge—, lo comprendo.

Efectivamente, lo comprendía y ello le inquietaba. En la labor policial, uno se ve expuesto rutinariamente a los pecadillos de la raza humana y rara vez se escandaliza. Pero si la descripción de Grant, en su último libro, se había basado deliberadamente en la desfiguración de Lloyd, se trataba de algo asombrosamente cruel. Miró a Kate, que se alejaba por el pasillo, y se preguntó si ella lo sabía. Y, lo que todavía era más importante, ¿lo sabía su marido? ¿Y cuándo lo había descubierto?

A la hora de la cena, Lloyd no había, regresado, aunque en el amplio refectorio su ausencia no resultó aparente para aquellos que no le estuvieran buscando. Era política de Grant suprimir la

cabecera de la mesa, que podía parecer una forma de elitismo literario. Fay se sentaba debidamente a la derecha de su esposo, y colocó a Maybridge a su derecha. Esto le posibilitaría conocerla mejor. A la derecha de Maybridge se encontraba Christopher Haydon y, junto a este, el mayor. Fay sabía que hubiera denotado mayor tacto colocar a los Haydon en otra mesa, tan alejados de Godfrey como fuera posible, pero la diplomacia había llegado a cansarla. Y, al menos, no se enfrentaban unos a otros. Miró a Dwight, a través de la habitación. Este le dirigió una sonrisa llena de tristeza; le hubiera gustado estar cerca de ella, pero sabía que la separación era lo prudente.

Trevor Martin llegó tarde al comedor, pues había ido a la farmacia en busca de un sedante. Había prometido a Kate que organizaría una búsqueda general para encontrar a Lloyd, pero en realidad no se había molestado en echar ni un vistazo. Empezaba a tener jaqueca motivada por la tensión, detrás de los ojos, y se sentía pegajoso y poco dispuesto a meterse en otros asuntos. Sería difícil arrostrar la forzosa sociabilidad de la cena, así como la mismísima cena. Tenía que tener cuidado con lo que comiera.

—Probablemente, no se siente capaz de hacer frente a la atroz camaradería de esa cena —le había dicho a Kate, con toda sinceridad—. Es más fácil esquivar estas cosas.

Martin había conocido a Kate y a su marido desde la fundación del Club de la Guillotina de Oro. Había simpatizado con Lloyd en los primeros días, pero no tanto ahora. Lloyd se apoyaba excesivamente en su mujer, y, de no ser ella tan resistente, hubiera podido invalidarla. Martin todavía creía que a las mujeres había que protegerlas contra los elementos más inclementes; el hombre tenía que ser capaz de hacer frente a todo lo que resultara desagradable y hacer todo lo necesario sin pedir la ayuda de su compañera. Toda la compasión de Martin se centraba en la mujer que había en su vida, pero en el caso de los Cooper toda la compasión de Lloyd se vertía decididamente sobre el propio Lloyd. Y por su parte, Kate también lo sabía perfectamente. Ahora, en su ansiedad había un matiz de ira, y esta era la razón que le había permitido bajar al comedor en vez de quedarse en la habitación, torturándose. Ocupó el asiento contiguo al de Bonny y colocó su bolso en la silla opuesta, para que no se sentara nadie en ella.

—Los hombres son unos egoístas de mierda —le dijo Bonny, adivinando la inquietud de Kate.

A ella le caía bien Lloyd, pero en este momento gustosamente le hubiera dado de puntapiés.

—Su reloj no funciona muy bien —indicó Kate.

—Pero Lloyd tampoco —insistió Bonny—. Ante mí, no es necesario que lo excuses.

Cambiando bruscamente de tema, Kate le preguntó con frialdad dónde estaba Ulysses.

—Acostado. Yo tenía ganas de sentarme junto a Godfrey y ponerle a Ulysses sobre las rodillas, junto con una cuchara y un plato de papilla, pero él me dijo que ya había hablado bastante con su papá, y pidió si podía ir a acostarse.

Contempló los langostinos en gelatina que acababan de servirles. El plato parecía perfectamente inofensivo. Más tarde, cuando se despertara, tal vez a Ulysses le agradaría comer un par de ellos. Preguntó si podía quedarse con los de Lloyd si este no aparecía, y Kate, demasiado abrumada para molestarse en señalar que las comidas exóticas y los críos de corta edad no se avienen demasiado, le pasó los langostinos sin decir palabra.

Era evidente que Lloyd no llegaría a tiempo para el primer plato, y a medida que pasó el tiempo también resultó aparente que no podría saborear ninguno de los demás.

Grant, que ignoraba la ausencia de Lloyd, se sentía en cambio extremadamente aliviado por la de Ulysses. El chiquillo no le inspiraba el menor afecto. Cuando lo sacó a primera hora de la tarde, en brazos, de la sala de conferencias, la carne de su carne solo suscitó en él un intenso deseo de librarse del crío y de su madre. Sabía que Bonny deseaba de él algo más que dinero. Quería también un compromiso paternal, un interés persistente por aquel arrapiezo.

—A mí no puedes comprarme —le había dicho en el vestíbulo, gritando para dominar los chillidos de Ulysses—. Tú me lo hiciste. Es tuyo.

—¡Mi única responsabilidad son mis hijas gemelas!

—¡A tus malditas hijas que les den por detrás! —había aullado Bonny, escandalizando con sus palabras a una de las ayudantes de la cocinera que pasaba por allí.

El altercado había terminado aquí, pero Grant estaba seguro de que se reanudaría.

Durante la cena, procuraba no captar la mirada de Bonny. Esta llevaba un vestido de un rojo intenso, un vestido de algodón muy holgado y que disimulaba su delgadez. Recordaba que su cuerpo, a pesar de carecer de curvas, era irresistiblemente sexy. Fay, grande y voluptuosa, solo le excitaba de vez en cuando. Tendía a cansarse de sus mujeres al cabo de un año. Su primer matrimonio había sido breve, aunque fecundo. Gina y las gemelas vivían ahora en Bath, muy confortablemente gracias a las astutas inversiones de él, y al abogado de ella, todavía más astuto. Gina, poco vistosa, pero digna y dotada de un vivo instinto maternal comparable con el de Bonny, no había resultado fácil de manejar. Había exigido la mejor parte para las gemelas. Y su conciencia le había impulsado a darle también lo mejor de cada cosa. Pensó con amargura que uno llega a verse traicionado por sus apetitos.

En un intento para obligarse a salir de esas voluntarias reflexiones, se volvió hacia el escritor novel que se sentaba a su izquierda. Grant solo había hablado con Scott Wilson una vez, al encontrarle inesperadamente en su despacho esa misma tarde. El joven no tenía por qué fisgonear sin que se le invitara a ello, pero sus excusas y la explicación referente a la sinopsis le habían ablandado, y después pasaron diez agradables minutos comentando la última incursión de Grant en el campo del *best seller*. Pasó a Scott el vino y reanudó la conversación.

A Scott le interesaba Solar, y no estaba dispuesto a aceptar que pudiera producirlo una mente no científica. Grant indicó que un personaje podía ser músico, artista o ingeniero, y que un escritor podía escribir de modo convincente acerca de los tres, teniendo tan solo el más superficial de los conocimientos sobre sus especialidades.

—¿Entonces su conocimiento es superficial? —preguntó Scott—. Me cuesta creerlo. Sus libros no se leen en este sentido.

Sonaba a cumplido y Grant lo admitió como tal.

—Naturalmente, hago una investigación. No me invento las cosas, así por las buenas. El mundo solar —dijo— es nuestro mundo. Si uno se centra en un futuro demasiado lejano, pierde la sensación de un desastre inminente. No se cree en lo que se lee. Es

algo que a uno no puede ocurrirle.

—Pero yo sí creo en ello —afirmó Scott—. Me causa pavor. Precisamente, deseo ganarme la vida como usted, aterrorizando a un amplio público lector. Dígame... ¿Cómo puedo producir algo que dé dinero de veras? ¿Qué debo hacer? ¿Cómo empezó usted?

—Más tarde, cuando haya tenido la oportunidad de ver su manuscrito, podré evaluar su capacidad. Si lo merece, lo alentaré.

Scott le dio las gracias cortésmente. Había llegado la pierna de carnero a la milanesa.

—*Bon appétit* —dijo, mientras comía con apetito.

—En sus primeras fases, la carrera de un escritor suele necesitar el apoyo de alguna otra ocupación —prosiguió Grant—. Creo recordar que usted me dijo que enseñaba...

—Un maestro en paro —le recordó Scott.

—Muchos de los escritores aquí presentes hacen otra cosa —dijo Grant—. Antes de lanzarme en mi carrera, yo era funcionario civil.

—¿Ministerio de Defensa? —preguntó Scott—. ¿O bien gozaba de siniestros poderes en una de esas agencias anónimas?

Grant sonrió cortésmente ante la broma.

—En realidad —contestó—, trabajaba en el Ministerio de Agricultura y Pesca.

Eso sonaba todavía más chocante. Y parecía aún más improbable, pero era cierto.

—¿Por breve tiempo? —preguntó Scott.

—Tan breve como me fue posible.

—Pues brindo por su última obra —dijo Scott, alzando su copa de Riesling.

—Y yo por la pronta publicación del primer Scott Wilson —replicó Grant amablemente, levantando a su vez la copa—, cualquiera que sea el género por usted elegido.

Entretanto, la conversación que Maybridge había iniciado con el joven Haydon se desarrollaba menos felizmente. Christopher confesó que su conferencia le había puesto enfermo.

—Lo siento —repuso Maybridge—, pero al comenzar ya les advertí que algunas de las diapositivas no tenían nada de agradable.

Después, le preguntó qué clase de libros escribía.

—Ninguno, querido —replicó Christopher.

Tendía a parodiarse a sí mismo cada vez que se sentía nervioso o

excitado, y esta noche estaba las dos cosas a la vez. El corpulento policía sentado a su izquierda no exudaba atractivo alguno, pero representaba un reto. Había pasado largo tiempo conversando con Fay, pero de vez en cuando se volvía cortésmente hacia él. A Christopher le desagradaba aburrir a los demás.

—Si yo tuviera que escribir un libro —dijo—, mi víctima sería envenenada —Explicó que regentaba una farmacia—. Como farmacéutico, puedo vender venenos Tipo Uno y Tipo Dos. Y si el señor Haigh hubiera recurrido a mí, yo le habría contado con toda clase de detalles cómo deshacerse de los dientes postizos.

—Entonces, usted hubiera sido cómplice del crimen —observó Maybridge.

—Solo en teoría —contestó Christopher—. Yo me mantengo estrictamente al lado de la ley —Soltó una risita—. Y en este momento... estoy literalmente al lado de ella.

Se inclinó hacia adelante y retocó un helecho que formaba parte de la decoración de la mesa, junto con pequeños crisantemos de bronce.

Maybridge se volvió de nuevo hacia Fay, que, alentada por él, le había estado hablando de su infancia en la India. La respuesta suya, más bien tímida, al sincero interés demostrado por él, resultaba al mismo tiempo conmovedora y divertida. Sus primeras impresiones de Escocia, le explicó, se habían formado a mediados de un invierno, cuando ella tenía doce años. Había llegado en avión desde Delhi para asistir como dama de honor a la boda de una prima a la que todavía no conocía.

—Era hija de la hermana de mi madre. No sé qué aspecto esperaba en mí la familia: probablemente, una chica bajita y de piel oscura. Me hicieron vestir un traje de satén rosado y con él parecía grande, torpe y horrible. Nevaba.

Maybridge, representándose la escena, se autocompadeció de aquella niña torpe y sintió que aumentaba su agrado por la mujer tímida en la que se había convertido.

Pero a los postres, Christopher reclamó de nuevo su atención.

—Uno de los riesgos de tener una farmacia es que entren a robar. Hace algún tiempo, me robaron una respetable cantidad de Diconal. En este caso particular, sus colegas no se mostraron muy efectivos, pues no fue posible recuperarlo.

Maybridge expresó la debida conmiseración. No le gustaba hablar de su oficio, como tampoco le gustaba al doctor Crofton, pero antes de tener la posibilidad de cambiar de tema, Christopher prosiguió:

—Uno de los inspectores del departamento de drogas me dijo que en los últimos tres o cuatro años la adicción a las drogas ha aumentado en un cuarenta por ciento. La mayoría de las drogas alteran la mentalidad. Hay veces en que me pregunto si nuestro ilustre anfitrión las toma. ¿Supongo que se dio cuenta de que acusó a mi padre de plagio?

Maybridge, consciente de que Grant estaba sentado lo bastante cerca como para oírlos, buscó algo que decir y que pudiera reducir a Christopher al silencio, pero este continuó inexorablemente:

—La transmigración como tema se remonta a las épocas clásicas, como mi padre dejó bien sentado en la sala de conferencias. Grant no lo inventó, como tampoco lo hizo mi padre.

Se disponía a ampliar su explicación, pero de pronto advirtió el embarazo de Maybridge y se sumió en un hosco silencio.

Después de cenar, Grant les precedió camino de la sala de conferencias. Dwight Connors ya había dispuesto siete sillas en la tarima, para los siete concursantes aspirantes al premio. En el centro, estaba la mesa cubierta con un fieltro verde, que antes había utilizado Maybridge para su proyector. Encima, junto a un montón de sobres cerrados, se encontraba la Guillotina de Oro.

Maybridge la contempló con curiosidad. La hoja de oro, pensó, era la parte más valiosa del objeto. El resto de la estructura debía de ser de un metal menos valioso. Tenía una altura de quince centímetros. De haber sido de oro macizo, hubiera costado miles de libras..., no los centenares que Connors había mencionado. Ningún instrumento mortífero era bonito, y este no tenía pretensiones estéticas. Era un objeto de feo aspecto. Al ocupar su asiento junto a Fay, en la primera fila, vio disgustado que Christopher Haydon se acercaba a la silla situada a su izquierda. Nada podía hacer para impedirlo. Christopher se inclinó para hablar con Fay.

—Ha sido una cena excelente.

Ella comprendió que se trataba de una petición de perdón y la aceptó.

—Sí, la gente de la cocina ha trabajado bien.

—Bajo su dirección.

—Yo no hablaría de dirección..., tan solo un poco de persuasión.

Christopher se sentó de nuevo en su silla, ligeramente sudoroso. Había subido a la habitación de su padre y regresado con una pequeña caja de cartón, que sostenía sobre su rodilla. No intentó hablar de nuevo con el inspector y Maybridge, para rellenar una pausa que resultaba incómoda; preguntó a Fay si ayudaba a su marido en las tareas propias de secretaria.

—Últimamente, no mucho. Antes yo lo hacía todo, pero ahora Dwight Connors se ocupa de estas tareas. Trabajé un poco en el último libro de Godfrey, pero no lo he leído del todo. ¿Es esta una confesión muy odiosa?

—No —Por el contrario, resultaba tranquilizadora. Maybridge estaba mirando la silla vacía del escenario, contigua a la de Kate. Lloyd no había regresado—. ¿Usted no aconseja a su marido en su obra, por ejemplo, sugiriendo supresiones?

Fay le miró sorprendida.

—¡No, Dios me valga! Soy tan solo el cabeza de turco, no el crítico.

Maybridge, complacido con su compañía, celebró no sentir ninguna necesidad de revisar su opinión sobre ella. Le gustaban las personas amables y sinceras. Eran, también, las grandes cualidades de Meg.

Bonny subió tarde al escenario, pues había verificado que Ulysses estuviera bien. Había pagado a una de las chicas de la cocina para que le hiciera compañía un par de horas. Ulysses, una vez acostado, solía dormir de un tirón, pero si no ocurría así alguien tenía que estar a su vera.

—Hay leche caliente en el termo —había dicho a la chica— y también langostinos en gelatina..., o algo por el estilo. Pruebe con ambas cosas si se despierta, y si ninguna de las dos da resultado, llámeme.

Ocupó su lugar junto a Kate y, tras dirigirle una rápida mirada, le dijo que dejara de preocuparse.

—Lloyd no es tan resistente emocionalmente como los demás. Se ha sentido harto de todo y ha decidido dar por terminada la jornada. Esto es todo. Volverá cuando se le antoje.

Pero Kate, generalmente tan cortés, ni siquiera se molestó en

contestar; en realidad, apenas había oído nada. Tiraba de un hilo suelto en su manga, sin advertir que estaba deshaciendo el tejido. Las palabras «psicológicamente un desastre» seguían aguijoneando su cerebro como avispas. Miró a Grant, apuesto y con sus cabellos plateados, su cutis suave e inmaculado. Había vuelto al dormitorio unos minutos antes, con la esperanza de que Lloyd hubiera regresado, pero lo único que encontró fue *El factor Helio* allí donde había caído, junto al extremo más distante de la cama. Su reacción inmediata fue la de decírselo a Maybridge y pedir ayuda a la policía, pero, aunque de mala gana, había prevalecido el sentido común. Lloyd necesitaba tiempo. Si no había regresado al terminar la velada, hablaría con el inspector jefe, pero no antes. Entre tanto, las crueles punzadas de la ansiedad eran peores que un dolor físico.

—No sé por qué quieren que nos sentemos aquí —gruñó Bonny, olvidando la inquietud de Kate—. Sería mucho más civilizado que nos sentáramos todos en la sala y solo subiera el ganador. Así, los demás parecemos tontos —Entonces observó el gesto obsesivo de Kate al tirar del hilo, y alargó la mano, con una gentileza inusual en ella, para detenerla—. Espero que ganes tú —dijo a media voz, y con toda sinceridad.

Ella tal vez necesitaba el dinero del premio más que Kate y Lloyd, aunque estos necesitaban un acicate para su moral. La suya se estaba recomponiendo. Se preguntó cuántas Guillotinas de Oro existían todavía en su estado original. El valor del oro había ascendido continuamente: un buen mercado para los vendedores.

En su mayoría, los otros concursantes estaban pensando lo mismo, aunque Lawrence Haydon tan solo codiciaba el respeto de sus colegas. Lo había esperado durante largo tiempo. Christopher le miró y sonrió, pero su padre, casi enfermo por culpa de la tensión, fue incapaz de devolverle la sonrisa.

Dwight contó los votos a la vista de todos, mientras Grant permanecía de pie y en silencio tras él. Dwight no necesitó mucho tiempo. El libro de Chester Barrington *Cuenta hasta cuatro y después dispara* estaba empatado con *Paso a la muerte* de Lawrence Haydon. Sabiendo que a Grant no le agradaría el resultado, aunque evidentemente debía de haberlo previsto, Dwight garrapateó los números en un trozo de papel y lo entregó. Sin embargo, Grant, que tenía preparados dos discursos de felicitación, no permitió que se

transparentase su enojo ante el veredicto. Se desplazó majestuosamente hasta el centro del escenario y se quedó de pie detrás de la mesa.

—Una vez me hicieron una pregunta muy difícil —dijo con voz suave—, una pregunta que sin duda muchos de ustedes se han formulado alguna vez. ¿Cómo se las arregla un escritor para tejer su tela de ficción? ¿Qué química peculiar en la mente produce unos personajes y unos lugares que le resultan más reales al escritor, sentado ante su máquina de escribir, que la misma habitación que ocupa físicamente? No podría contestar a esta pregunta. Sencillamente, no lo sé. Nosotros, los escritores, absorbemos experiencias. Recordamos huellas del pasado. Tal vez nada sea nuevo. La alquimia de la imaginación convierte en oro sucesos mundanos. Nosotros seleccionamos y rechazamos. Construimos edificios nuevos sobre cimientos viejos. Nuestro equipaje personal se remonta a nuestros propios comienzos. No solo llevamos encima lo notable, sino también lo ordinario. Retazos de conversaciones mantenidas hace largo tiempo se filtran hasta llegar al momento actual. Libros que leemos permanecen en el subconsciente y se abren paso hasta una superficie reciente, aunque los libros en sí permanezcan olvidados. Hay músicas que se vuelven a oír. Tonadillas familiares nos acosan. Los olores evocan lugares. Un extraño que recorre un pasillo en el distante pasado irrumpe a veces en nuestra ficción, en el momento actual. Describimos a alguien creyendo que la descripción es pura ficción y después recordamos, tal vez con desaliento, que lo hemos modelado a partir de la vida real —Lanzó una breve ojeada a la silla vacía de Lloyd y procuró cuidadosamente captar la mirada de Kate—. Citando a Ruskin: «Todos los escritores inmortales hablan con sus corazones». Nosotros, los que estamos reunidos aquí esta noche, somos escritores del montón, sin aspiraciones con respecto a la inmortalidad. Yo no sé desde dónde hablamos. Los argumentos proceden de algún lugar en nuestro interior, impulsados por acontecimientos exteriores. Sin embargo, alguna que otra vez conocemos la fuente de nuestra inventiva. Llevamos plumas que nos han sido prestadas. Es raro que una mente aguda e inventiva tenga que recurrir a tales cosas, pero, lamentablemente, es algo que ocurre. Puede ser debido también a una trepa del subconsciente,

cosa que estoy dispuesto a creer. ¿Cómo es que muchos de nosotros relacionamos a nuestros asesinos con Caín? Mi última novela ofrece al lector los sueños apocalípticos de un futuro pseudocientífico donde los siete recipientes de la ira desencadenan el caos en la tierra y abrasan a los hombres con su fuego. Tal vez en mi juventud leyerá las revelaciones de San Juan.

Christopher Haydon, conteniendo a duras penas la ira, murmuró casi audiblemente:

—¡Megalomaniaco..., paranoico..., retorcido! —Alzó levemente la voz para que Maybridge pudiera oírle—. Recemos todos en el santuario del gran «YO SOY». Está loco, querido, completamente loco.

Maybridge, muy rígido, miraba al frente y le ignoró.

Grant prosiguió:

—Todos ustedes han escrito libros muy interesantes, utilizando sus especiales talentos a su manera también especial. El hecho de que solo uno de ustedes haya ganado el premio no reduce en absoluto la calidad de los otros concursantes —Sonrió levemente y trató de mostrar un entusiasmo que no sentía—. Y ahora vamos a hablar del vencedor. Por un margen muy estrecho, han votado en primer lugar la obra *Paso a la muerte*, de Lawrence Haydon, *Cuenta hasta cuatro y después dispara*, de Chester Barrington, ocupa un meritorio segundo lugar, solo por tres votos de diferencia. Mis felicitaciones, Lawrence Haydon.

Aplaudió cortésmente e hizo un gesto al ganador, para que se acercara.

Haydon esperó que se extinguieran los aplausos en la sala. Rara vez tenía en cuenta su edad, pero esta noche se sentía viejo. La indignación, que había sido la fuerza impulsora para él en las últimas semanas, ya no le sustentaba. No podía sentir ninguna clase de emoción, aparte de una intranquilidad enfermiza. Apoyó las manos en la superficie de la mesa mientras Grant alzaba la Guillotina de Oro y se la ofrecía. No la tocó y Grant, encogiéndose de hombros, volvió a depositarla sobre la mesa.

—Yo no soy un orador —dijo por fin Haydon, con voz ronca—. No sé pronunciar discursos. Y tampoco puedo llevar lo que *sir* Godfrey llama plumas prestadas. Mis libros son míos. *Paso a la muerte* es totalmente, absolutamente mío. No le debe nada a

ninguna otra obra de ficción. Ustedes, los que están sentados aquí, lo saben, pues de lo contrario se hubieran sentido influenciados por la carta difamatoria de *sir* Godfrey en el Boletín de nuestro Club. Gracias por creer en mí —Cogió la Guillotina, cuya hoja de oro brilló bajo las luces artificiales—. En cuanto a esto, lo acepto en nombre de todos los otros concursantes, sentados aquí, en el escenario. Lo venderé por el mejor precio que pueda obtener, y lo repartiré entre los demás. Yo no me quedaré ni un céntimo. Después de esta noche, ya no seré miembro de esta sociedad de escritores. Al fin y al cabo, escribir es una ocupación solitaria y yo me siento satisfecho con ella.

Observó que Christopher había abandonado su silla y avanzaba hacia el escenario con la caja. Irritado, le hizo gestos para alejarlo.

—No —dijo—, no.

Notó una náusea y, durante un penoso momento, creyó que iba a vomitar. Seguía sosteniendo el premio, incapaz de hablar, presa del pánico. Tenía que abandonar aquel lugar, pero el escenario estaba empañado por una niebla; no sabía con seguridad dónde se encontraba la salida y casi derribó una de las sillas al tratar de encontrarla. Dwight Connors, con semblante inexpresivo, se acercó para ayudarle, pero Haydon lo apartó con un gesto impaciente.

Grant, pálido e iracundo, se encontraba en una situación que no sabía cómo manejar y se mantenía, envarado, junto a la mesa, incapaz de asumir el mando de la situación. Entre el público, alguien empezó a aplaudir. Fue un sonido cauteloso, como un solo disparo procedente de la retaguardia de las líneas enemigas. Otros lo imitaron, pero el gesto fue inútil. Grant, sabiendo que algunas tropas todavía estaban a su lado, recuperó parte de la confianza en sí mismo. Se encogió de hombros y sonrió, como indicando que bien podía disfrutar de la última palabra aquel viejo plagiarlo. Era como si invitara a los presentes, damas y caballeros, a mostrarse civilizados. Y con ello inició la retirada desde el escenario.

Lawrence Haydon tuvo que pasar entre Maybridge y Fay para llegar junto a su hijo. No miró a ninguno de los dos, pero Fay se levantó y colocó una mano apaciguadora sobre su brazo. El disgusto había arrebolado sus mejillas, pero su voz fue perfectamente amable al preguntarle si se encontraba bien.

Necesitó unos momentos para reconocerlo.

—Perfectamente, Fay. Y le presento mis excusas.

Ella tocó su mano. Estaba muy fría.

—Las excusas deberían proceder de otro lugar. Quiero decir que Godfrey debiera excusarse ante usted. Nadie tomó en serio, ni por un momento, esa estúpida carta suya.

Haydon sonrió y le dirigió una mirada llena de tristeza.

—Él sí.

Era una verdad tan evidente que ella no supo qué contestar. Empezó a preguntarle si les acompañaba al bar para celebrar el premio con los demás, pero rápidamente se corrigió.

—No obstante, se quedará esta noche aquí, ¿eh? No va a abandonarnos en plena noche... ¡Se lo ruego!

Él le dijo que había planeado quedarse por la noche y que no veía motivo para alterar sus planes. Estaba demasiado cansado para hacer un largo trayecto en coche, y él y Christopher habían llegado cada uno con su automóvil. Se volvió hacia su hijo.

—Si no te importa retrasar tu partida un par de horas, iremos a tomar una copa en cualquier otro lugar.

—Desde luego. Me quedaré mientras me necesites.

Había hablado con un acento de profunda compasión.

Mientras les veía alejarse, Maybridge se preguntó cómo habían producido un Christopher los genes del mayor. Constituían un estudio de contrastes mientras los dos abandonaban juntos la sala. Tal vez fuera absurdo hablar del vínculo del amor, pero no obstante estaba presente. La ira del joven se revelaba en cada uno de sus gestos, y el más viejo, disipada ya su cólera, se apoyaba pesadamente en el brazo de su hijo. En su mano libre, la Guillotina, pequeña y obscena, centelleaba como un emblema de sangrienta ejecución.

4

EN EL BAR, Grant volvió a hacer uso de la palabra. Tradicionalmente, este era el momento de la celebración y no pensaba permitir que Lawrence Haydon arrojara una sombra sobre él. Había comprado varias cajas de champaña y las bebidas, había dicho a todos, eran por cuenta de la casa.

—¡Sírvanse y pasen una buena velada!

Las voces quedas y las expresiones dolorosas cambiaron gradualmente. Las conversaciones alcanzaron un nivel de decibelios más elevado. Se oyeron risas. Las simpatías estaban casi por completo del lado de Haydon, pero la bebida de Grant era de alta calidad... y potente. Por consiguiente, era cuestión de dividir las lealtades, y beber, todos ellos, colegas escritores, ¡beber!

Dwight Connors, barman para aquella velada, se encargaba de llenar de nuevo la copa de Maybridge, con tanta frecuencia como liberalidad.

—Vamos, inspector jefe, ahora no está usted de servicio. ¿Me creará si le digo que todos los seminarios anteriores fueron al menos soportables?

—¿Quiere decir que lo fueron porque yo no pronuncié ninguna conferencia en ellos?

Dwight sonrió.

—Su conferencia ha sido lo mejor de todo. No, me refiero a esa animosidad... entre Haydon y Grant.

—¿Tenía Grant motivo de queja?

—Él creyó tenerlo, pero su carta fue un error desastroso. Se lo

dijo, pero no quiso escucharle.

Maybridge tomó un sorbo de su *whisky*. Era evidente que Dwight Connors no creía en la ciega lealtad. Muy sensato por su parte.

—Usted me dijo, al llegar yo, que no escribía. ¿Cómo es que nunca le ha entrado ese afán?

—Por suerte, los afanes no son infecciosos —replicó Dwight—. Imagínese una epidemia de prosa horrenda. Una vez quise intentarlo: un libro sobre aves, inspirado por unas fotos que tomé de unas cigüeñas anidadas en unas chimeneas de Esmirna. Unas fotos de otra especie de ave turca hubieran podido conseguir más éxito, ya que la ornitología es un tema relativamente fácil. Después, ya no volví a escribir. Ha pasado ya largo tiempo desde entonces.

Se alejó para servir más bebidas.

Cora Larsbury había oído la conversación.

—Ha pasado ya largo tiempo... —comentó con un suspiro—. ¡Tristes palabras! Alguien me preguntó el otro día qué había hecho yo en mi vida.

Contempló melancólicamente su copa de champaña.

—¿Y qué contestó usted? —preguntó Maybridge educadamente.

—Dije: «Nada que requiriese valentía..., nada positivo. He ido a la deriva en un estrecho arroyo entre campos llanos y verdes de aburrimiento».

Dios me libre de los escritores, pensó Maybridge, particularmente cuando se trata de septuagenarias a las que el vino entristece. Le dirigió una sonrisa y se forzó a continuar la conversación.

—Vamos, vamos, seguramente no todo ha sido tan malo...

—No, no ha sido malo del todo —admitió ella—. Pero tampoco ha sido bueno. Yo no creo en la vida después de la muerte, pero sí creo en la vida antes de la muerte. Sin embargo, en mi caso no ha ocurrido.

—Lo siento —Maybridge trató de mostrarse compasivo—. ¿No tiene usted familia? Tengo entendido que está usted casada...

—Sí, ya lo creo, inspector. Con un banquero retirado. Su pasión son las acciones y las obligaciones. Devora el *Financial Times* con el huevo de su desayuno..., casi literalmente.

—¿No tienen hijos?

Cora terminó su champaña y depositó su copa en una mesa

cercana.

—Hace mucho tiempo tuve hijos. Los bañaba, les limpiaba las narices, les leía cuentos. Crecieron. Se marcharon. Mi hijo cumplió cuarenta años el pasado mes de junio. Mi hija tiene treinta y ocho.

—¿Les gustan sus libros?

—Mi querido inspector —dijo Cora con profunda amargura—, mis libros todavía no han sido publicados. Si lo fueran, probablemente mi familia me incapacitaría —Sonrió levemente—. Y esto, puede usted creerme, tal vez fuera un alivio para mí.

Maybridge había hecho todo lo que estaba en su mano y miró a su alrededor en busca de un camino de escape, pero Cora, lógicamente, no estaba dispuesta a dejarlo huir. Se sentía solitaria. Necesitaba un oyente. Había llegado al seminario llena de esperanzas, como la chiquilla que llega a una feria, solo para descubrir que el tío vivo está estropeado y las banderolas cuelgan flácidamente. A Lawrence Haydon, ya fuese plagario o no, se le había negado su triunfo. Por su culpa, probablemente, ya que no necesitaba haberse comportado de aquella manera. Y *sir* Godfrey pudo haber manejado mejor la situación, aunque ella no supiera cómo. La atmósfera del seminario, a pesar de las alegres y ruidosas libaciones, era tan hostil como la niebla en una novela de Dickens. Preguntó al inspector si recientemente había capturado algún asesino.

Era una broma triste y de tono menor, que no exigía respuesta. Él le dirigió una sonrisa cortés.

—Mi hijo —dijo ella— es fiscal del reino. Una tradición familiar por mi parte. Mi padre era juez. Hizo ahorcar a varias personas. Mi hija es asistente social. Ambos tratan con la escoria... aunque de manera diferente.

Maybridge, aunque no le agradaba la palabra «escoria», tuvo sin embargo la prudencia suficiente para no argumentar sobre ella.

—Finanzas, leyes, seguridad social... —prosiguió Cora—. Estos son los temas de conversación en mi casa en ciertas ocasiones, como por ejemplo en Navidad, cuando nos reunimos en familia. Somos una familia muy aburrida, inspector; a mí, por ejemplo, ni siquiera se me permite leer cuentos de Grimm a mis nietos, porque podrían asustarles.

—¿Y cuentos de Milne? —preguntó Maybridge, por decir algo.

—Perfectamente aceptable —contestó Cora con disgusto—. Un oso llamado Pooh, que hace volar cometas y come miel. Este es, más o menos, el nivel literario de mi familia. ¿Le extraña que yo me escape con mi máquina de escribir?

Unos minutos más tarde, también Maybridge escapó, murmurando algo acerca de tener que ver a Fay.

Se reunió con ella en el otro extremo de la barra. Le había estado observando en los últimos minutos y se mostraba divertida. Él tenía el aspecto del párroco que acaba de liberarse de las garras de una feligresa importuna. Así se lo dijo, aunque la analogía no fuera exacta.

—Curiosa mujer —comentó él, pensativo.

—No más que cualquiera de nosotros —repuso Fay—. Cora tiene sus buenos momentos y también sus momentos de depresión. En realidad, es una anciana muy agradable. Y una cocinera formidable. Prepara una repostería deliciosa.

A intervalos regulares, durante la velada, Kate subía para ver si Lloyd había regresado. Se había fijado un límite en las once de la noche. Si para entonces todavía no se había dejado ver, hablaría con Maybridge y le pediría consejo. Probablemente, él le diría que su ansiedad estaba injustificada, que un hombre adulto tenía derecho a pasar toda la noche fuera sin dar explicaciones. Maybridge era un hombre muy razonable. En realidad, todos sus interlocutores se habían mostrado muy razonables durante la velada.

No te preocupes, Kate.

Forzosamente ha de estar bien, Kate.

Déjame que te sirva un poco más de ginebra, Kate.

Distráete, Kate.

A las once menos cinco abandonó la reunión, cruzó el pasillo y subió por la escalera. Los corredores estaban poco iluminados, por razones de economía. Alguien, aunque no era Lloyd, se dirigía hacia el cuarto de baño. Oyó cerrarse una puerta y después el ruido del agua corriente. Había dejado encendida la luz del dormitorio de Lloyd, ya que resultaba más fácil entrar en una habitación iluminada. Sin embargo, él todavía no había regresado. La ira, el temor y la soledad se unieron en un potente cóctel de dolor mientras recorría sin objetivo alguno la habitación, tocando el

cobertor de la cama, los cepillos de él en la mesa tocador, y las correas de su bien ordenada maleta. En otro dormitorio del mismo pasillo, un transistor emitió repentinamente un torrente de sonido, y después su volumen se redujo a un murmullo sincopado. Kate se acercó al lavabo junto a la ventana para lavarse las manos, y después se arrancó cuidadosamente unas pieles de las uñas. Era un ritual fóbico en momentos de estrés, aunque apenas se diera cuenta.

Empezó a ensayar mentalmente lo que le diría a Maybridge.

«Inspector, probablemente usted creerá que es una tontería por mi parte, pero me tiene tan preocupada mi marido...».

»Inspector, lamento tener que molestarle pero...

»Ya sé que voy a parecerle una neurótica, inspector, y puede creermelo si le digo que normalmente estoy muy calmada...

»Me tiene realmente asustada, inspector...

»Estoy terriblemente asustada, inspector... Estoy...

Empezó a temblar. Maybridge se encontraría en un grupo de personas. La última vez que le había visto estaba hablando con dos de los conferenciantes. Tendría que separarlo de un grupo de ruidosos conversadores. Tendría que indicarle su ansiedad antes incluso de expresarla. ¿Por qué juzgaba tan difícil hacer algo tan sencillo, cuando era capaz de emprender otras cosas, más importantes, con una fría competencia?

«Baja y díselo —decidió finalmente—. Nada puedes perder con ello».

Se lavó las manos una vez más antes de salir de la habitación. Ahora, todo estaba en silencio. Y al acercarse al bar, se dio cuenta de que también allí el ambiente era silencioso.

Lloyd acababa de entrar.

El alivio la inundó como una radiante luz solar. Lloyd se encontraba en el centro de la sala, meciéndose ligeramente y mostrando una vacua sonrisa.

Kate estaba acostumbrada a verle con la cabeza descubierta, y de momento lo único que advirtió fue su presencia.

—Les pido perdón por llegar tarde —dijo él. Vio entonces a su mujer, de pie junto a la puerta—. ¿Quién ha ganado el premio? ¿Nosotros?

Ella empezaba a comprender el silencio. Se le acercó y le cogió un brazo.

—No.

Él apartó su mano con petulancia.

—No me toques. Puedo sostenerme yo solo.

Grant rompió el silencio, hablando con una forzada jovialidad.

—Pelillos a la mar, mi querido amigo —Se acercó al bar—. ¿Qué va a tomar?

Lloyd le miró de arriba abajo, con una grave aprobación.

—Bonitos pelillos los tuyos —dijo—; muy bonitos, realmente, ¿en qué estanque te contemplas, Narciso, en el retrete de tu cuarto de baño?

Grant pestañeó visiblemente y la sonrisa de Lloyd se ensanchó.

—El ojo literario —comenzó—, el ojo li-te-ra-rio... Aplícatelo, amigo mío.

Se aproximó más a Grant, hasta encontrarse bajo la lámpara central.

—Tienes mi permiso para tocar cada cicatriz... cada pliegue... cada arruga. Dame tu mano.

Grant retrocedió.

—Vamos, hombre —insistió Lloyd—, has visto antes una cabeza calva, pero nunca una como la mía. No dejes escapar esta oportunidad, escriba. Viértela en seguida sobre el papel. Vamos: toca... toca... toca...

Al moverse de nuevo Grant, Lloyd se abalanzó hacia él e intentó agarrarle un brazo. Falló y cayó contra una mesita, que se volcó, provocando la rotura de varias copas.

Grant se dirigió a Kate, con una mueca:

—¡Sáquelo de aquí! No sabe lo que hace. Hágame el favor de acostarlo.

Podía notar unas gotas de sudor frío que se deslizaban a lo largo de su espinazo, y en el fondo de su paladar había un intenso sabor amargo. Detrás suyo, el taburete del bar se apretaba contra sus muslos. Sus rodillas se aflojaban; necesitaba sentarse, pero no se atrevía a hacerlo. Una emoción, mezcla de cólera y disgusto, provocaba unos latidos intensos e irregulares en su corazón.

—Oiga, estoy perfectamente en mis cabales —le contradijo suavemente Lloyd—. *Ab-so-lutamente* en mis cabales. Soy un Quasimodo, un desastre animado, y no puedo recordar lo demás, escriba, puesto que mi mente está confusa a causa del alcohol,

escriba —Movi6 la cabeza, tratando de mirar a todos los presentes en la habitaci6n—. Todos ustedes lo saben, amigos m6os. Lo saben todo al pie de la letra, amigos. Sin embargo, nadie me lo dijo, ¿verdad que no? ¡Maldita sea su estampa! —Mir6 a Kate, que seguía de pie, r6gida y pálida—. ¡Y tú permitiste que viniera aquí!

—Lo siento.

La respuesta de ella fue un murmullo apenas audible.

Maybridge fue el primero en moverse y disipar un poco aquella atm6sfera amenazadora.

—Vamos —dijo, con un gesto alentador—, le acompa±aremos a su habitaci6n.

Entre Maybridge y Connors, le ayudaron a atravesar la sala y llegar al vestíbulo. Le guiaron en la escalera y, para 6l, cada escal6n era como una roca desnuda para un escalador, puesto que plantaba su pie experimentalmente y despu6s permitía que lo impulsaran hacia el siguiente. El doctor Crofton, que no había asistido a aquella confrontaci6n, avanz6 por el pasillo. En seguida, comprendió la situaci6n y ofreció su ayuda. En su vida profesional, había visto caras mucho m6s desfiguradas, pero pocas mentes tan emocionalmente alteradas. Maybridge y Connors rehusaron su ayuda, pues entre los dos se las estaban arreglando.

Hacía bastante tiempo que Maybridge no había desnudado a un borracho, pero Connors se mostr6 experto en esta tarea. Afortunadamente, las grotescas cicatrices de Lloyd resultaban menos evidentes bajo la luz mortecina del dormitorio. Maybridge, procurando no mostrar su compasi6n, dobl6 las prendas de vestir y las coloc6 en la silla junto a la puerta. Advirti6 entonces que Kate estaba esperando en el rellano y, dejando que Connors acostara a Lloyd, sali6 para hablar con ella.

—¿Ha ocurrido esto otras veces?

—Nunca como hoy.

Dwight se uni6 a ellos, cerrando la puerta tras sí.

—No necesitará el caf6. Se ha quedado dormido.

Apoy6 su mano en el hombro de Kate, y lo apret6 afectuosamente.

Ella dio las gracias a los dos.

—Bien —dijo Maybridge—, si puedo hacer algo m6s...

—Ha sido usted muy amable.

Maybridge titubeó y finalmente habló:

—Dadas las circunstancias, para su marido beber con exceso fue una reacción perfectamente natural.

Ella comprendió que él había leído el libro. Su propia reacción al leerlo por primera vez, consistió en una especie de ira que jamás había conocido hasta entonces. Había deseado construir barricadas entre Lloyd y el mundo, y después había querido destruir a patadas ese mundo.

—Yo no le culpo —le dijo a Maybridge—. No podía impedir que asistiera al seminario sin explicarle el motivo. Esperaba que él no lo descubriera.

—Me parece recordar que Grant expresó una especie de excusa ante usted, en el escenario.

—Esto no basta, inspector.

La voz de ella era fría como el acero.

No supo qué contestar, sobre todo teniendo en cuenta que estaba de acuerdo con ella. Se encogió de hombros.

—Muy bien, buenas noches, pues.

—Buenas noches.

Ella entró en el dormitorio de Lloyd y cerró la puerta. Maybridge observó que la etiqueta con su nombre se encontraba en la puerta del dormitorio opuesto. Decidió retirarse a su habitación y dijo a Dwight que no pensaba esperar hasta que terminara la fiesta.

—Tengo la impresión de que ya ha terminado —contestó Dwight.

A la una y cuarto, Scott Wilson entró en la habitación de Bonny. Era partidario del enfoque directo.

—No puedo resistir lo irresistible —dijo, sacudiéndola suavemente—. Hazme sitio.

Ella había dormitado después de persuadir a un Ulysses, insólitamente inquieto, para que hiciera lo mismo.

—¡Fuera de aquí! —murmuró ella, enojada, apoyándose en un codo.

—No puedo dormir.

—¿Y a mí qué me importa?

—¿Una hora de relajamiento?

Había traído su linterna y la enfocaba cuidadosamente alrededor de la habitación, de modo que su luz no despertara al pequeño.

—Aquí, la única persona cuerda es tu hijo —dijo.

—Me alegro de que reconozcas tu locura.

Bonny se echó de nuevo, complacida a pesar de todo al ver que él quería a Ulysses.

—¿Cómo demonios se te ocurrió traerlo?

—Necesita conocer a su padre.

—Si quieres que conserve su cordura, será mejor que no llegue a conocerlo.

—Su padre necesita conocerlo a él.

—Su padre no está de acuerdo en este punto.

—Lo estará —afirmó Bonny.

—Lo dudo.

Scott se sentó en el borde de la cama. Para ser una chica poco comilona, tenía unos pechos notables, parecidos a unos melocotones pequeños pero firmes. Así se lo dijo, mientras los acariciaba.

—Lárgate de aquí.

Sin embargo, esta orden no fue muy imperiosa.

Necesitó media hora para persuadirla, cosa que representó más o menos el límite para ambos.

—La cama es demasiado estrecha —dijo ella.

—Bastará —contestó él.

Y con esto quedó zanjada la cuestión.

A las cuatro y diez minutos un langostino mal digerido empezó a desencadenar serias molestias en la tripa de Ulysses. Asombrado y enfurecido, despertó en un dormitorio extraño, en aquel feo edificio lleno de personas poco gratas, y empezó a reprender a su madre por someterle a nuevos horrores. Bonny, consciente, incluso en lo más profundo de su sueño, de que su hijo estaba expresando una apasionada censura, despertó rápidamente. Necesitó un par de segundos para comprender que la corpulenta figura masculina que enfocaba una linterna hacia el catre de Ulysses no tenía ningún designio infanticida. Scott Wilson había hecho el amor soberbiamente, pero de esto hacía ya algún tiempo; ahora, en presencia del niño vociferante, se mostraba menos que competente.

Bonny encontró el interruptor de la luz. Ulysses enfocó sus ojos hacia la bombilla y gritó todavía con más fuerza. Su madre, contemplándole presa del pánico, vio unas lágrimas auténticas, causadas por un profundo dolor. La cara del pequeño tenía un color

escarlata y la desesperación la llenaba de arrugas; golpeaba la manta con unos puños rosados e iracundos, y finalmente se metió los dedos en la boca.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bonny, cuando un chorro de vómito se desparramó sobre el pijama azul del pequeño.

—Un estómago revuelto —diagnosticó Scott. Contempló el plato que había sobre el tocador y recordó lo que había contenido antes—. Existen libros al respecto —dijo—, si es que te falta sentido común.

—¿Cómo?

Bonny levantó a Ulysses y le secó la boca con la sábana.

—Una dieta francamente absurda —murmuró Scott por lo bajo, no sin advertir el antagonismo de ella.

Bonny despojó a Ulysses de su manchado pijama y lo envolvió en su camiseta con franjas rojas. Parecía un boxeador del peso mosca, belicoso pero al borde de la derrota. Bonny lo apretó contra sí.

—Te quiero, te quiero mucho, te quiero muchísimo.

—Déjalo respirar —aconsejó Scott.

Poco después, Bonny, Scott y Ulysses bajaron a la cocina, donde había agua hervida, bicarbonato y servilletas limpias con las que envolver el cuello del pequeño. Durante todo el trayecto hasta la cocina, Ulysses propinó puñetazos a su madre y chilló como un demonio.

Maybridge, junto con varios de los escritores, se despertó al oír aquellos chillidos que se alejaban. Se abrieron y cerraron puertas, pero Maybridge, caliente y confortable en su cama, no se movió. Recordó que era un domingo a primera hora de la mañana, si bien no se molestó en averiguar qué hora era. No tardaría en finalizar el fin de semana. Volvería en su coche a su casa y trabajaría un rato en el jardín. Un día de soledad resultaría muy agradable después de ese período de sociabilidad forzosa y realmente mortificante. Quiso esperar que su hijo no llegara inesperadamente con una de sus amiguitas. Suponía que un día David se casaría y entonces habría nietos.

Un crío como Ulysses reinaría durante la noche con sus rabietas y él se sentiría encantado. Maybridge se volvió a un lado y se quedó dormido.

Abajo, en la cocina, Ulysses se negó a beber el agua hervida. Cazó el paquete de bicarbonato con un gancho de derecha y lo proyectó de manera que el polvo se esparció en el suelo. Bonny, desconcertada, recorrió la cocina de un lado a otro con él en brazos y después lo sentó en la mesa, mientras Scott, todavía en pijama y notando cada vez más frío, se apoyaba en el radiador.

—Podrías decírselo a su padre —sugirió por fin.

Bonny, con el rostro surcado por las lágrimas, trataba de secar las que corrían por la cara de su hijo.

—Si tu objetivo es conseguir la implicación del padre —dijo Scott—, ¿por qué él no se preocupa como tú? Después de todo, el pequeño es hijo de Grant.

—¿Y tú ya te has hartado de él?

Scott se encogió de hombros, pero tuvo la amabilidad de negarlo.

—Era tan solo una sugerencia. Nada más.

Y una buena sugerencia, pensó Bonny. Cogió a Ulysses en brazos y se encaminó hacia la puerta.

—Supongo que querrás volver a la cama, ¿verdad? —dijo por encima del hombro—. Me refiero a la tuya.

—Nunca he sido partidario de perjudicar las oportunidades de una doncella... ni de mancillar la imagen de la maternidad —repuso Scott.

Maybridge no oyó a Scott Wilson cuando este volvió a su dormitorio, contiguo al suyo. Dormía felizmente, soñando que su hijo David se casaba con Fay y que él se sentía terriblemente celoso. Meg era la dama de honor de Fay y llevaba su toga de la universidad. La novia, vestida con unos téjanos rosados, llevaba un ramo de mustios crisantemos envueltos en helechos. El sol brillaba en el interior de la iglesia, con largas pinceladas de una pálida luz amarillenta. Era el momento de interpretar la marcha nupcial y el órgano carecía del aire necesario. Alguien trató de inyectárselo y la música surgió con un tono profundamente bajo. Necesitó unos momentos para darse cuenta de que la voz que hablaba pertenecía al doctor Sandy Crofton.

—Cuando hay perforación de la carótida —decía Crofton—, la sangre suele brotar en forma de chorro. No lo ha hecho.

—¿Qué?

Maybridge levantó la cabeza de su almohada y se frotó los ojos.

Crofton, envuelto en un lujoso batín de seda granate, repitió lo que Maybridge, obviamente, no había oído.

—Alguien ha liquidado a Grant —dijo—. Se le necesita profesionalmente. Curioso fin de semana, ¿no cree?

5

LOS DOMINGOS por la mañana, el superintendente Claxby solía jugar al golf con Rendcome, el jefe de la policía local. En ese particular domingo por la mañana, el campo hubiera estado excelente. El aire era fresco y el suelo estaba endurecido. Era uno de esos días en los que incluso los obstáculos se apartan de la pelota y permiten golpearla sin dificultad. Y ahora, Maybridge era el que le planteaba las dificultades.

Claxby le siguió por la escalera hasta la habitación donde había tenido lugar el asesinato y se abstuvo de todo comentario agrio. Sin embargo, en el umbral de la habitación, su meritoria impasibilidad le abandonó.

—¡Por todos los cielos...!

Su mirada al cadáver había sido breve, ya que había visto demasiados. Lo que estaba contemplando, con una incredulidad escandalizada, era la nota pegada con cinta adhesiva a la cabecera de la cama. Escritas en grandes mayúsculas con un rotulador resaltaban las palabras:

«ADJUDIQUE ESTE ASESINATO, INSPECTOR JEFE MAYBRIDGE; SI PUEDE».

Maybridge había dispuesto de tiempo para que su reacción, no menos escandalizada, cediera. Cuando acompañó antes al doctor Crofton a la habitación, se había acercado a la víctima tal como se aproximaba a todas las víctimas de un asesinato, con los ojos semicerrados y el estómago revuelto. Una vez reconciliado con la visión de la sangre, volvía a ser el profesional de siempre, aunque

esta vez, según lo que le estaba diciendo el doctor, no había la sangre suficiente... lo que representaba una manifestación extraña pero tranquilizante. Fue en ese momento cuando alzó los ojos y vio el letrero en la cabecera de la cama, con lo que desapareció en el acto toda sensación de malestar. El asombro se convirtió en rabia y la rabia en un profundo embarazo. Grant, yaciendo pacíficamente muerto con los brazos cruzados sobre su pecho y con un espetón para carnes clavado en su cuello, daba la impresión de una burla, de una broma macabra. No era una de esas cosas en las que uno llega a creer. Nadie, absolutamente nadie, había pensado Maybridge, llevaría hasta tan lejos un gesto de locura...

Durante la última media hora, mientras esperaban la llegada de Claxby y del equipo forense, Maybridge había ensayado varios discursos que trataban de explicar lo que era inexplicable.

—¿Una broma de un escritor de novelas de misterio? —sugirió cáusticamente.

—Curiosa broma —repuso Claxby.

Se acercó a la cama y miró fijamente a Grant. Su espesa cabellera blanca estaba perfectamente peinada y relucía como si la acabaran de cepillar. Los ojos estaban cerrados y los labios formaban una línea recta. No llevaba pijama y había sangre coagulada alrededor de su cuello y en su pecho. Con el espetón penetrando en aquel ángulo, hubieran sido de esperar unas sábanas teñidas de carmesí e incluso salpicaduras de sangre en el techo.

Claxby prefería que sus asesinatos fueran normales, no carne de noticias. La prensa se refocilaría con esto. Podía imaginar los titulares: *«La muerte de sir Geoffrey Grant. Un famoso escritor muere en circunstancias misteriosas. Un seminario para escritores de novelas policíacas acaba en un asesinato»*. Miró a Maybridge, imaginando una reproducción en primera plana de la nota, junto con una fotografía del inspector jefe y la palabra: «¡DESAFIADO!».

—Es extremadamente desdichada la circunstancia de que usted se vea implicado —dijo.

Plenamente desastrosa sería una mejor definición, pensó Maybridge. Claxby, más bien bajo, esbelto y pedante, le irritaba incluso en mejores ocasiones. En la época de las camisas que se planchaban por sí solas, él llevaba cuellos postizos perfectamente almidonados. Sus trajes eran grises y llevaba aguja en sus corbatas.

Leía a Proust.

—Cuando me dijo que venía a este seminario —manifestó Claxby, hubiera tenido que disuadirle. Por todos los cielos, ¿de qué tema trató su conferencia?

Maybridge le ofreció un breve resumen, el más breve posible. Deseaba que Claxby dejara de invocar a los cielos. El turbio reino de los infiernos era más apropiado para aquella escena.

Vio con cierta sorpresa que Claxby parecía levemente divertido.

—No fue una conferencia muy completa —comentó—. ¿Y el espectrógrafo, y el espectrómetro...? ¿O el análisis de activación de neutrones? No continuó allí donde hubiera debido hacerlo, Tom. De haber dado yo la conferencia, les hubiera aterrorizado con el alto nivel de la detección forense. Nadie se hubiera atrevido a hacer esto.

Contempló la pequeña habitación, semejante a una celda.

—Evidentemente, es un dormitorio para una sola persona. ¿Dónde está el de *lady* Grant?

—En la habitación contigua.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

—Con valor.

Con calma hubiera sido una respuesta más exacta, pero hablar de valor sonaba mejor. Recordó haber llamado a la puerta y que ella abrió pasados dos minutos, como si estuviera despierta y esperando a alguien.

—¡Oh! —dijo, sorprendida—. ¿Es usted?

Llevaba un camisón verde con un escote cuadrado, adornado con puntilla, oculto a medias por su larga cabellera deshecha. Él le había contado, confusamente, que *sir* Geofrey había sufrido un accidente... Y que estaba muerto. Había tratado de prepararla para la impresionante escena que tenía que ver, pero ella le había empujado hacia el cuarto de su esposo. La palabra accidente había sido mal elegida, pero en aquel momento no se le había ocurrido nada mejor. Ella se había quedado junto a la puerta, completamente inmóvil, para volverse después hacia Maybridge. Su voz sonó casi normal.

—No puedo creerlo.

Maybridge había sugerido una copa de coñac, o un sedante que le proporcionara el doctor Crofton.

—No está aquí a título profesional —indicó ella—. No lleva medicamentos en su maletín negro. Y no quiero coñac.

Después recorrió el pasillo hasta el cuarto de baño. Tal vez temblara allí dentro. Acaso llorase encerrada allí. Al cabo de diez minutos, volvió a salir, quizás un poco más pálida, pero mucho más dueña de sí.

—Debe usted ocuparse de muchas cosas —dijo—. Tendrá que informar a la policía. Bien..., desde luego, usted ya es la policía. No me acordaba. Gracias por su preocupación. En realidad, me encuentro bien.

Después le dejó, diciendo que tenía que vestirse, y él regresó al dormitorio de Grant. Ninguno de los dormitorios tenía cerradura. El que deseara privacidad había de correr el pestillo por el interior.

—¿Quién descubrió el cadáver? —preguntó Claxby.

—Una joven escritora... Bonny Harper. Grant era el padre de su hijo... Ulysses.

—Su hijo... ¿quién?

—Probablemente, ese nombre sería una especie de broma entre ellos —dijo Maybridge.

—Una gente muy divertida —observó secamente Claxby—. ¿A qué hora ocurrió esto?

—A las cinco y veinte.

—¿Y qué hacía ella en esa habitación y a esa hora? ¿Sexo antes de las seis?

—No lo creo, pero bien puedo equivocarme.

—¿Y cómo se lo tomó ella? ¿Con valor?

Maybridge miró con suspicacia a su superior. Claxby no era ningún tonto.

—Según el doctor Crofton, ella salió en seguida del dormitorio y se desmayó.

—¿Y Crofton se encontraba convenientemente en las cercanías, para prestar auxilio? —inquirió Claxby.

—Regresaba del retrete.

Claxby señaló una jeringa y un vial sobre la mesita de noche.

—¿Diabético?

—Sí, según dice el doctor Crofton.

—¿Tocó el doctor la jeringa o el vial?

—Que yo sepa no, y con toda seguridad no lo hizo mientras yo

me encontraba en la habitación. Le pregunté si Grant se inyectaba él mismo. No lo sabía, pero lo consideró muy probable. Grant no era paciente suyo.

—Pues bien, hay tres respuestas posibles —dijo Claxby muy serio—. Se administró accidentalmente una sobredosis, o se administró deliberadamente..., o alguien le administró deliberadamente una sobredosis. Sin embargo, ¿tiene usted alguna teoría que explique por qué a un muerto se le puede clavar un espetón varias horas después de su defunción?

Maybridge se había estado haciendo la misma pregunta. No se necesitaba una gran experiencia forense para saber que alguien había atravesado una arteria que llevaba ya largo tiempo sin bombear sangre. Cuando se ven cadáveres en gran cantidad, se llega a tener una idea bastante acertada sobre el tiempo que llevan muertos. También se adquieren conocimientos prácticos de anatomía. Ciertas zonas tienden a sangrar de un modo espectacular, y cuando no lo hacen es porque existe algún motivo.

—Ninguna teoría —contestó Maybridge.

Alguien había asesinado a un cadáver, si bien no estaba seguro de que la palabra «asesinar» fuese aplicable. Era la primera vez que se le presentaba semejante situación. Y el presentador había escrito también la nota. Le echó otra mirada. Un papel blanco y limpio de mecanografía, sin ninguna traza de sangre. Debió de ser sujetado con cinta antes de que se asestara el golpe con el espetón. Recordó sus últimas palabras al finalizar la conferencia: «No permitan que sus asesinos sean torpes. Procuren que sean unos artistas». Empezó a sudar. Había algo especialmente repugnante en el hecho de infligir una afrenta a los muertos. A juzgar por su aspecto, la muerte de Grant había sido pacífica, ya que la tranquilidad imperaba en sus facciones. Quien le hubiera atravesado la arteria había dispuesto su cuerpo con limpieza, inclinando la cabeza ligeramente sobre la suave almohada, antes de encontrar el punto exacto en el cuello. Era un gesto obsceno.

Mientras el equipo forense trabajaba en el cuarto del crimen, Maybridge ordenó a Dwight Connors que reuniera a los escritores en la sala de conferencias. También le pidió que le facilitara una lista completa, por duplicado, de todos los escritores presentes, incluidas sus direcciones y sus demás ocupaciones, si las tenía. Una

de estas listas pasaría por un ordenador y se buscaría cualquier información relevante que pudiera tener relación con el caso. La otra serviría como referencia durante los interrogatorios. Al subir él y Claxby al escenario, le asaltó el recuerdo de la tarde anterior. Tampoco entonces había reinado una gran alegría. Grant tendía a suscitar animosidad, tal como un jinete nómada alza el polvo del desierto. Claxby tomó la palabra. *Sir* Geoffrey había sido encontrado muerto, dijo a sus oyentes, pero no entró en detalles sobre las circunstancias. Se había hallado una nota cerca de su cadáver. Una versión mecanografiada de esta nota tendría que ser copiada por todos los presentes, utilizando un rotulador negro, y después la escritura sería analizada por un experto en la jefatura de policía. Esto requeriría algún tiempo, así como también la autopsia, que sería realizada lo antes posible. Puesto que el seminario tenía que continuar hasta aquella tarde, de acuerdo con el programa, todos se dedicarían a sus tareas normales, pero dispuestos a ser interrogados en cualquier momento por el inspector jefe Maybridge y por él mismo. No creía que nada impidiera que la investigación preliminar quedara completada al concluir el día, pero si alguno de los miembros tenía algún motivo apremiante para marcharse antes, él le concedería prioridad. Nadie podía abandonar el lugar sin su permiso. La oratoria de Claxby no invitaba a la contradicción. Los escritores le escucharon sentados y en silencio, desde el principio hasta el fin.

Lo que Maybridge tenía que decir le proporcionó un gran placer. El equipo forense necesitaba realizar más o menos una hora de su trabajo en la cocina. Entretanto, no era posible preparar ningún desayuno, y nadie saldría del lugar para tomarlo en otro sitio. Esta pequeña venganza fue estropeada por Dwight Connors, que se levantó inmediatamente y dijo a todos que en el bar había una máquina de café, así como varios paquetes de galletas.

Claxby sintió un cierto regocijo en su interior. Te han pillado, pensó, pero no lo dejó traslucir. Personalmente, él se alegraba del café. Tampoco había desayunado y estaba en la brecha desde las ocho y media.

—¿Cómo se las ha arreglado para hacerlos levantar tan temprano? —preguntó a Maybridge—. ¿Acaso la jauría olfateó la sangre?

Connors los había llamado a todos, y Maybridge ignoraba lo que les había dicho. Estaba descargando a Fay del peso de toda la responsabilidad y había dicho a Maybridge que cualquier cosa que debiera hacerse, se la pidieran a él. Prefería que a ella se la molestara lo menos posible.

Fay, vestida con un grueso suéter marrón y pantalones de franela, estaba sentada junto a Cora Larsbury en la parte delantera del vestíbulo. Parecía como si se hubiera puesto con prisas las primeras prendas que pudo encontrar. Calzaba unas zapatillas. Cora Larsbury le estaba diciendo algo, pero era evidente que Fay no la escuchaba. Captó la mirada de Maybridge y apartó la suya. Entonces Maybridge sugirió a Claxby que, si Fay había de ser interrogada en primer lugar, se le evitara la tensión propia de la espera. Claxby no presentó ninguna objeción, pero su motivo no era el mismo. Como viuda de Grant, ella tenía que identificar a este formalmente antes de que se efectuara la autopsia, y por ello debería ausentarse del lugar durante una hora, más o menos. La muerte, especialmente una muerte violenta, tenía su dosis de burocracia, y por tanto tendía a retrasar todas las demás actividades.

La sala prevista para los interrogatorios era la contigua a la de conferencias, y comunicaba también con el vestíbulo. Hasta el día anterior, había servido como despacho provisional de Grant. La mesa la llenaban los manuscritos de los escritores noveles, que Claxby apartó con un gesto irritado a un lado.

—Frutos de la imaginación. Acónito y belladona.

—Cosas anticuadas —dijo Maybridge—. Asesinato con insulina.

—Tampoco tiene nada de nuevo.

—Y no es inmediatamente detectable.

No se lo había preguntado a Crofton, pero de todos modos el doctor había avanzado esta información. Claxby examinó el contenido del cajón de la mesa y encontró un paquete de tarjetas postales y unos cuantos sobres de papel grueso.

—No niego que me causaría un vivo placer que esa nota fuera copiada en presencia de usted —dijo—, pero esto exigiría demasiado tiempo. El sargento Sayers puede ocuparse de ello. Dispóngalo todo, por favor.

Maybridge, previéndolo, ya había instalado a Sayers en una

habitación contigua, para que esperase allí ulteriores instrucciones. Evitó mirar directamente al sargento mientras le explicaba lo que había de hacerse.

—Disponga las tarjetas de modo que cada persona que entre para copiar la nota coja una tarjeta del montón. Quiero unas buenas huellas dactilares. Haga que todos los que escriban metan sus tarjetas en los sobres y escriban sus nombres. Después, hágales lamer el borde del sobre para cerrarlo. La saliva puede resultar útil. Cuando todos los presentes hayan copiado la nota, dígamelo. Seguidamente, las llevará usted mismo para que el inspector Barker haga su análisis.

—Se ha marchado, señor —dijo Sayers—, para seguir un cursillo. Está estudiando servo-croata en Bath.

—Ya le han dicho que se presente.

Maybridge sabía que el sargento, un joven corpulento y pelirrojo, contenía su regocijo con cierta dificultad, y no le culpó por ello. Barker, aunque innegablemente brillante, no dejaba de ser un joven engreído. Ahora tendría oportunidad para demostrar sus dotes.

—¿Alguna pregunta, sargento?

—¿Cómo he de llamarlos, señor?

Maybridge se había quedado con una copia de la lista de Connors y se la entregó.

—El señor Connors, el secretario de Grant, ha hecho una lista con todos sus nombres. Aquí tiene una copia. Y no olvide al propio Connors, aunque probablemente él se ofrecerá para buscarle a todos los demás. El agente Williams se quedará aquí para ayudarle.

Al volver al cuarto de los interrogatorios, Maybridge vio que Claxby había hecho traer de la cantina tres sillas tapizadas con plástico rojo, y había situado una de ellas de modo que quedara frente a la ventana.

—Una distribución agradable y cómoda —le dijo a Maybridge—, un grupo de tres.

Sin embargo, la comodidad no era el objetivo de Maybridge. Las entrevistas serían extremadamente incómodas para todos, incluido él mismo. Las palabras «adjudique este asesinato» seguían resonando en su cabeza como un toque de difuntos.

—Utilice su discreción —le dijo el agente que había de ayudar

en los interrogatorios—. Esto no ha de seguirse al pie de la letra. En este momento, nadie firmará nada. Las declaraciones formales se harán más tarde. Solo queremos obtener una impresión general.

—El superintendente Claxby ya me lo ha explicado, señor.

—Entonces, perdone que yo se lo repita —replicó Maybridge con irritación.

Durante la media hora siguiente, antes de comenzar los interrogatorios, Claxby y Maybridge compararon notas y discutieron el caso. El primero preguntó si existía algún tipo de hostilidad contra Grant, y Maybridge contestó afirmativamente y explicó las razones.

—Veo que no se trataba de un tipo muy popular —comentó Claxby—, pero ya sabe usted lo que decía Cicerón.

Maybridge no lo sabía, pero tuvo la seguridad de que iba a enterarse en el acto.

Efectivamente, Claxby citó con evidente placer:

—*Tacitae magis et occultae inimicitiae sunt, quam indictae et opertae*, lo que se traduce como: «Las enemistades inconfesadas y ocultas son más temibles que las abiertas y declaradas».

—Bien dicho —comentó Maybridge secamente.

Claxby sonrió. Hoy, Maybridge se mostraba muy vulnerable, y no le faltaban motivos para ello.

—Veremos primero a todos los más probables —dijo—, comenzando, tal como ha sugerido usted, por la valerosa viuda. Dejaré que usted lleve el peso de la conversación.

El agente Radwell acompañó a Fay hasta el cuarto y seguidamente se sentó ante la mesa, empuñando el lápiz sobre su libreta abierta. Fay le miró con cierta sorpresa.

—¿Va usted a escribir lo que yo diga?

—Tan solo lo que sea importante —contestó Maybridge por él.

Seguidamente, la presentó a Claxby y este le dirigió unas breves palabras de condolencia.

—Gracias —contestó Fay cortésmente—. Todavía no me es posible creerlo.

Había estado comiendo galletas y se le habían pegado unas migas a la parte delantera de su suéter.

Maybridge pensó que sus zapatillas probablemente habían pertenecido a Geoffrey, pues eran de fieltro marrón y demasiado

grandes por los lados. Recordó sus zapatos de tacón alto de la noche anterior. Fay se mostraba ahora mucho menos tensa que en aquella ocasión y Maybridge se preguntó cómo lograría hacer frente al ajetreo que le esperaba en este día.

—Necesitamos saber dónde estaba cada persona la noche pasada —le dijo—. Sé que está usted cansada y muy afectada, pero le ruego que se ofrezca a ayudarnos.

—No estoy cansada. Durante la noche he dormido bastante bien.

—Aun así, acaba de pasar por un trance muy doloroso.

—Sí —admitió ella—, lo sé, pero me siento como entumecida.

El doctor Crofton le había dicho que esta reacción era normal. Un miembro congelado solo dolía cuando se iniciaba el proceso de descongelación, le explicó, y eso podía requerir horas, incluso días. Sin embargo, ella no se sentía congelada ni descongelada, sino tan solo indiferente.

Maybridge le preguntó acerca de la diabetes de Grant y ella contestó que la padecía desde hacía años.

—¿Le ayudaba usted a inyectarse?

—No..., se mostraba peculiarmente sensible en este aspecto.

—¿Qué quiere decir?

—Una vez le sorprendí cuando se estaba inyectando. Se enfadó mucho..., incluso se mostró avergonzado —Frunció el ceño, tratando de encontrar las palabras exactas—. Creo que él consideraba su enfermedad como una especie de... de tara. Como si de alguna manera le disminuyera. Se inyectaba a solas, generalmente en el cuarto de baño y con la puerta cerrada —Miró fijamente a Maybridge—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver su diabetes con todo lo demás?

Claxby intervino rápidamente.

—Ahora, esto no importa. Cuando más tarde recibamos el informe del patólogo, sabremos lo que ocurrió. De nada sirve hacer conjeturas.

—¿Se acostó usted más o menos al mismo tiempo que su esposo?

—No, yo subí primero. Todas las habitaciones son individuales. La mía estaba al lado de la de Geofrey —Se dirigió a Maybridge—: ¿Está enterado el señor Claxby del incidente que se produjo en el bar... con Lloyd?

—Sí.

Dwight Connors le había dicho que respondiera con la mayor brevedad posible y que no ofreciera ninguna información que no se le hubiera solicitado. Sin embargo, decidió no seguir su consejo.

—En aquel momento, yo no supe por qué Lloyd estaba tan trastornado. Yo había trabajado un poco en los primeros capítulos de *El factor Helio*..., solo para echar una mano. Y cuando el libro estuvo terminado, lo leí por encima, para obtener una idea general. A mí nunca me han gustado sus libros..., sobre todo este. Es demasiado sensacionalista y la violencia es puramente gratuita. Él buscaba un público diferente, con un tipo de ficción que todavía no había probado. Generalmente, cuando trabajaba en un libro se mostraba retraído pero al mismo tiempo satisfecho; sin embargo, esta vez le veía muy malhumorado e irritable. Creo que le preocupaba la posibilidad de que no tuviera éxito. En muchos aspectos, se sentía inseguro de sí mismo. Para muchos, les resultará difícil creerlo, pero es la verdad. El éxito de crítica era importante para él. Demasiado importante. Su carrera le desequilibraba; hasta cierto punto, le cerraba el mundo real. Fue una suerte que su libro tuviera éxito, pues no sabía soportar el fracaso.

Miró a los dos policías, con expresión un tanto confusa.

—Lo siento. Yo iba a hablarles de Lloyd. Me parece que no soy capaz de concentrarme.

Maybridge le dijo que se tomara el tiempo necesario y ella continuó al cabo de unos minutos:

—Evité leer varios de los últimos capítulos de *El factor Helio*. Así fue como me pasó por alto la descripción de la víctima del incendio. Entonces, alguien me indicó las páginas que debía leer y me llevé el libro a la cama y las leí. La descripción me impresionó... me causó un gran disgusto. Y también me sorprendió. Geoffrey podía ser desconsiderado y poco amable, pero nunca había visto que fuese cruel. Lo que había escrito era maligno. Todo el que conociera a Lloyd podía ver que había servido de modelo para el personaje... Ni siquiera se había molestado en disimular la capucha que lleva Lloyd —Hizo una pausa y, tras un esfuerzo, prosiguió—: Cuando oí que Geoffrey entraba en su dormitorio, poco antes de las doce, fui allí y le dije sin circunloquios lo que pensaba de él.

Su sinceridad había causado buena impresión, al menos en Maybridge, que la veía como una amazona que batallara al lado de

los débiles, una amazona que solo tuviera las palabras como arma. Grant se lo había merecido. La opinión de Claxby era más matizada; con menos fantasía, la veía como una mujer que acababa de decir una verdad que tal vez fuese perjudicial. Se preguntó si ella era lo bastante inteligente como para saber que su declaración era prudente. Una disputa en la intimidad del propio hogar nunca debe ser explicada, ya que en un edificio público no existe intimidad alguna.

—¿Cómo se lo tomó él? —preguntó.

—¿Mi reprimenda? —Se encogió de hombros—. Al principio, con sorpresa. Yo suelo mostrarme dócil en todo momento. La reacción de Lloyd también le había impresionado —Frunció el ceño y se apartó unos cabellos de la frente—. Lo que ahora me preocupa, dado que ahora me siento lo bastante tranquila como para pensar, es que tal vez me mostré extremadamente dura con él. Los escritores dicen muchas tonterías sobre el subconsciente. La excusa de Geoffrey consistió en que no había trazado conscientemente, con sus palabras, un cuadro de Lloyd, y que toda aquella descripción tan horrible procedía de algún otro lugar. No lo creí... pero podría ser verdad. Estaba escribiendo sobre un personaje secundario, como me señaló, y más tarde se sintió desconcertado al comprender lo que había hecho.

—Por lo tanto, ¿se excusó ante usted? —Maybridge trataba de minimizar aquella disputa.

—Oh no..., conmigo no. Consigo mismo. Él nunca se mostraba abyecto, ni humilde. Bueno, usted ya le conocía. Me contestó sin regatear palabras. Me dijo que yo debía apoyarle más, en vez de acusarle. Había estado sometido a fuertes presiones, y me preguntó si acaso yo lo ignoraba. ¿Era tan estúpida, tan obtusa, como para pensar que él iba a perjudicar deliberadamente su reputación, escribiendo tales cosas sobre Lloyd? —Fay sonrió con amargura—. Le dije algo acerca de que el perjuicio causado a Lloyd pesaba más que su reputación... Y seguidamente abandoné su cuarto.

Hubo un breve silencio, durante el cual ella pareció sumida en sus pensamientos. Maybridge presintió que iba a facilitar más información.

—Unos diez minutos más tarde, llamó a mi puerta. Quería las llaves del coche y no encontraba las suyas. Empecé a preocuparme

por él... Pues no estaba en condiciones de conducir. Generalmente, procuraba no beber con exceso, pero esa noche había tomado unas copas de más. Le pregunté adónde iba y me dijo que a ninguna parte. De vez en cuando fumaba un cigarro, y tenía una caja de puros en el coche. Supongo que pensó que un cigarro podía apaciguarle.

—¿Y usted le dio las llaves?

—Él mismo las sacó de mi bolso.

—¿Y después regresó con ellas?

—No, debió de ir directamente a su cuarto.

Maybridge no podía recordar ningún rastro de aroma de cigarro en el dormitorio de Grant, y era uno de esos olores que generalmente persisten. Y tampoco había visto una caja de cigarros. Llegó a preguntarse vagamente si Fay estaba mintiendo.

Seguidamente, le preguntó si se había despertado durante la noche.

—Sí, oí que Ulysses lloraba —Se volvió hacia Claxby—. La madre de Ulysses, Bonny Harper, había sido la querida de mi marido. Cuando llegó el bebé, él no quiso saber nada de él. Bonny trajo el bebé al seminario para enfurecer a mi esposo. Sin embargo, es probable que ustedes no me crean si les digo que a mí no me enojó.

Claxby se encogió de hombros, sin comprometerse.

—Circula el rumor de que mi marido fue mutilado con el espetón cuando ya estaba muerto —Se dirigió de nuevo a Maybridge—. Cuando hurgué esta mañana en el dormitorio, con usted, y vi la nota... Creí que le habían asesinado. No lo comprendo.

—Y tampoco nosotros —dijo suavemente Maybridge—, todavía. La autopsia nos aclarará muchas cosas. No lo mataron con el espetón. No sabemos cómo murió. Sin embargo, después de que usted haya identificado el cadáver, el patólogo podrá realizar su tarea —Se volvió hacia Radwell—. Acompañe a *lady* Grant y diga al sargento Sayers que pida un coche para llevarla después a la jefatura.

Fay se detuvo ante la puerta y habló con cierta vehemencia.

—Siento profundamente que esto haya tenido que ocurrirle a usted, inspector jefe. La persona que escribió esa nota, quienquiera

que sea, es un psicópata.

—Posiblemente.

—Fue una conferencia excelente. La mejor que nos ha ofrecido un oficial de la policía desde hace mucho tiempo.

—Gracias.

Agradecía su defensa, pero hubiera deseado que ella no hablara con tanto entusiasmo en presencia de su superior.

Claxby, al que no le había pasado por alto aquella reacción, miró a Fay con curiosidad, mientras ella salía. *La belle dame*, pensó, lleva unas zapatillas de hombre que no son las de su marido. Las de *sir* Geoffrey, varios números mayores y de una excelente piel de cabritilla negra, estaban colocadas ordenadamente junto a su cama. ¿Con quién se regodeaba la dama?, preguntóse. Maybridge, como pudo observar al regresar a su asiento, tenía unos pies que eran aproximadamente del mismo tamaño de los del difunto. No dejaba de ser un alivio.

—Una mujer encantadora —echó el anzuelo Claxby—. ¿Euroasiática?

—Medio india.

—Su matrimonio, según ella misma ha admitido, era más bien tibio. ¿Tenía ella un amante?

—Lo ignoro.

—¿Green que le importó tan poco la presencia de la amante de su marido, como ha querido darnos a entender?

—Lo siento, pero esto también lo ignoro.

—Me interesa ver a la rubia Anticlea —dijo Claxby—, la madre de Odiseo... Dígame que entre.

—Ulysses —corrigió Maybridge—, y ella se llama Bonny.

Pero fue el doctor Crofton el siguiente entrevistado. Asomó la cabeza en la puerta.

—Me necesitan en el hospital.

Claxby le dijo que entrase y cerrase la puerta. Maybridge les presentó y Claxby hizo una marca junto a su nombre en la lista.

—Espero que habrá sido discreto, ¿no es así? —preguntó Maybridge—. *Lady* Grant ha hablado de rumores. Quiero esperar que usted no le haya facilitado ninguno de los detalles.

—Esto es lo malo —replicó Crofton secamente—. Yo no he dicho ni una palabra que no debiera decir, a pesar de que me han estado

acosando, pero alguien sí lo ha hecho. Saben que Grant ya estaba muerto cuando alguien le atravesó el cuello.

—Si no fue usted... y yo creo que no, ¿hay que pensar en Bonny Harper? Ella fue la primera en entrar a la habitación.

—Bonny sería capaz de pregonarlo a los cuatro vientos —dijo Crofton—, pero sus conocimientos médicos son nulos.

—En el curso de una investigación por asesinato —observó Claxby—, todo el mundo habla demasiado. La raza humana se siente fascinada por la muerte... Especialmente cuando es violenta. Son estos comentarios a gritos los que a veces ayudan a resolver las cosas, aunque generalmente el cadáver, una vez en el laboratorio de patología, es el que tiene la última palabra.

Crofton, alentado al encontrar un eco en su público, citó:

—El asesinato, aunque no tenga lengua, hablará con el más milagroso de los órganos.

A Claxby había de agradecerle forzosamente un médico buen conocedor de *Hamlet*. Miró a Crofton con aprobación.

—¿Cuál es su teoría, doctor? ¿Cómo murió Grant?

Crofton se encogió de hombros.

—Fuerza mayor, tal vez... Una coronaria. El hombre se encontraba bajo fuerte tensión. Lawrence Haydon le puso en evidencia durante el acto de entrega de la Guillotina. Tampoco fue muy notable su popularidad cuando Lloyd, desprovisto de su capucha, irrumpió en el bar. Grant, con sus cuarenta años a cuestas, no sería el primero en caerse muerto después de pasar por un período de semejante tensión.

—¿Y si su muerte no fue natural?

—No, no puedo imaginármelo suicidándose. ¿Por qué habría de hacerlo? Supongo que pudo inyectarse una sobredosis de insulina, estando borracho o muy preocupado, y caer en un coma hipoglucémico. En este caso, el coma se presentaría, como mínimo, dos horas después de inyectarse. No sé cuando se puso la inyección. El rigor se muestra primero en la cara, alrededor de cinco a siete horas después de la muerte. No puedo decir que yo lo observara, pero, teniendo en cuenta la presencia de un tosco espetón clavado en su carótida, en realidad no presté atención al detalle —Miró a Maybridge, haciendo una mueca—. También la nota me exigió una parte de mi atención.

Maybridge guardó silencio, resistiendo a su deseo de replicar debidamente.

—Si fue asesinado —prosiguió Crofton—, fue envenenado. Mis amigos aquí presentes han utilizado diversos venenos extraños en sus siniestras novelas, y no se dan punto de reposo en construir teorías. La insulina es actualmente el predilecto, con el curare en segundo lugar. Es un veneno obvio y fácil, y se inyecta por vía intravenosa. Personalmente, en mis novelas yo prefiero las armas de fuego —Miró a Maybridge—. Mejor dicho, prefería las armas de fuego... puesto que Muriel Slocombe se mostró más bien torpe con el último asesinato. A propósito, gracias por sus notas sobre cómo matar utilizando armas de fuego. La próxima vez, procuraré que ella esté mejor enterada.

Claxby, sobresaltado, esperaba que se le diera una explicación, cosa que hizo Maybridge, mientras un Crofton enormemente divertido seguía hablando.

—Debo admitir que en esta particular mañana dominical me alegro de que sus problemas no sean los míos —Miró su reloj—. Supongo que desearán hacerme algunas preguntas sobre mis movimientos durante esta noche. ¿Qué desean saber, en primer lugar?

Claxby tomó la iniciativa.

—¿Hace mucho que conocía usted a *sir* Godfrey?

—Desde hace unos cinco años. Me sumé al Club de la Guillotina de Oro cuando fue fundado. Nos hemos visto varias veces en actividades sociales y actos públicos. Sin embargo, no era paciente mío.

—¿Fue usted a su habitación, la noche pasada, antes o después de que Grant abandonara el bar?

—Después. Me tomé un *whisky* con Dwight Connors. Grant subió alrededor de la medianoche, y yo lo hice poco después. Connors dijo algo acerca de dar por terminada la fiesta, y yo dejé que él se ocupara de ello.

—¿A qué distancia se encuentra su habitación de la de Grant?

—Nos separan cinco puertas.

—¿Oyó algo fuera de lo usual, por ejemplo una discusión?

Crofton titubeó.

—No.

—Él y su esposa estuvieron discutiendo..., ¿usted no oyó nada?

—No.

¿Caballerosidad?, preguntó Claxby, que había advertido la vacilación del médico.

—Hábleme de *lady* Grant.

Crofton mostró una leve sorpresa.

—¿De Fay? ¿Que le hable de ella? ¿Qué quiere que le diga?

—¿Cómo la definiría usted como persona?

—Necesitaría varias palabras —repuso Crofton—. Una persona que lleva largo tiempo sufriendo.

—Según ella misma ha reconocido, el suyo no fue un matrimonio feliz.

—Tal vez no —replicó Crofton bruscamente—, pero no lo mató.

—En estos momentos, ni siquiera sabemos si lo mató alguien. De lo único que estamos seguros es de la mutilación. ¿Salió usted de su cuarto durante la noche?

—Sí, fui al lavabo cuando empezaba a amanecer. El crío de Bonny me despertó. En realidad, nos despertó a casi todos.

—¿Dónde estaba el niño cuando su madre salió del cuarto de Grant?

—Desde luego, no estaba con ella. Supongo que estaría en su dormitorio. Pero tampoco Bonny lo mató —añadió.

Claxby trató de mantener su paciencia.

—Si alguien sufre una embolia y esta llega al corazón o al cerebro con unas consecuencias mortales, usted acepta como un hecho lo sucedido. La tarea de la policía no se basa en la intuición, como tampoco se basa en ella la de la medicina. Si Grant fue asesinado, cualquiera de los presentes aquí durante la última noche pudo haberlo hecho. Fue mutilado. Cualquiera pudo haberlo mutilado. Mi mente está abierta a toda clase de explicaciones —Se volvió hacia Maybridge—. No creo que debamos retener más al doctor, a no ser que usted desee hacerle alguna otra pregunta...

Maybridge denegó con la cabeza, pero recordó al médico que debía copiar la nota antes de volver al hospital. Crofton dijo a Claxby dónde se le podía localizar y le dejó su número de teléfono.

—Espero que tenga éxito con este caso. Me interesaría conocer el informe del patólogo tan pronto como pueda usted divulgarlo.

Dominando el impulso de contestarle al doctor que se ocupara

de sus propios asuntos, Claxby dijo que recordaría esta petición.

6

TANTO EL SUPERINTENDENTE como el inspector jefe se habían mostrado justos, admitió Bonny para sí cuando regresó a su habitación. Su deber consistía en interrogarla. No la habían acosado a preguntas, pero la pesadilla que se había estado incubando en su cabeza, solo admitida a medias, había hecho explosión durante el interrogatorio, para convertirse en un hecho real y terrible.

Con manos temblorosas, corrió el pestillo de la puerta del dormitorio. Había una botella pequeña de *whisky* en su maleta, oculta debajo de los pañales limpios de Ulysses. Vertió un poco en el vaso del lavabo y se lo bebió sin mezclarle agua.

«Dios mío —pensó—. ¡Oh, Dios mío!».

Lo cual se convirtió en seguida en un burlón «¡Oh, Godfrey!».

Se prestaba fácilmente a la burla, aquel megalomaniaco pomposo y egoísta, pero había sido la mejor fase de su vida. Su muerte había sido como si le arrancaran un trozo de su propia carne. Que ella se hubiera sentido profundamente atraída a nivel físico, era algo que nunca había negado. Y tampoco había negado que en ambos hubiera una posible respuesta basada en la violencia.

Todo esto lo había explicado con perfecta sinceridad.

—Yo solo podía mostrarme violenta —les dijo— si él lo era también... Y en tales casos la cosa no salía del terreno verbal. Yo nunca hubiera podido hacerle daño —quiero decir un daño verdaderamente serio—, nunca hubiera podido clavarle un espetón estando él echado allí..., quiero decir echado en la cama, sin poder valerse... quiero decir...

Y había gesticulado violentamente, procurando evitar la palabra más obvia.

Maybridge le había pedido que les explicara lo que vio cuando abrió la puerta del dormitorio.

Ella comprendió que su interlocutor no era un sádico, sino tan solo un profesional, y trató de contestar con calma.

La habitación de él daba al este y estaba mejor iluminada que la suya, contigua. Le había visto con toda claridad, como una estatua en una iglesia, excepto que sus manos hubieran tenido que estar unidas como en una plegaria.

—Creo —le dijo a Maybridge— que alguien se las unió, pero después se soltaron.

Se mostró levemente sorprendido, pero dejó que ella prosiguiera.

Había visto que sobresalía algo de su cuello... Algo que era demasiado delgado para ser un cuchillo. Era un espetón de cocina. Había sangre. Según los rumores, la hemorragia había sido extrañamente escasa.

—Por el amor de Dios —les había dicho, mirando a Maybridge y empezando a temblar—, ¿cuánta sangre debía de haberse visto allí? ¿Un torrente?

Claxby le preguntó si se había acercado a la cama... ¿Había tocado a Grant? No, le contestó, no se había sentido capaz de moverse del umbral de la puerta. No podía acordarse de cómo abandonó la habitación. Lo único que recordaba era encontrarse de rodillas en el suelo, en el pasillo, y tocando con la frente el frío suelo.

No recordaba haberse levantado. No se acordaba absolutamente de nada, hasta que se encontró sentada en el borde de su cama, y Sandy Crofton apoyaba sus manos en sus hombros, sosteniéndola para que no volviera a derrumbarse. Sentía un deseo desesperado de echarse. Quería que todo se oscureciera. Ulysses estaba chillando, pero sus gritos le llegaban como si atravesaran una capa de algodón.

Claxby le había preguntado por qué no entró con Ulysses en el dormitorio de Grant, después de subir desde la cocina con Scott Wilson.

—¿No era su intención obligarle a él a mostrar una implicación

paterna? ¿Por qué se llevó primero al niño a su propia habitación?

Ella contestó con menosprecio que Ulysses no era una bala con la que matar a Godfrey. Era un niño que se encontraba mal y que necesitaba el calor de su cama. Era su padre el que había de ir a verle allí.

Maybridge quiso saber si ella había abierto el cajón de la cubertería cuando se encontraba en la cocina. ¿No había necesitado, por ejemplo, una cuchara para el bicarbonato?

La aparente banalidad de la pregunta la sorprendió. Maybridge explicó entonces que los espetones se guardaban en el cajón de la cubertería.

¿Los había visto? ¿Los había tocado?

Sí, contestó, los había visto... Y también un cuchillo muy afilado para cortar la carne. Era un arma más corriente, ¿verdad que sí? Ella no sabía lo que había tocado, pero probablemente encontrarían sus huellas dactilares en todas partes.

—Antes tuvo usted una discusión con Grant —le recordó entonces Maybridge—. Él no mostró el menor afecto con respecto a su hijo, por lo que sería perfectamente natural que usted se hubiera disgustado. ¿Cuáles eran, exactamente, sus sentimientos cuando entró en su habitación él?

—Una especie de pánico —trató de explicar ella—. Necesitaba ayuda. Él estaba más cerca de mí y de Ulysses que cualquier otra persona. Disgustos, sí... Y también despecho... Pero había algo más que esto. Ulysses era nuestro. Ulysses enfermo y llorando en plena noche era también su problema. Le necesitaba entonces. Le necesitaba en el futuro. Le necesitaba vivo para Ulysses. Él tiene... tenía dinero. Yo no lo tengo. Ulysses era su único hijo. Reconocido o no. Él podía haber hecho algo por él. Como darle una buena escuela. Como ofrecerle una casa que no fuera el sótano de la de otros. Unas vacaciones de vez en cuando. Yo no quería verlo muerto. ¿De qué hubiera servido?

Había notado que Maybridge, al menos, parecía convencido, pero su interrogatorio todavía no había terminado. Tenían otras cosas que preguntarle.

Después de regresar el doctor Crofton con ella a su habitación, ¿cuánto tiempo se había quedado él a su lado? ¿Cinco minutos... diez minutos... más?

Ella no lo sabía. No podía recordarlo.

¿Qué había ocurrido entonces?

Él había llamado a Sybil Agindale, una de las escritoras. Ella no deseaba la presencia de Sybil Agindale. No podía tragarla. Se dejó llevar por el pánico y le pidió que llamara a Scott. Scott se quedó con ella y Sybil se llevó a Ulysses a su cuarto para limpiarlo.

¿Se había quedado Scott con ella toda la noche... antes de que Ulysses despertara?, preguntó Maybridge.

Sí, le contestó ella, hasta entonces habían estado durmiendo juntos.

—Una coartada a toda prueba —comentó Claxby con cierta acidez.

Ella se sentía demasiado traumatizada para permitirse el enojo. Pensar que Scott pudiera salir sigilosamente de la habitación para mutilar un cadáver que había sido envenenado, era algo que resultaba demasiado ridículo. Y así se lo dijo a Maybridge. Fríamente. Maybridge indicó que la muerte de Grant pudo haber sido natural, que pudo haber padecido un ataque al corazón.

Pero ella no podía creerlo. Sus facciones de mármol..., aquellos labios casi sonrientes..., aquel terrible espetón..., la sangre..., el violento contraste entre lo que parecía la paz al lado de la mayor violencia. Era algo que ella siempre recordaría con horror: la muerte natural no se lleva a nadie de ese modo.

Había estado estableciendo la comparación entre la muerte natural y el asesinato —incoherentemente y a punto de verter lágrimas— cuando Claxby la interrumpió secamente.

—Gracias —le dijo cortésmente, pero con la suficiente firmeza para atajar sus palabras.

Maybridge la había acompañado hasta la puerta.

Bonny bebió el resto de *whisky* y dejó el vaso en el suelo, junto a la camita de Ulysses. Era una suerte que este no hubiera visto a su padre muerto. Su mente infantil no lo habría comprendido, pero el trauma tal vez hubiera permanecido en él. Antes de ser interrogada lo había dejado con Cora Larsbury, pero ahora sentía la imperiosa necesidad de estrecharlo contra sí. Quería sentir su contacto, su olor, incluso sus ruidos. Por él tenía ahora que controlarse a sí misma, lo mejor que pudiera. Tenía que conservar la tranquilidad.

Abajo, Claxby y Maybridge estaban comentando la última

entrevista. Había sido fácil creer a Bonny En un aspecto emocional, probablemente era capaz de haber matado a Grant en un momento de indignación, pero, desde luego, no formaba parte de su carácter un acto cualquiera de violencia calculada. Bonny Harper no era una envenenadora ni una mutiladora. Y dejando aparte los análisis de carácter y contemplando los hechos desde el punto de vista puramente lógico, ella necesitaba a Grant vivo. Tal como ella misma les había dicho. Financieramente, él era —o pudo haber sido— un respetable activo.

—No es un sospechoso de primera fila, a pesar de haber sido la primera en aparecer en el escenario y de haber tenido amplias oportunidades —resumió Claxby.

Entretanto, Maybridge se preguntaba cómo se las habría arreglado ella para copiar la nota, ya que durante la entrevista sus manos habían estado temblando visiblemente.

La habitación estaba caldeada y se aproximó a la ventana para abrirla un poco. Un sol brillante estaba derritiendo la escarcha en el césped. Cora Larsbury, abrigada con un grueso tabardo gris, empujaba un cochecillo plegable a través del prado. Sus ruedas dejaban unas huellas de color verde oscuro. Ulysses, que ya se estaba reponiendo e iba confortablemente abrigado, apenas era visible bajo la capota del cochecito.

—¿La remilgada Sybil Agindale? —preguntó Claxby, acercándose a la ventana.

—No. Esta es Cora Larsbury. La autora novel de más edad, y para colmo experta en Rasputín.

—Unas mentalidades agradables las de esa gente —observó Claxby—. ¿Es experta en algo más?

—Hace dulces.

—¿Qué clase de dulces? —preguntó Claxby, divertido—. ¿Bombones con ácido prúsico dentro?

—No tengo idea.

—Pues continúe en esta ignorancia —le aconsejó Claxby—, aunque solo sea para mantener su peso.

Decidió llamar entonces a Scott Wilson. Se suponía que este había compartido la cama con Bonny. Preguntó si Wilson era también escritor.

Maybridge nada sabía acerca de él, excepto que parecía como si

Bonny y él se avinieran.

—De los treinta más o menos que hay aquí, solo conozco a los que se presentaron para el concurso... con la excepción de la señora Larsbury, que habló conmigo después de entregado el premio.

—Toda una competición —dijo Claxby—, y al final de la misma cayó la cabeza de Grant.

Puesto que Maybridge no tenía la ventaja de conocer a Scott Wilson, Claxby formuló todas las preguntas. El joven, pensó, ofrecía la imagen usual de un mocetón bien desarrollado y se preguntó cómo había podido meterse en la cama con la muchacha sin aplastarla. Ella había ofrecido el aspecto de un desecho de un *ghetto*, y él hubiera encajado perfectamente en un equipo de rugby. Le dijo que se sentara.

—Antes de preguntarle acerca de los acontecimientos de la última noche, señor Wilson, me agradecería saber algo de usted. ¿Es usted escritor de novelas policíacas?

—Aspiro a serlo, sí —contestó Scott.

—¿Todavía no le han publicado nada?

—Todos podemos soñar.

Claxby indicó el montón de manuscritos que había en la silla junto a la mesa escritorio.

—¿Uno de estos es el suyo?

—Uno de estos era mío. Lo retiré la noche pasada antes de que Grant pudiera leerlo.

—¿Por qué?

—Porque no creí que pudiera interesarle una tesis sobre Archibald Alison, el clérigo del siglo XVIII

cuyo único título para la fama fue un ensayo que publicó sobre *Naturaleza y principios del gusto*, publicado en 1790.

—Será mejor que nos explique de lo que está hablando.

—Desde luego —Scott se acomodó tan confortablemente como pudo en su silla de duro asiento y recto respaldo—. Mi novela policíaca llevaba el título de *La muerte del doctor Drummond*. Estaba en una carpeta azul. También lo estaba mi tesis. Cuando salí de mi casa, cogí la carpeta que no debía. No supe lo que había hecho hasta que entré aquí para escribir la sinopsis. Grant llegó poco después que yo. No quise decírselo, por si acaso, debido a la mala

suerte, decidiera darle una ojeada. Su gusto es, lo siento, era, francamente execrable. Pudo haber creído que todo había sido deliberado... y que yo trataba de tomarle el pelo. Coloqué mi carpeta debajo de todo el montón y lo llevé a una discusión sobre su ilustre carrera de escritor. No fue difícil. A la mayoría de las personas les gusta hablar de sí mismas, y a Grant más que a cualquier otra, y más tarde, cuando supe que él se encontraba en otra parte, la recuperé.

Claxby buscó en la lista el nombre de Dwigh Connors.

—Tiene usted una carrera universitaria, que le permite ejercer la docencia, ¿no es así?

—Correcto.

—¿Y dónde enseña?

—En ninguna parte.

—¿Está usted en el paro?

—Esa es una manera anticuada de expresarlo —dijo Scott—. El Ministerio de Sanidad y Seguridad Social no me permite morirme de hambre.

—Comprendo —replicó Claxby con brusquedad. El joven le estaba irritando—. Y también le permite quedarse en casa para escribir novelas policíacas.

—Liar porros sería poco más criticable —admitió Scott jovialmente—. ¿Puedo decir, para justificarme, que también he cuidado los jardines de unos cuantos jubilados y he limpiado dos o tres ventanas?

—No está usted aquí para justificarse ante mí —dijo Claxby con severidad—. La razón de su presencia es ayudarme a resolver lo que podría ser un asesinato.

—Por lo tanto, todavía no está seguro...

—Lo estaremos. Probablemente, antes de que termine el día. Dígame ahora lo que hizo la noche pasada.

—Nada especial —repuso Scott sonriendo—. Probablemente, usted hizo lo mismo.

Miró a Maybridge, presintiendo que este se divertía aunque lo ocultara cuidadosamente.

Claxby supo contenerse.

—Necesito que se me confirme la declaración de Bonny Harper.

—Si ella le ha dicho que dormí con ella, lo hice. Si le ha dicho

que no lo hice..., pues no lo hice.

—Si quiere hacerse el gracioso, es usted un majadero. Y si pretende ser caballeroso, no necesita serlo.

—Gracias —dijo Scott—. Es todo lo que necesitaba saber. Dormí con ella.

—¿A qué hora fue a su habitación?

—Poco después de la una. Luché valerosamente contra la tentación. Un hombre más débil hubiera sucumbido antes.

—¿No le había dicho ella que visitaría su habitación?

—No. Sin embargo, esta posibilidad pudo haber pasado por su mente, pues su puerta no tenía corrido el pestillo.

—¿Dormía ella?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo permanecieron juntos?

—Hasta que Ulysses se encontró mal. Su madre había estado a punto de envenenarlo con un langostino. El pequeño estaba muy enojado con ella.

El resto Claxby lo sabía ya, aunque hizo que Scott Wilson lo repitiera brevemente.

—Después de que Bonny Harper decidiera informar a *sir* Godfrey de que el niño se encontraba mal, ¿qué hizo usted? ¿En qué momento se separó de ella?

—Subimos al piso. Ella se metió en su cuarto con Ulysses. Yo regresé al mío.

—¿No la vio entrar en el dormitorio de *sir* Godfrey?

—No. El tacto recomendaba retirarse.

—¿Cuándo se enteró de que *sir* Godfrey había muerto?

—Poco después... Digamos unos veinte minutos. Una de las escritoras vino a decirme que Bonny me llamaba. Y entonces me dijo por qué.

—¿Qué puede decirme de la muerte de *sir* Godfrey?

—Solo lo que todo el mundo sabe ya. Algún bromista le ha clavado un espetón en la garganta y ha escrito una nota amorosa dedicada al inspector jefe.

—¿Y qué más?

—Que él ya estaba muerto...

—¿Tiene usted alguna teoría sobre cómo murió?

—Una acumulación de sangre en la cabeza después de un

hartazgo de manuscritos, o de un hartazgo de langostinos, un deseo de abandonar ese seminario, tan poco afortunado, en busca de tierras mejores, lejos, muy lejos de aquí. En realidad, no tengo idea, superintendente. Tendrá que ilustrarme sobre este punto.

Pero Claxby ya había oído lo suficiente y se volvió hacia Maybridge.

—¿Quiere hacer alguna pregunta, inspector jefe?

—Solo una —dijo Maybridge—. ¿Cómo murió el doctor Drummond?

—Bien, pues le lanzaron al mar empujándolo desde un acantilado —Scott sonrió ampliamente—, y les ocurrieron a sus pulmones aquellas cosas espantosas que usted le explicó a Bonny. Al menos, todos abandonaremos este seminario sabiendo cómo cometer mejores asesinatos la próxima vez.

Maybridge le miró fijamente y en silencio. Scott seguía sonriendo, pero incluso él empezaba a juzgar excesiva su propia ligereza. Cuando Claxby le despidió, abandonó la habitación sin ocultar su alivio.

A las once, Maybridge y Claxby se dirigieron a la cantina en busca de café. Ello otorgó al agente Radwell un respiro para tomar nota y, por su parte, Claxby aprovechó su tiempo hablando con el personal de la cocina, aunque considerase muy improbable que alguno de ellos estuviera implicado en el caso. Todos se encontraban fuera del lugar la noche anterior a las diez, y no habían vuelto a su trabajo hasta las siete y media de la mañana. Les dio las gracias por su paciencia durante los momentos de ajetreo que se habían producido antes aquella mañana, cuando el equipo forense tuvo que revisar la cocina, y se alegró de que todos se hubieran tomado con tanta calma aquel desagradable suceso. En un caso semejante, la discreción era aconsejable. Cabía que la prensa los importunara después, tal como ya se les había comunicado, y hasta entonces se les agradecería que siguieran mostrando la misma discreción. Les alabó por la calidad del café que les sirvieron y manifestó su esperanza de que pudieran preparar un almuerzo sencillo para sus hombres: ¿carne fría, tal vez, y una ensalada? Puesto que la muerte violenta y la escasez de toallas (por culpa de Ulysses) no eran cosas que sucedieran cada día, se necesitó algún tiempo para ablandarlos, pero, cuando Claxby se empeñaba en ello,

podía ser un modelo de amabilidad.

El superintendente regresó a la mesa con una lata de galletas.

—De parte de la cocinera —dijo.

Claxby había recuperado el buen humor gracias a Cora Larsbury, que les había acompañado a la cantina. Esta había visto recientemente un programa de televisión acerca de una araña australiana... ¿o era una tarántula? Su mordedura era mortal, les dijo. ¿No se les había ocurrido pensar al superintendente o al inspector jefe que el veneno no necesitaba ser inyectado? Había otros medios. Después de la aspereza de la entrevista con Scott Wilson, la ingenuidad de Cora resultaba entonadora. Por lo que él sabía, le dijo Claxby, ningún miembro del Club de la Guillotina de Oro era entomólogo, ni siquiera australiano. No obstante, no olvidaría su sugerencia.

—¿Chiflada? —preguntó a Maybridge, cuando Cora se alejó de ellos.

—Es difícil decirlo.

Claxby recordó su broma con Maybridge acerca de los dulces de la Larsbury. Un rusófilo, interesado en arañas de las antípodas y dedicado a rellenar bombones con insulina, era algo que le resultaba interesante.

—Quien escribió esa nota, sea quien sea —continuó Maybridge—, no ganaría nada en las competiciones intelectuales.

—De acuerdo. Pero, según Sayers, de momento nadie ha reaccionado violentamente contra la posibilidad de copiarla. ¿Por qué supone que él... o ella... desea ser arrestado?

—¿Masoquismo? —sugirió Maybridge—. O tal vez el deseo profesional, aunque equivocado, de comprobar cómo es una celda policial y después escribir al respecto.

—Vaya, no lo creo —repuso Claxby—; les bastaba con preguntárselo a usted. ¿Por qué no les escribe un manual del asesino... una ampliación de su conferencia encuadrada en cartón y a cinco libras el ejemplar? Podría jubilarse antes de tiempo.

La pulla era irresistible, pero Maybridge, que la había estado esperando toda la mañana, la ignoró con estoicismo.

Había varios autores en la cantina, pero en el quedo murmullo de su conversación no asomaba ninguna nota audible de rencor. En

una mesa contigua, para el viejo y sordo B. R. Anderson, que había despachado torpemente a su víctima con una cuerda demasiado corta, charlaba con Trevor Martin, que había utilizado un baño de ácido. ¿Embotaría el constante contacto mental con lo macabro sus sentimientos más delicados?, se preguntó Maybridge. Cuando era un niño, le había impresionado una función cuyos personajes eran Punch y Judy, pero no tanto por el argumento en sí como por la reacción del público ante el mismo. En la actual función, Punch estaba muerto y la reacción era prácticamente la misma.

Trevor Martin alzó la vista y observó que Maybridge le estaba mirando. Dijo unas palabras a Anderson y se acercó. Tuvo debidamente en cuenta el grado de Claxby, preguntándole si podía hacer unos breves comentarios.

Claxby le invitó a sentarse.

Martin parecía intranquilo y hablaba titubeando.

—Ya sé que desea interrogarme después, pero creo que debo ser yo, y no otra persona, quien le diga que durante la noche estuve en la cocina. Alrededor de las tres.

—¿Sí? —Claxby le dirigió una mirada penetrante—. ¿Por qué razón?

—Me dolía el estómago. Padezco de acidez. Necesitaba un poco de leche.

—¿Los langostinos?

—No, ni siquiera los probé. Una úlcera. Suele darme la lata en momentos de estrés. La velada, después de la presentación, me trastornó. Permanecí en la cocina unos diez minutos —continuó—. Me gusta tomar la leche algo tibia.

Pensativo, Claxby removió el poso de su café.

—Por lo que me ha dicho, alguna otra persona pudo contarme que usted se levantó en plena noche. ¿De quién podría tratarse?

Martin no contestó de inmediato y, cuando por fin habló, lo hizo de mala gana.

—No quiero causar molestias a nadie, y en circunstancias normales no diría nada...

—Sin embargo... —le apremió Claxby.

—Cuando me despierto a esas horas, generalmente me cuesta conciliar de nuevo el sueño. Necesitaba algo para leer. Recorrí la sala de estar en busca de alguna revista o libro. Lawrence Haydon

estaba allí, sentado, muy acurrucado al lado de una estufa de gas como si tuviera frío. Me vio entrar. Me oyó cuando le saludé, pero apenas pareció fijarse en mí. Al principio, creí que había bebido demasiado: sabía que él y su hijo habían ido antes al *pub*, y me pareció... bueno... desorientado. Le dije que estaba buscando algo que leer. No me contestó. Le pregunté si se encontraba bien y me contestó que sí... Tan solo que sí... Nada más. Le dije que me alegraba de que hubiera ganado el premio y que de nada servía mostrarse demasiado sensible por las circunstancias. Había ganado merecidamente y la carta de Grant era absurda. No me contestó. Esperé un par de minutos..., pues es difícil abandonar una conversación cuando el tema es serio y uno espera respuesta. Desde luego, no es exacto hablar de conversación, ya que más bien fue un monólogo. Sea como sea, esto es todo. Le dejé sentado allí... y tuve la impresión de que no estaba bebido, pero sí profundamente disgustado.

Claxby le agradeció no haber retenido una información que, evidentemente, le tenía preocupado.

—Interrogaremos a todos. El asunto se aclarará rápidamente. La sinceridad siempre permite acelerar las cosas.

Se disponía a preguntar a Martin si había visto a alguien más durante su excursión nocturna, cuando fue interrumpido por Anderson. El anciano, sin que nadie le invitara y con su audífono silbando desconcertadamente, se había acercado arrastrando su silla.

—¿Puedo unirme a ustedes?

Y, sin esperar una respuesta afirmativa, se sentó.

Maybridge se ofreció para ir a buscarle un café y tuvo que repetirlo con voz más alta. Anderson rehusó y manipuló su audífono.

—Cabría pensar, en esta época de alta tecnología, que alguien inventara algo mejor —refunfuñó—. Se fabrican marcapasos para los corazones y se trasplantan los riñones. Yo diría que un aparato tan sencillo como este debiera poder insertarse permanentemente en lo más profundo del oído.

Se acercó a la azucarera, pasó un dedo por el borde de la misma y después alejó de sí el recipiente. Sus movimientos reflejaban inquietud y su tensión era evidente.

—Grant —dijo, después de una larga pausa— ha sido muy difamado. Yo lo he conocido a fondo durante años. A veces, paseábamos por los Quantocks. Era un hombre con una cierta sensibilidad. Un enamorado de la naturaleza. Habíamos hablado mucho los dos. Siempre se mostraba generoso con su tiempo y su atención. Mi sordera jamás le exasperó. Hablaba con claridad y lentamente, y me escuchaba. Si tenía un problema con mi libro, lo comentábamos entre los dos. Sus críticas eran sinceras. Siempre examinaba a fondo los manuscritos de los autores noveles. Conocía su tema a fondo y no regateaba esfuerzos para ayudar a cualquier aspirante a escritor. Claro que no tenía motivos para preocuparse al respecto. Él había llegado a la cima de su árbol particular.

Consciente de que su sordera le ponía a salvo de interrupciones inoportunas, prosiguió:

—Creo que su crítica del libro de Haydon era justa, aunque bastante desafortunada. De haber sido un hombre más prudente no la hubiera hecho, pero lo hizo con buena fe y sin ninguna malicia. No era un hombre malicioso. Y la descripción de la víctima quemada... Esto es el tipo de riesgo con el que se puede encontrar cualquier escritor. Uno escribe ficción y llega el momento en que alguien dice que lo escrito es realidad y promueve contra el autor una denuncia por calumnia —Miró a los dos policías—. Oirán muchos comentarios negativos sobre él... Basados en la envidia. Yo estoy tratando de enderezar las cosas tal como son. Esto es todo.

Hablándole con lentitud y claridad, Claxby explicó a Anderson que la policía no era tendenciosa y que él y Maybridge eran hombres de mentalidad abierta. No obstante, el hecho de que él hiciera las veces de Antonio para «defensar» al «César» que fue Grant no dejaba de ser interesante. Preguntó si era una defensa promovida por un afecto sincero, o bien una reacción ante la culpabilidad. Y Maybridge, que había guardado silencio durante aquella conversación, se estaba preguntando lo mismo. Era difícil imaginar la amistad entre aquellos dos hombres. Él no había visto ningún indicio de la misma durante el seminario; la última noche, ni siquiera habían estado los dos juntos en el bar. Había unos veinte años de diferencia en sus edades y sus personalidades parecían incompatibles. También sus libros presentaban un acusado contraste. La ficción de Grant era vigorosa —por lo menos, lo que él

había visto de ella—, en tanto que el único libro de Anderson que había leído le había parecido triste y bastante sórdido. Anderson debió de ser viejo ya en su juventud, puesto que no había chispa vital en él; lo que mostraba era la impresión aguda e incómoda de unos nervios tensados al máximo.

Su alabanza de Grant había sido pronunciada con un tono unos cuantos decibelios por encima de lo normal, pero ahora, de pronto, su voz sonó baja y cargada de ponzoña:

—¡Esa perra desalmada!

Maybridge, sobresaltado, siguió su mirada y vio que Fay acababa de entrar en la cantina con Dwight Connors. Llevaba un abrigo de mezclilla azul claro con zapatos negros de tacón alto, y probablemente acababa de proceder a la identificación formal de su marido. Parecía muy serena y se detuvo para hablar con un grupo de autores sentados ante una mesa cerca de la puerta, mientras Connors seguía avanzando hasta encontrar una mesa vacía. Esperó hasta que ella se reunió con él y entonces fue a buscar dos tazas de café. Cuando regresó, ella probó el café y no pudo evitar una mueca de disgusto. Él se disponía a levantarse de nuevo, pero ella le detuvo poniéndole una mano en el brazo. Fay se dirigió al mostrador y buscó una azucarera, pero al regresar a la mesa dejó caerla accidentalmente, al rozar la esquina del mostrador. El recipiente se rompió y el azúcar se esparció por el suelo. Ella lo contempló, sonriendo. La sonrisa se convirtió en risa, y después Fay se dobló con un gesto de dolor al convertirse su risa en llanto.

Connors se encontraba a su lado, pero no la tocó. Maybridge se sentía más que incómodo, pues mirarlos era como una intrusión. Miró entonces a Claxby y dedujo lo que su colega estaba pensando. Aquella no había sido una relación abierta, pero ahora resultaba totalmente inconfundible.

—Una buena actuación —comentó Anderson con desprecio—. Lleva años poniéndole los cuernos a su marido.

7

KATE PASEABA a lo largo del perímetro del campo de *croquet*, bajo el radiante sol matinal. Notaba pesadas las piernas y se movía como un paciente geriátrico. Ulysses, liberado de su cochecito, estaba sentado sobre una estera doblada. Tenía las mejillas de un vivo color rosado y se reía alegremente mientras Scott Wilson empujaba suavemente bolas de *croquet* hacia él. Su madre, apoyada en la puerta del cobertizo donde se guardaban los equipos del juego, lo contemplaba con el ceño fruncido. Kate pasó cerca de ellos, y aunque Bonny le dirigió un breve saludo, no contestó.

El interrogatorio de Kate había durado menos de media hora y había seguido el curso que esperaba. Habían querido informarse acerca de su trabajo como enfermera. Como enfermera municipal, ¿cuáles eran sus obligaciones? Visitar las casas de los pacientes, les había contestado ella, prodigando todos los cuidados que pudieran ser necesarios. Había mirado a Claxby con un gesto de desafío.

—Inyectar insulina.

El superintendente se parecía mucho a uno de los especialistas de la unidad de quemados que habían hablado con ella poco después de ingresar Lloyd en cuidados intensivos. Le había explicado con semblante muy serio que el pronóstico no era bueno y que la cicatrización sería problemática. Todavía aturdida por el choque, había tenido la impresión de escucharlo a través de un abismo, sumida su mente en un torbellino de terror. Era un hombre muy atildado. Lucía una sortija de sello en su dedo meñique. No olía a fuego. Sus cabellos no estaban chamuscados. No había rastro

de sangre en él. De haberse partido por la mitad su cráneo, hubiera mostrado un ordenador, todo ello muy pulcro y muy eficiente. Le había dedicado una conferencia sobre las quemaduras de tercer grado y ella le había dado las gracias con toda cortesía. El superintendente Claxby era un hombre forjado con el mismo molde. Efectuaba su tarea con frío profesionalismo. Ella se sentía despersonalizada en su presencia, como una bacteria bajo un microscopio. Y también Maybridge se había distanciado. La noche anterior había mostrado una conmiseración considerable, pero hoy la trataba con una cortés reserva.

La información había sido extraída con sutileza. El papel de apoyo que ella había desempeñado en el matrimonio y en la asociación de escritores, su ansiedad la noche anterior durante la ausencia de Lloyd, la propia ausencia de ella en la habitación, inmediatamente antes del regreso de él, y la aversión que había mostrado con respecto a Grant. Al finalizar la entrevista, se sintió tan débil como si acabara de dar un litro de su sangre. Más allá del campo de *croquet*, había una glorieta pintada de verde. Necesitaba sentarse sola durante un rato para disipar su zozobra, pero al llegar a la parte soleada de la glorieta observó que Cora Larsbury ya se encontraba allí. Demasiado tarde para retirarse con una excusa, y por tanto Kate se sentó junto a ella. Cora estaba sentada sobre un abrigo doblado y se apartó para que Kate pudiera compartirlo. El banco estaba húmedo y a ella le aquejaba el reuma.

—La he visto entrar para el interrogatorio —dijo— y también he visto a Lloyd esperando fuera. No lo había visto en la cantina a la hora del desayuno, ni tampoco a la de tomar el café de la mañana.

Con un tacto poco usual en ella, no preguntó a Kate cómo le había ido la entrevista, ni tampoco comentó su aspecto, a pesar de que pensó que la joven tenía una apariencia totalmente desastrosa.

Evitando deliberadamente la mirada compasiva de Cora, Kate advirtió que junto a sus pies se había caído un ovillo de lana y se estaba ensuciando. Lo recogió y lo puso en la cesta de la anciana, junto a una lata de *toffees*. Comprendiendo que se le exigía una respuesta, la dio.

—Yo le he servido el desayuno en una bandeja.

Antes le había subido una taza de té y le había comunicado la muerte de Grant. Presa todavía de la resaca de la noche anterior, él

frunció el ceño mientras contemplaba el techo durante unos momentos, antes de contestar. Si se sorprendió o se impresionó supo disimularlo. Finalmente, le dijo que le dolía la cabeza, como si fuera lo más importante. ¿Dónde estaban las malditas aspirinas? Ella las buscó y le dijo bruscamente que tenía que levantarse, ya que la policía procedía a una investigación. Él contestó que hablaría con Maybridge si era necesario, pero con nadie más. Entonces ella le explicó con fría paciencia que no tenía ninguna opción.

—Tu mutilación, comparada con la de Grant, es una cosa trivial —le dijo, no sin arrepentirse de estas palabras apenas las hubo pronunciado.

Durante la entrevista, Maybridge le había preguntado si Lloyd necesitó ayuda psiquiátrica para llegar a admitir su desfiguración. Ella admitió que sí, pero que ahora ya le habían dado de alta. El doctor, subrayó, estaba convencido de que Lloyd era ya una persona emocionalmente estable y capaz de afrontar su trauma. Claxby le preguntó si ella estaba de acuerdo con el doctor. Contestó que sí, esperando que su afirmación sonara convincente. La estabilidad mental de Lloyd mantenía su equilibrio muy precario y solo Dios sabía qué pudo haber hecho mientras ella dormía.

—Ha sido usted una esposa excepcional —dijo Cora con amabilidad—. A veces, puede que ello no resultara fácil.

—Con la mitad de su cara totalmente quemada, tampoco era fácil para Lloyd.

Cora sacó la lata de *toffees* de su cesto y levantó la tapa.

—Pruebe uno. Los hago yo.

Kate denegó y Cora se metió uno en la boca.

Apareció un avión como un veloz destello plateado muy alto en el cielo, antes de entrar en una nube. El lejano zumbido de su motor adquirió mayor volumen y después se extinguió gradualmente. El aparato reapareció, silenciosamente, en el extremo más lejano de la nube. Cora lo estuvo contemplando hasta que desapareció.

—Hay diferentes formas de libertad —dijo—. Un vuelo hacia unas vacaciones de ensueño, tal vez... O tan solo libertad dentro de su cabeza. Nuestra libertad... La suya, la de Lloyd y la mía, radica en lo que escribimos. Todos tenemos cicatrices, aunque no siempre se vean. Cuando el mundo real se hace particularmente odioso, podemos escapar de él. Somos personas afortunadas.

—¿Afortunadas? —repitió Kate secamente, como si expulsara dolorosamente la palabra.

—Sí —insistió Cora—. Afortunadas. Plantee una mala situación en letras de imprenta y mejorará. Sitúe en ella un personaje, deje que el personaje lleve la carga durante un tiempo, y el peso disminuye. Lo que le ocurrió a Lloyd fue terrible, pero todavía es lo bastante joven y lo bastante inteligente para sacar algún beneficio de ello —Tiró el papel del *toffee* sobre la hierba, pero se arrepintió y lo recogió—. Lloyd tiene el tiempo a su favor —continuó—. Yo no lo tengo, y esto no lo digiero. Siempre he querido hacerme un nombre con un libro. Es mi mayor ambición. Todavía ahora, a los setenta años, gustosamente daría años de mi vida para triunfar —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo digo sinceramente. Es todo lo que tengo para sostenerme. Usted y Lloyd han publicado. Los críticos les han hecho reseñas favorables. Les envidio a los dos de todo corazón. Le ruego que le diga esto a Lloyd.

Al diablo con los libros, pensó Kate, sorprendida por esta confesión. Se preguntó qué les estaría diciendo Lloyd a los policías. Deseaba meterse en su cabeza y hablar por su boca. Ten cuidado, amor mío, pensó. Les gustaría ponerte la mano encima.

—¿Quién supone que lo hizo? —preguntó Cora, de nuevo serena.

Kate se encogió de hombros. El temor por Lloyd le había agarrotado de pronto la garganta y se sentía incapaz de contestar.

Maybridge había advertido previamente a Claxby acerca del aspecto de Lloyd, pero, aun así, cuando el superintendente lo vio por primera vez se sintió incómodo. Si yo tuviera este aspecto, pensó, y Grant me describiera en un libro, también yo sentiría la tentación de enviarlo al otro mundo. Entre todos, Lloyd Cooper era el que tenía el mayor motivo para realizar un acto insensato y repulsivo de violencia. Momentáneamente, la compasión predominó sobre todas las otras emociones, aunque, consciente de su deber, procuró no demostrarlo. Había un acusado contraste en las actitudes de marido y mujer ante el interrogatorio. Kate había contestado a todo con una voz baja y monótona, dando involuntariamente la impresión de sentirse extremadamente aburrida.

Maybridge había visto esta reacción muchas veces con

anterioridad, y no se dejó engañar por ella. El estrés afectaba a la gente de muy diferentes maneras. Bastaba, como ejemplo, la crisis de Fay en la cantina aquella mañana. En Lloyd, se exhibió en forma de un aplomo en su actitud, una especie de frivolidad febril.

—Gracias por acostarme la noche pasada —dijo. Movi6 su silla para dar la espalda a la ventana—. En inter6s de ustedes —dijo al superintendente—, no en el mío propio.

Claxby, turbado, no supo qu6 contestar, por lo que Maybridge, a fin de disimular el silencio, le habl6 de la novela de Chester Barrington.

—Mi libro... o mejor dicho, nuestro libro... —repuso Lloyd— no estuvo a la altura de las t6cnicas m6s avanzadas en el campo de las huellas dactilares. En este asesinato, no tendr6n ustedes dificultad. Un buen cal6grafo —o incluso uno mediocre— m6s las huellas en el papel, y podr6n dar el caso por terminado.

—¿Asesinato? —pregunt6 Claxby.

—Seg6n mi esposa, s6. Me dice que esta es la opini6n general.

Despu6s de salir de su dormitorio hab6a evitado cuidadosamente a todos. El contacto con el sargento a primera hora de aquella ma1ana, cuando copi6 la nota, ya le hab6a representado suficiente trauma.

—Pero ¿qu6 motivo? —pregunt6 Claxby, que empezaba a considerar algo m6s f6cil mirar a Lloyd y comenzaba a relajarse.

—Siga mirando —le invit6 Lloyd—. ¿Quiere que me ponga de modo que me d6 mejor la luz? Dígame, superintendente, ¿cree que hay mejor motivo que este?

—Se me hab6a ocurrido —admiti6 Claxby—. Me han contado lo de la descripci6n de Grant en su libro.

—Pero a usted no se le hab6a ocurrido —Lloyd se volvi6 hacia Maybridge—. Apenas pude subir por la escalera... ¿recuerda? Usted y Connors tuvieron que desnudarme. Se rumorea que Grant fue envenenado. Esto requiere un delicado control manual de ampollas y jeringas. Y yo ni siquiera pod6a controlar mi orina.

Se frot6 los ojos con los pu1os. Le ard6an los p6rpados y en su cabeza a6n hab6a dolorosas pulsaciones. Las aspirinas que Kate le hab6a dado no surt6an efecto.

Maybridge resisti6 a la tentaci6n de se1alar que para clavar un espet6n solo se requer6a una sobriedad relativa. Y le toc6 a Claxby,

voluntarioso como siempre, formular la necesaria pregunta.

—Pudo usted creer que tenía buenos motivos para mutilar a Grant. Pudo haber estado lo suficientemente sobrio como para controlar su mano y hacerlo... Y lo bastante bebido como para querer hacerlo. ¿Lo hizo?

—Este pensamiento me cautiva —contestó Lloyd—. Ojalá hubiera ensartado al hijo de puta.

—¿Por qué pudo Grant exponerle a usted en su libro? —inquirió Claxby, pese a resultarle violenta la pregunta.

—¿Porque es un santo? —sugirió Lloyd—. ¿O se trata de una explicación demasiado simple?

—¿Había enemistad entre ustedes por algún motivo?

—Apenas le conocía.

—Él se refirió a ello, indirectamente y en tono de excusa, en el escenario, durante la ceremonia de concesión del premio —dijo Maybridge—. ¿Se lo ha contado su esposa?

Kate no lo había hecho. Su silencio había sido digno del de un trapense, ya que después de hablarle de la muerte de Grant y de la reacción general suscitada por ella, apenas había vuelto a hablar.

—No.

—No puedo recordar exactamente sus palabras —dijo Maybridge—, pero sugirió que ciertos acontecimientos están enterrados en el subconsciente, y que a veces escenas del pasado salen a la superficie y parecen ser nuevo material.

—¿Y usted lo cree?

—Cuando lo dijo, miraba la silla vacía junto a la de su esposa, el lugar donde usted debía estar sentado. Parecía creerlo:

—Tal vez estuviera excusándose por lo del supuesto plagio de Lawrence Haydon.

—No. Visto retrospectivamente, estoy seguro de que se refería a usted.

Lloyd examinó sus manos, admirablemente bien cuidadas.

—Usted también está seguro de que yo bajé a la cocina la noche pasada... Que cogí un espetón... Fui al dormitorio de Grant... Lo encontré muerto. Y me indignó tanto ver que alguien se me había anticipado que le grabé su necrológica —Sonrió—. Lamento que haya sido víctima de la burla de un psicópata, inspector jefe. Es algo que usted no se merece. Pero pronto sabrá que yo no escribí

aquella nota. Supongo que incluso tomará raspaduras de mis uñas... Pero también resultará negativo.

—No obstante —dijo Claxby—, a usted no le disgusta que Grant esté muerto.

—No lo niego.

—Hace unos minutos, habló de veneno, mencionó ampollas y jeringas. ¿Por qué?

Lloyd se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Arsénico en su Ovaltina, tal vez?

—¿Ha sido envenenado alguno de los personajes de sus libros?

Lloyd pareció divertido.

—¿La vida imitando el arte? Desde luego, varios de mis personajes han sido envenenados... Y apuñalados... Y estrangulados... Y electrocutados. En el penúltimo libro, utilicé fenol en mi víctima. Es algo que también se inyecta.

—¿Qué cree que sucedió en este caso? Suponiendo, desde luego, que no muriese por causas naturales...

—Era diabético y, por tanto, lo que en seguida se me ocurre es una sobredosis de insulina.

—¿Cómo pudieron administrarla?

—Como autor de novelas policíacas, yo sugeriría que durante la velada se sustituyó su insulina por otra más fuerte.

—¿Se le ocurre pensar en alguien con acceso a la insulina y que asistiera al seminario...? ¿Y que tuviera un motivo?

Se necesitaron dos minutos para que el significado de la pregunta penetrara en su mente. De haber estado más clara su cabeza, el tiempo hubiera sido menor. Maybridge sintió una cierta compasión. La estocada de Claxby había hecho brotar sangre emocionalmente, aunque en esta fase del interrogatorio apenas fuese justificable. Todavía seguían casi a oscuras.

Lloyd habló serena y lentamente, articulando las palabras.

—Esta es mi teoría como escritor de novelas policíacas. En el mundo corriente, las cosas son más sencillas. Probablemente, tomó una sobredosis de insulina, accidentalmente o intencionadamente.

—¿Accidente o suicidio...? ¿Pero no asesinato?

—No.

—Y sin embargo, cuando ha entrado aquí —dijo Claxby con voz sedosa—, parecía estar muy seguro de que fue asesinato.

Lloyd guardó silencio, incapaz de responder a esta sugerencia. En pocos minutos, su rostro parecía haber envejecido.

—No puedo acordarme de si recordé o no a su esposa que copiara la nota —continuó Claxby—. Si no lo ha hecho, ¿querrá pedirle que lo haga en seguida?

Se levantó, dando por terminada la entrevista. Estaba totalmente seguro de que Kate Cooper no hubiera perdido el tiempo con un espetón para carne. Sus métodos hubieran sido más profesionales.

Lloyd miró a Maybridge como el hombre que se ahoga y busca una cuerda en un mar turbulento. Maybridge apartó la mirada.

Kate había logrado escapar de Cora y atravesaba el aparcamiento de coches cuando Lloyd se puso a su lado. Por un breve e insensato momento, tuvo ganas de meterla de un empujón en su Austin y alejarse rápidamente de allí, pero lo que hizo fue rozarle la mano y después mantenerla en la suya. Estaba muy fría.

—No deberías haber salido sin tu abrigo.

Rara vez establecía ese tipo de contacto. Hacía mucho tiempo que no se cogían la mano. Su relación sexual era satisfactoria pero, aparte de la cama, apenas se tocaban. Kate notó su preocupación por ella, y también esto era una novedad. Que él tuviera frío o calor, que experimentara dolores intensos o leves, que se sintiera confuso o dolido, había sido su motivo de preocupación durante años. Antes de empezar a tener éxito con sus libros, había escuchado las quejas de él sobre los trabajos que no le agradaban. Cuando los abandonaba, ella no le hacía ningún reproche. Cuando los libros aportaban dinero, ambos compartían el buen momento. Cuando no lo daban, ella volvía a trabajar como enfermera. Era la vigorosa Kate. La práctica Kate. La amorosa Kate.

¿Hasta qué punto era amorosa?, pensó él, mientras le acariciaba los dedos. ¿Lo bastante amorosa para qué? El frío aire matinal parecía penetrar en sus ropas y depositarse en su piel como escarcha.

—Me han pedido que te recordara que has de copiar la nota.

Le hablaba en voz baja.

—Ya lo he hecho.

—Y yo también.

Él la había copiado antes de la entrevista, y lo había hecho con un cierto grado de diversión. Sin embargo, ya no había nada de

divertido en ello. Expuso sus pensamientos en voz alta:

—La espiral hacia abajo.

—¿Qué?

Ella se preguntó si Lloyd todavía no estaba sobrio.

—Desde el incendio, la vida ha sido miserable... Especialmente para ti.

Lo sentía por ella. No por él. Eso era nuevo. Pero no era este el momento para recapacitar sobre cosas ya pasadas. Ella se sentía incapaz —mental y emocionalmente— de asumirlas. Todo lo que deseaba era caminar a solas por los campos y conocer algo de paz. Retiró su mano.

Mientras caminaban hacia la casa, Kate le preguntó por su entrevista.

—Crean que fui yo quien mutiló a Grant.

Kate también lo juzgaba probable, y también probable que él deseara ser detenido. Había un rasgo de masoquismo en su psicosis. Su escena en el bar, la última noche, aunque llevada al extremo, también había coincidido en este aspecto.

Lloyd esperó un comentario duro por parte de ella, pero no se produjo. Quería decirle a Kate que la amaba y, si su mano hubiera permanecido entre la suya, tal vez lo hubiera hecho. Esperó que ella lo comprendiera. Estaba terriblemente asustado por su mujer y se le ocurrió pensar que cada uno era igualmente sospechoso ante los ojos del otro. No sabía qué hacer.

Claxby y Maybridge estaban estudiando las notas que había tomado el agente Radwell durante los interrogatorios de los Cooper.

—Desde luego, pudieron haber actuado independientemente el uno del otro, sin que ninguno de ellos lo supiera —sugirió Claxby—. Si ella hubiera deseado enviar a Grant al otro barrio, pudo haberlo hecho con gran eficacia induciendo un coma hipoglucémico. Tiene suficientes conocimientos médicos para ello. Y tal vez, cuando él descubrió más tarde el cadáver, sospechó lo que había hecho su mujer y trató de alejar las sospechas de ella efectuando la mutilación.

Maybridge descartó esta idea. La posibilidad de que Grant hubiera sido asesinado por Kate tan solo se le había ocurrido a Lloyd durante la entrevista y se había sentido visiblemente afectado. Por otra parte, él no era ningún tonto y, como autor

profesional de novelas policíacas, no iba a cometer el error elemental de pensar que la autopsia no revelaría la verdadera causa de la muerte.

—Todo esto es algo similar a boxear contra la sombra —se quejó Claxby, irritado—. Considero que esto resulta mucho más fatigante que abrumar con hechos a los sospechosos. ¿Nos encontramos ante un asesinato disfrazado con un sudario respetable, se trata de un suicidio... o nos hallamos ante simples causas naturales? De lo único que tenemos certeza es de la mutilación.

Maybridge sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno.

—En estos momentos, Langridge debe de estar quitando ya el sudario. No tardaremos en tener la respuesta.

—Usted se está buscando un cáncer —le advirtió Claxby—. Si alguna vez Langridge le hace la autopsia, lo primero que le examinará serán los pulmones.

—No le resultará difícil —replicó Maybridge.

Claxby estudió la lista de nombres que Dwight Connors le había facilitado. Este había escrito su nombre al final y, junto a él, había anotado su profesión como secretario privado y agente literario. Sin embargo, Claxby decidió que Connors podía esperar. El nombre que le precedía era el de Christopher Haydon, farmacéutico. Aquí, como en el caso de Kate Cooper, había a la vez motivo y acceso. Pidió al agente Radwell que lo llamase, pero entonces intervino Maybridge.

—No creo que se encuentre en la casa. Ni siquiera se esperaba que se quedase anoche a cenar. Estoy seguro de que no pasó la noche aquí.

—Entonces veremos a su padre, el infame plaguario.

—Supuesto plaguario —puntualizó Maybridge secamente—. Es un mayor retirado, un hombre de edad avanzada y con un talento como escritor muy superior al de Grant.

—La suya es una posición envidiable —le recordó Claxby—. Recuerde que alguien le escribió a usted la nota.

—No me estoy mostrando compasivo.

—Bien —dijo Claxby—. Siga usted así —añadió, pensando en *lady* Grant.

Con la ayuda de Dwight Connors, Lawrence Haydon estaba excavando una fosa detrás del cobertizo destinado al material deportivo. No era un lugar ideal para una tumba, pero no había

nada más a mano. No estaba permitido en el campo de *croquet* y, aunque la carne putrefacta pudiera tener cierta utilidad en el huerto, la materia orgánica resultaba más aceptable, estéticamente, una vez procesada y envasada. Como Connors había indicado, no sin cierto humor, Marcus no se merecía ser enterrado junto a las coles.

Dwight Connors nunca había tenido un perro. Por lo que él sabía, el cadáver de un perro se introducía en una bolsa de plástico y era entregado a los basureros. Sin embargo, no le había agradado sugerir este método de eliminación al mayor, que, evidentemente, todavía se sentía muy trastornado. El anciano no había bajado a desayunar y estaba sentado en el borde de su cama, inmovilizado por la pena, cuando uno de los escritores fue a buscarlo, el mismo que después contó la situación a Connors, lo que explicaba ahora su presencia.

Su pala se introdujo en el suelo cubierto de ortigas, con un vigor no exento de malignidad. Deseaba estar junto a Fay. Después de la crisis sufrida por ella en la cantina, la había acompañado a su dormitorio y la había instalado en la butaca junto a la ventana.

Habían permanecido sentados allí durante largo tiempo, sin decir nada, pero procurándose mutuamente consuelo. Finalmente, ella se había levantado, diciendo que tenía varias cosas que hacer. El maldito seminario, le había dicho él, podía seguir por su propia inercia y, en cualquier caso, su responsabilidad ya no existía. Todo estaba en manos de la policía. «En las buenas manos del inspector jefe Maybridge», había dicho ella, como una niña capaz de creer cualquier cosa. Él le había contestado, con irritación, que las manos de Maybridge no tenían necesidad de ser buenas ni malas. Lo que este buscaba era efectuar un arresto.

—Aquí hay arcilla —se quejó Lawrence Haydon.

Años antes, él tenía unos músculos como los de Connors. Era un hombre de mediana edad, optimista, que vivía con una esposa que le había aportado una agradable compañía. Más tarde, había tenido a Marcus. Como tantas personas jubiladas y solitarias, había necesitado otra presencia viva: alguien con quien hablar, alguien con quien amar. Ahora, no tenía nada. Era viejo, estaba enfermo. Su respiración pareció sofocarle mientras manejaba la pala, y lamentaba amargamente haber asistido al seminario. El plan de

Christopher había sido estúpido y extremadamente incriminador. Nunca hubiera debido acceder a él. Era una suerte, dadas las circunstancias, que no le hubiera dado a Grant la caja, tal como tenía planeado. Tendría que negar con insistencia, en beneficio de ambos, que esta hubiera existido. Hizo otro esfuerzo inútil para cavar y se apoyó pesadamente en la pala. Todo ello pesaba demasiado. En aquellos momentos, el extremo de la tumba a cargo de Connors tenía ya varios palmos de profundidad. Este se trasladó al lado de Haydon para ayudarle.

—¿Por qué no se aseguró de que la puerta del dormitorio estuviera cerrada, cuando dejó esa noche al perro en su habitación?

No tenía la menor intención de que sus palabras sonaran a censura, pues lamentaba sinceramente que el animal hubiera muerto.

—Estaba bien cerrada. Alguien lo dejó salir.

Él y Christopher habían regresado del Golden Hart poco después de las once. El coche de Christopher estaba aparcado de cualquier manera junto a las cuadras, en la parte posterior del edificio, por lo que habían utilizado su Fiat. Christopher había querido conducirlo, pero Lawrence no se lo permitió. El coche era nuevo y Christopher tendía a hacerse un lío con las marchas. Después, de regreso, con su cabeza embotada por el *whisky*, también había insistido en conducirlo. Marcus había salido del seto, cerca de la entrada principal, y los faros lo habían deslumbrado. El coche no se detuvo a tiempo. Un perro más joven tal vez hubiera sobrevivido al impacto, pero Marcus tenía doce años. Era un perro lento y frágil. El anciano se había arrodillado para sostener a su viejo perro, sosteniéndole la cabeza durante los minutos que tardó en morir. Después, se quitó su abrigo para utilizarlo como sudario y Christopher le ayudó a depositar el perro en el asiento posterior del coche. Todo esto se hizo en silencio, pues el dolor les había dejado atontados a los dos, y hasta que llegaron al aparcamiento ese dolor no se expresó en palabras. Él tenía proyectado regresar a casa con Marcus por la mañana. Ahora, era ya la mañana y a nadie se le permitía regresar.

—No debió traerlo con usted —dijo Dwigh, con una nota de impaciencia.

—No tenía a nadie con quien dejarlo.

—El año pasado no lo traje al seminario.

—Se quedó con mi hijo. Christopher fue a Weston, a pasar el fin de semana.

Dwight se abstuvo de decir que esta hubiera sido una solución mejor también para ese año. Ni el perro ni el hijo debieron hacer acto de presencia allí, pero, dadas las circunstancias, su apoyo trivial era comprensible. Contempló la fosa y decidió que ya era lo bastante profunda.

—¿Quiere que lo baje yo?

La silueta del perro era visible bajo el abrigo de color beige. El rigor se había establecido ya plenamente. La noche pasada, el cadáver todavía estaba flexible y fue más fácil trasladarlo. Lawrence sugirió que lo cogieran cada uno por un extremo. Metió la mano bajo el abrigo y acarició la cabeza de Marcus. El pelo estaba blando, pero el morro era duro y frío como una bola de acero. Antes de que Connors agarrara su extremo, Lawrence pasó el cinturón alrededor del perro, para que el abrigo se mantuviera en la misma posición. Hubiera deseado hacerlo solo. Después del accidente, Christopher quiso quedarse a pasar la noche, pero él no se lo permitió. Deseaba que se marchara. Otras personas, en momentos como estos, representaban una intrusión. Se les tenía que dar conversación y uno tenía que fingir ser más duro de lo que en realidad era. Había pensado enterrar a Marcus bajo el cerezo en el jardín de su casa. No quería dejarlo enterrado aquí, pero nadie sabía cuánto tiempo iba a necesitar la policía para llevar a cabo sus interrogatorios.

Marcus muerto era más pesado que Marcus vivo, o así lo parecía. Era como levantar un sólido tablón. Con cierta dificultad, lo bajaron hasta el fondo de la fosa.

Dwight pensó que era una lástima deshacerse así de un buen abrigo, ya que unas arpilleras viejas hubieran bastado, pero tuvo el buen sentido de callarse. El mayor, de pie y muy rígido, con la pala al lado, parecía asistir a un entierro militar. Una salva de disparos sobre el perro y unos toques de cornetín, pensó Dwight, hubieran dado fin a aquella penosa tarea de un modo más apropiado para el dolor del militar. Los dos empezaron a arrojar paletadas de tierra.

Fue en aquel momento cuando el agente Radwell se acercó y les preguntó qué estaban haciendo.

—Enterrando a Marcus —contestó Dwight, ya que el mayor

estaba demasiado apesadumbrado para contestar—. Un perro —explicó Dwight, al observar la expresión del policía.

Radwell, amante de los animales, se mostró compungido. Esperó con paciencia hasta que el perro quedó bien enterrado y la tierra apisonada sobre él, y seguidamente acompañó al mayor al cuarto de los interrogatorios. No sin cierto tacto, le rogó que esperase afuera mientras él entraba y se excusaba por el retraso, explicando los motivos.

Claxby se mostró irritado.

—¿Y usted qué hacía... se ocupaba de los últimos ritos?

—No podía darle prisa, señor.

—Es evidente que ni siquiera lo intentó.

Lawrence Haydon daba la impresión del hombre capaz de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento con suprema indiferencia. Incluso le hubiera gustado encontrarse ante él. No podía ni pensar en vivir en Weston sin Marcus. No quería regresar allí. Ni tampoco quedarse aquí. Se sentía suspendido en una zona gris en la que no había calor de contacto humano y donde el sol nunca brillaba. Se sentó y, levantando un zapato lleno de barro, colocó una pierna sobre la otra, mientras esperaba en silencio.

Maybridge dijo que lamentaba la muerte del perro. Y lo dijo con toda sinceridad.

Haydon se encogió de hombros.

—¿Cómo sucedió?

—Ya no tengo tan buenos reflejos como antes. Marcus quedó deslumbrado por los faros y no pude frenar a tiempo.

Maybridge recordaba perfectamente aquel setter de buen tamaño. Pocos años antes, él y Meg habían tenido uno parecido.

—¿No asumió un riesgo al dejar al perro suelto en plena noche?

—Yo no lo dejé salir. Lo hizo Grant.

Maybridge pensó que había límites para la villanía creíble. Que Grant pudiera acusar a Haydon de plagio era creíble, que pudiera modelar un personaje basándose en Lloyd Cooper era creíble, que se entendiera con Bonny y le hiciera un crío también era creíble, pero no lo era que se deslizara por un pasillo y, con toda la intención, dejara salir a un perro. A no ser que el perro hubiera estado ladrando, o aullando, o provocara alguna otra molestia. Trató de sugerir que tal vez fuera este el motivo, pero Haydon lo negó.

—Había paseado a Marcus por los alrededores antes de encerrarlo en mi dormitorio. Le dejé dormido en su cesta, una cesta que compré especialmente para él antes de venir aquí. Grant lo dejó suelto.

—Pero ¿por qué?

—Obviamente, con la esperanza de que alguien lo matara.

Intervino Claxby:

—¿A qué hora, más o menos, llegó usted por la noche?

—Mi hijo y yo regresamos del Golden Hart poco después de la hora de cerrarlo. Llegamos a los terrenos de St. Quentin alrededor de las once, y después del accidente nos quedamos allí un rato. Marcus necesitó unos cinco minutos para morir y yo algo más para comprender que estaba muerto. Christopher y yo lo metimos en mi coche y nos dirigimos hacia el aparcamiento. Nos quedamos en el coche.

Christopher fue el que llevó el peso de la conversación y su brazo, alrededor de los hombros de su padre, había sido cálido y protector.

—Pobre padre —había murmurado—, mi pobre y querido padre.

Solo más tarde se había mostrado vituperante con respecto a Grant y su lenguaje había lindado en lo obsceno.

—¿Vio a Grant esa noche, cuando usted llegó?

—Sí, salía del bar. Le acusé de haberle abierto a Marcus la puerta de mi habitación. Lo negó.

La discusión había sido breve, pero dura. Grant había dicho que el maldito animal no debía andar suelto por la finca, pero añadió que él nada tenía que ver con su salida.

—¿Oyó alguien su conversación?

—Mi hijo estaba conmigo. Empecé a encontrarme mal. Grant sugirió que me retirase a mi habitación para calmarme. Tengo el corazón delicado —añadió.

—¿Estaba usted muy indignado con Grant?

—¡Naturalmente!

—¿Fue a su habitación?

—Me quedé en el vestíbulo y esperé hasta que Grant se dirigió por el pasillo hacia la cocina. No estaba seguro de poder subir por la escalera. No quería que él me viera intentarlo y, por tanto, me senté en una silla, en el vestíbulo, hasta que mi respiración se

normalizó. Después, subí a mi habitación y me eché en la cama.

—¿Vestido?

—Sí. Mi hijo me trajo un poco de coñac.

—¿Cuánto tiempo se quedó él con usted?

—Hasta que me encontré mejor. Quería quedarse a pasar la noche aquí, pero, puesto que no había habitaciones disponibles, hubiera tenido que pasarla sentado en la silla. Le dije que no era necesario. Nada podía hacer él por mí... ni por Marcus... Ni por nada más. Por lo tanto, le dije que volviera a su casa.

—¿Dónde vive?

—En Londres.

—Por consiguiente, ¿él le dejó?

—De mala gana... pero sí.

—¿Se desvistió usted entonces y se acostó?

—No, me quedé vestido toda la noche.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba salir otra vez.

Claxby miró a Maybridge y prosiguió el interrogatorio.

—¿Por qué motivo?

—Me preocupaba Marcus. Lo había dejado en el asiento posterior del coche y no podía recordar si lo había cerrado.

Maybridge intervino con suavidad:

—Sin embargo, el perro estaba muerto.

—Necesitaba verlo.

—¿Para asegurarse de su muerte?

—No, para asegurarme de que descansara cómodamente en su muerte.

Los ojos de Haydon parecían los de un ser acosado. Había tenido visiones confusas de predadores que agarraban el cadáver, lo sacaban del coche, lo lastimaban. El *whisky*, el coñac y la desesperación le habían convertido en un ser irracional. Esta mañana estaba sobrio, pero todavía más desesperado.

Claxby le preguntó a qué hora había bajado para ver al perro, pero Haydon no supo decirlo. La noche había sido un largo y enorme túnel lleno de negrura. Si los relojes emitían su tictac, él no los había oído. Y si había algún crío llorando, tampoco se había enterado.

Claxby manifestó secamente que no estaba prestando una gran

ayuda a la investigación... ni tampoco a sí mismo.

—¿Había alguien más afuera, cuando usted dio su paseo?

—No lo sé. No vi a nadie.

—¿Y dice que dejó el coche en la parte anterior del aparcamiento?

—Sí. Suele estar llena. Pero esta noche no lo estaba.

—¿Qué hizo cuando regresó a la casa?

—Tenía frío. Fui a la sala de reunión y encendí la estufa.

—¿Recuerda haber hablado entonces con Trevor Martin?

—Sí. Hizo un par de comentarios pomposos sobre mi libro. Sin embargo, yo no tenía ganas de conversar con él.

Trevor Martin había fijado esta conversación en las tres de la madrugada, más o menos. Claxby quiso confirmar este punto, pero Haydon siguió mostrándose vago al respecto.

—¿Cuánto tiempo se quedó en esa sala, después de dejarle Trevor Martin?

—Hasta que entré algo más en calor.

—¿Y cuánto tardó?

—No lo sé.

—¿Se quedó allí toda la noche?

—No, regresé a mi habitación. En un momento u otro.

—Cuando regresó a su habitación, ¿todavía era de noche, o bien despuntaba el día?

—Era de noche.

—Antes de regresar a su cuarto, ¿fue usted a algún otro sitio... a la cocina, por ejemplo?

—No.

—¿Entró, en algún momento, en la habitación de Grant?

—No.

—Usted ya sabe, desde luego, lo que le ha ocurrido esta noche a Grant...

—Sé que ha muerto, superintendente. Si yo fuera capaz de sentir algo que remotamente se pareciera a la alegría, lo sentiría ahora. Pero, en realidad, no siento nada.

—Por importantes que puedan ser para usted sus emociones —dijo Claxby con mala intención—, ¿podría hacerme el favor de proyectar sus pensamientos hacia el asunto que nos ocupa? ¿Puede decirme algo acerca de la muerte de Grant?

Lawrence Haydon contestó con dignidad:

—Yo no lo maté. Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Podría haberlo mutilado?

—Con sumo gusto.

—¿Y lo hizo?

—No.

Claxby se volvió hacia su colega.

—¿Y bien?

Maybridge estaba recordando su conversación durante la cena de la noche anterior, con Christopher Haydon.

—Su hijo me contó que habían robado en su farmacia una importante cantidad de medicamentos. No le pregunté cuándo había ocurrido este robo. ¿Lo sabe usted?

—No tengo la menor idea. ¿En qué sentido puede ser importante esto?

Maybridge insistió, deseoso de obtener algo a partir de ese interrogatorio.

—¿Vive su hijo en la misma farmacia?

—Sí, tiene un apartamento sobre la tienda. ¿Por qué?

—¿Ha pasado usted alguna temporada con él?

—Una o dos veces. Pero no recientemente. No tengo conocimientos de farmacia y no podía ofrecerle ninguna ayuda práctica. ¿Está sugiriendo que yo pude haber robado aquellos medicamentos?

Los surcos del dolor se mitigaron; ahora, Haydon parecía casi divertido.

—¿Qué hizo usted en el ejército?

—Como soldado profesional, maté gente... de mala gana, con poca frecuencia, y hace ya mucho tiempo. No envenenaba a mis enemigos. Disparaba contra ellos. Todo aquello era muy negativo.

—Sin embargo, su actitud con respecto a Grant no era negativa.

—¿Lo sería la suya... dadas las circunstancias?

—La pasada noche, al ofrecerle la Guillotina, hacia el final de su discurso, su hijo subió al escenario. Llevaba una cajita en la mano. Creo que se disponía a entregársela a usted, pero usted le obligó a retirarse. ¿Qué había en ella?

Los ojos de Haydon se entrecerraron.

—No puedo recordar ninguna caja.

—Tendría la mitad del tamaño de una caja de zapatos, y era de cartón gris con tapa. Tengo toda la impresión de que él se disponía a entregársela.

Haydon empezaba a mostrar señales de agitación.

—De haberse tratado de una ocasión más feliz, pudo haber sido un regalo.

—¿Y lo era?

—No lo vi.

—Está bien... Suponiendo que no lo viera... ¿qué pudo haber contenido? ¿En qué consistía ese «regalo»?

—Un par de pistolas de duelo —sugirió Haydon sarcásticamente— o, todavía mejor, una Luger... o una pequeña bomba incendiaria. Usted debió de captar la atmósfera tan bien como cualquier otro, inspector jefe. Utilice su imaginación.

—En mi profesión —replicó Maybridge suavemente—, pocas veces ejercitamos nuestra imaginación. Nos basamos en hechos. Sé que su hijo tenía una caja y sé que pretendía entregársela. Creo que usted sabía lo que contenía. Haydon notó una tensión a través de su pecho y empezó a sudar.

—No sé de qué me está hablando. —Maybridge comprendió que no podía apremiarlo más. Más tarde, quizás. El mayor había hablado de una dolencia cardíaca y mostraba una palidez alarmante.

—¿Tiene algo más que decirnos?

—Nada.

Tanto Maybridge como Claxby permitieron que fuera él quien pronunciara la última palabra.

8

DWIGHT

CONNORS

todavía llevaba huellas de barro en sus pantalones vaqueros y en la manga de su chaqueta cuando lo llamaron al cuarto de entrevistas. Camino del cuarto de baño, se había encontrado con Fay junto al teléfono del vestíbulo. Todavía pálida y con los ojos enrojecidos por el llanto, sostenía el receptor como si una corriente eléctrica lo hubiera soldado a su mano.

—Es necesario decírselo a Gina —dijo—, y yo no puedo.

Él le arrebató suavemente el teléfono.

—Probablemente necesitarás permiso de la policía. La prensa todavía no ha sido informada.

—Maldita sea, ella era su primera esposa... y es la madre de sus hijas gemelas... Tiene derecho a saberlo.

—Lo sabrá después. No eres tú quien ha de asumir esta carga.

En un mundo ideal, pensó, mientras se acomodaba en la silla ante los dos policías, no cabrían traumas. Él y Fay llevarían unas vidas tranquilas e inactivas, sin contacto con la sociedad. Se sentarían en jardines de dulces olores y se bañarían en mares no contaminados. Tendrían hijos, fuertes de cuerpo y de intelecto, y los elementos destructivos, muertos como Marcus, serían enterrados profundamente en el barro.

Claxby fue el primero en hablar.

—Dígame lo que sepa acerca de Grant.

Dwight había entrado en aquel cuarto con el firme propósito de

alzar barreras verbales protectoras alrededor de Fay: cuanto menos saliera ella a relucir en la conversación, tanto mejor. Una disertación sobre la obra de Grant era una barrera tan apta como cualquier otra, especialmente teniendo en cuenta que había decidido eliminar unos cuantos mitos.

—Su mejor descripción sería, probablemente, la de un supremo anunciador de sí mismo —explicó al superintendente—. Y al decir esto no denigro su talento como escritor. Sus primeros libros tuvieron un gran éxito. Últimamente, en cambio, las cosas no le marchaban muy bien. Aunque estos seminarios le ofrecían la oportunidad de mostrarse como el arquetipo del autor de *best seller*, generoso con sus consejos y sus mecenazgos, la realidad era bastante diferente. Sus ventas descendían y esto le preocupaba. No necesitaba el dinero, pero a fe mía que su personalidad necesitaba el éxito.

Comprendiendo que su tono era demasiado crítico —cosa imprudente dadas las circunstancias— trató de suavizarlo.

—La mayoría de los escritores atraviesan momentos de dificultad y afrontan el problema de diferentes maneras. Grant empezó a explorar el terreno para un nuevo género. Yo le sugerí un libro policíaco cuyo argumento se desarrollara en el siglo próximo, parecía algo suficientemente inofensivo y había un buen campo para la inventiva. No tenía idea de que Grant fuera a manejar este asunto como lo hizo. Su juicio quedaba oscurecido por su necesidad de éxito y el libro es destructivo a varios niveles... incluido el personal.

—Tiene usted una opinión muy dura al respecto —observó Claxby.

—Estoy pensando en Lloyd Cooper. Aquella descripción, intencionada o no, no debió aparecer. Y aparte de esto, toda la ética del libro me preocupa. Mis opiniones son hasta cierto punto subjetivas... relacionadas con mis propias experiencias personales, y cabe que ustedes no estén de acuerdo con ellas.

Aunque Claxby pensó que esto podía ser una maniobra diversiva, dejó que continuara.

—Prosiga.

Dwight se dirigió a Maybridge, al que creía más capaz de comprenderle.

—El año pasado, el día en que cumplí cincuenta y dos años —le dijo—, nació mi primera nieta. La hija de mi hija. Me quedé viudo hace doce años y mi hija y yo siempre nos hemos querido sinceramente. Me encantó asistir a la ceremonia del bautizo. El cura roció con agua bendita la cabeza del bebé, le impuso el nombre de Michelle, y después volvimos a la casa y celebramos una fiesta. Bebimos a la salud de la pequeña. Bebimos por su futuro. Y después salimos todos al jardín para admirar una cosa nueva y flamante, al otro lado del huerto: una monstruosidad subterránea, un refugio para protegerse de los efectos de una explosión nuclear.

Miró con mayor intensidad a Maybridge, para ver si este le seguía, y decidió que sí, al menos para continuar.

—No es este el futuro que yo deseo para mi nieta. Eso es el mundo de la ficción de Grant, el medio a través del cual intentaba reconstruir su reputación. Diles a la gente, con voz suficientemente alta, que el holocausto es inevitable —que tal cosa o tal otra sucederán— y que cabe sobrevivir a él, y te creerán. Incluso llegará a gustarles lo que les digas. Incluso pagarán para saberlo.

—Hablemos de usted —le interrumpió Claxby, molesto al verse ignorado—. Supongo que Grant le pagaba un salario generoso...

Dwight se volvió hacia él.

—Sí, lo hacía —Hablabla dirigiéndose a los dos—. Al principio sus libros eran inofensivos y entretenidos. Era divertido tratar de venderlos en el extranjero y a mí me gustaba esta variedad. Sin embargo, mi conciencia me hubiera obligado a dimitir cuando me pidió que regurgitara y distorsionara mis conocimientos científicos para su libro *El factor Helio*.

—El Zorphon G de Grant es un terrible invento —dijo Maybridge—. ¿Es posible químicamente?

—Mi Zorphon G —le corrigió Dwight—, y... no, no lo es... al menos todavía no. No significa nada. Hice un refrito con las fórmulas químicas... los criptogramas... y todo lo demás... Las cosas que él no podía tratar y a las que yo di un aspecto convincente.

—¿Dependía de usted para sus datos científicos? —preguntó Claxby—. ¿Cuál es su especialidad?

—Datos pseudocientíficos —corrigió Dwight, y prosiguió—: Soy científico de carrera. Obtuve mi licenciatura en la Universidad de

Columbia y después me especialicé en microbiología. Creía que mis investigaciones servirían para el bien común. No era así.

Con un gesto brusco, Claxby abandonó su silla y se dirigió hacia la ventana. Se mostraba abiertamente incrédulo.

—¿Nos está diciendo que abandonó una carrera científica para trabajar como negro para un escritor de historias de suspense?

—Lo dejé por motivos de conciencia —explicó pacientemente Dwight—. Empecé a trabajar como negro, ya que usted lo dice, porque el mundo de los libros me atraía. Era diferente en un sentido saludable y, lo cual tal vez fuese más importante, me brindaba libertad.

Claxby le miró, pensativo, durante unos momentos antes de volver a su silla y sentarse de nuevo.

—Su conciencia me fascina —dijo por fin—, pero todavía me interesan más los hechos. Abandonó su trabajo científico —así nos lo cuenta usted— porque desaprobaba lo que le pedían que hiciera. Es de suponer que pudo haberse trasladado a un departamento distinto, emprender una labor científica de distinta índole. Sin embargo, no lo hizo. Rompió con todo. Echó por la borda su carrera. Prescindió de la seguridad de su posición. Y después aceptó este empleo con Grant. Finalmente, también se sintió incómodo en él, cuando Grant cambió de dirección. Sin embargo, siguió con este empleo. ¿Por qué? ¿Tal vez encontró alguna compensación? ¿Un motivo atractivo y poderoso para quedarse aquí?

Dwight, consciente de la alusión a Fay, hizo un esfuerzo para mantener la calma.

—El tipo de ficción bárbara de Grant está aquí para quedarse. Al parecer, el mundo postnuclear exige obras de tipo catastrófico. Con el tiempo, yo tal vez le hubiera persuadido para que modificara sus excesos. Si yo me hubiera marchado, él habría contratado a cualquier otro para que le ayudara en la parte científica. Esos son los argumentos que utilizamos cuando ya empezamos a ser demasiado viejos para los grandes gestos... Ya no soy un joven.

Pero la imagen de un Connors de edad provecita no les causó ninguna impresión a los dos policías, pues, después de todo, él era lo bastante joven y viril para atraer a una viuda de buen ver.

Claxby volvió a tomar el timón.

—Grant ha muerto y su producción literaria muere con él. Se ha

quedado usted sin empleo. ¿Cuáles son sus planes?

Dwight ignoró la pregunta.

—Tal vez la carrera de Solar haya llegado a un fin prematuro pero, como he dicho, todavía queda mucho terreno para recorrer en ese tipo de ficción. Scott Wilson, uno de los jóvenes escritores noveles, es un nuevo recluta en el género... suponiendo que pueda escribir, claro está. Ayer por la tarde, después de la presentación, habló conmigo en el bar. Al parecer, uno de los otros escritores jóvenes, desde luego, no Grant, le había hablado de mi tarea de apoyo. Al parecer, él ha escrito una serie de tonterías sobre clones (ingeniería genética e inmunidad a la guerra química) y otras cosas por el estilo. Deseaba hablar en general. Saber si había alguna posibilidad de que un material de los llamados sensitivos encontrara su camino hacia la prensa...

Claxby, sospechando que se le estaba desviando por otro camino que alejaba de *lady* Grant, hizo la pregunta obligada con evidente impaciencia:

—¿Y la hay?

—Si me encuentra colgado de una viga... o eliminado en circunstancias misteriosas —replicó Dwight secamente—, saque entonces sus propias conclusiones.

Claxby ya había oído demasiadas divagaciones.

—Dejando aparte los motivos absurdos y poco convincentes del mundo de la ciencia ficción... ¿Qué supone usted que le ocurrió a Grant?

Dwight se encogió de hombros.

—No lo sé. Evidentemente, quien escribió aquella nota le odiaba a muerte —Sonrió a Maybridge con auténtico afecto—. Es probable que su conferencia fuera demasiado contundente. Un libro es como el cerebro de un niño. Puede ser el de un cretino. Puede ser el de un subnormal. Sin embargo, no hay un solo padre que no lo quiera.

—¿No diría usted que hubo una reacción macabra... e innecesariamente violenta?

La voz de Maybridge fue cortante, al tratar de reprimir su irritación.

Claxby volvió a orientar la conversación hacia *lady* Grant.

—Si la viuda de Grant hereda, será una mujer muy rica.

Dwight asintió.

—Pero él tenía una primera esposa, de la que se divorció: Gina, con dos hijas gemelas de unos catorce años. También ella tendrá derecho a heredar.

—¿Las hijas son de su primera esposa?

—Sí. Él las estaba educando, desde luego, y concediendo a su madre una amplia pensión, pagaba bajo la condición de que no volviera a casarse mientras viviera Grant. Según las cláusulas del testamento, ella recibe también una suma muy notable en caso de fallecimiento de él.

—¿Cómo llegó a confiarle él todo esto? —preguntó Claxby, que parecía sorprendido.

—Me pidió que firmara como testigo el testamento.

—Por tanto, ¿usted también sabe cuánto heredará *lady* Grant?

Dwight contestó secamente:

—No, desde luego que no. No leí el testamento. Y la palabra «confiar» no se aplica en este caso. Él hablaba abiertamente de sus intenciones. Era lógico que se ocupara de Gina y de las niñas... y se asegurase de que, en caso de morir él, quedaran en buena posición. Gina no es mujer de carrera, y técnicamente fue la parte inocente en el divorcio. Él no quiso soslayar su responsabilidad. De esto estoy seguro.

—Pero, desde luego, la mayor parte de su propiedad irá a manos de su esposa actual, *lady* Grant, ¿no es así?

Dwight no contestó.

—¿Se quedará usted con ella algún tiempo? ¿Le ofrecerá su apoyo emocional?

La pregunta fue formulada con suavidad, pero estaba cargada de implicaciones.

—Ella es una mujer independiente, perfectamente capaz de andar sin que la ayuden.

A no ser que tú camines con ella y te acuestes con ella, tuvo ganas de decir Claxby. Había esperado provocar a Connors para inducirlo a una defensa de sus relaciones con Fay, pero era demasiado cauteloso para aprovechar en el acto este comentario.

—Lo que deseo ahora de usted —pidió en cambio— es una declaración concisa sobre lo que hizo la noche pasada.

Señaló hacia Radwell, que, no sin cierta confusión, estaba sentado detrás del escritorio tratando de separar las informaciones

esenciales de las irrelevantes.

—El agente lo anotará todo al pie de la letra.

Intensamente aliviado, Dwight obedeció. Se había acostado poco antes de la medianoche. Antes de hacerlo, había apagado la estufa de gas. Por la mañana, la encontró encendida, por lo que supuso que alguien había bajado durante la noche. Se había quedado dormido casi en seguida y no se despertó hasta que Ulysses empezó a chillar. Su habitación estaba al otro lado de la esquina con respecto a la de Grant, demasiado lejos una de otra para que pudiera oír algo. No supo que Grant había sido encontrado muerto hasta que el doctor Crofton entró en su habitación para decírselo.

—¿Le describió la mutilación? —preguntó Claxby.

—Fui a la habitación de Grant con Crofton y lo vi todo. Fue después de que el inspector jefe Maybridge informara a *lady* Grant.

—¿Usted y el doctor estuvieron solos en el cuarto, con el cadáver de Grant?

—Solos junto a la puerta durante un par de minutos.

Por breves momentos Claxby exhibió su enojo con Maybridge, pero no dijo nada. Maybridge sabía que lo tenía merecido. Su preocupación por Fay había sido muy poco profesional, por no decir otra cosa. Era imposible cerrar con llave la puerta de Grant, pero él debió quedarse allí hasta que la sellaran.

—No entramos —dijo Connors—. No tocamos nada. Las pistas para ustedes debían quedar impolutas, inmaculadas.

Después preguntó a Claxby si tenía que firmar la declaración.

—Todavía no. Más tarde, se harán las declaraciones oficiales en la comisaría. Sabremos algo más cuando haya sido analizada la escritura.

Dwight se levantó.

—Algunos de los autores tienen empleos a los que han de acudir mañana. Me están acosando a preguntas acerca del tiempo que deberán pasar aquí.

—Entonces tendrán que seguir acosándole durante algún tiempo. Todavía no puedo decirle nada definitivo —le desengañó Claxby—. Está bien, señor Connors, muchas gracias. Esto es todo por el momento.

Y esperó con impaciencia a que se marchara antes de volverse hacia Maybridge.

—Comprendo que se encuentra usted bajo una tensión considerable. Pero aun así...

Maybridge reconoció su negligencia y se excusó por ella.

—Por desgracia, la puerta tenía pestillo, pero no cerradura.

Claxby no insistió en ese tema: si alguien le hubiera escrito a él una nota como aquella y la hubiera pegado con cinta adhesiva sobre un cadáver, también él habría ido de un lado a otro, presa de la ira y la confusión.

Cambiando, pues, de tema, preguntó a Maybridge qué opinaba de Connors, dejando aparte el genio de este para la prevaricación.

Maybridge recordó que había mencionado los criptogramas.

—A un microbiólogo no se le enseña criptología.

—Un cerebro científico puede inventar cualquier cosa. ¿Qué más?

—Parece ser que Scott Wilson habló de su manuscrito con gran entusiasmo... y me pregunto por qué no fue a su casa a buscarlo.

Maybridge había comprobado la dirección de Wilson: vivía en un apartamento amueblado, en una casa destinada principalmente a estudiantes y que se encontraba a menos de diez minutos en coche.

No obstante, Claxby tampoco juzgó que este detalle fuera relevante. Probablemente, era mucho más fácil hablar de un libro que presentarlo. Cabía que Wilson lo hubiera dejado en su casa deliberadamente, tal vez por no haberlo acabado... o por no ser tan bueno como él esperaba. Además, se lo estaba pasando muy bien con Bonny Harper. ¿Por qué molestarse con novelas, cuando una joven de moral liviana y piernas bien torneadas se acostaba con él?

—En mi opinión —dijo—, una de las soluciones más simples resultará ser la verdadera. Grant pudo haber muerto por causas naturales. Pronto lo sabremos. El problema más difícil es el de la mutilación.

Sugirió que después de haber comido seguiría con los interrogatorios, mientras Maybridge iba a la jefatura para averiguar qué progresos se conseguían con el análisis de la escritura.

—Después de todo —indicó—, la nota iba dirigida a usted. Es justo que personalmente se ocupe de su correspondencia.

9

MAYBRIDGE SE ALEJÓ en coche de St. Quentin con una sensación de inmenso alivio. Era agradable marcharse de aquel lugar, y de su ambiente, aunque solo fuese por una hora. Él y Claxby habían comido cordero frío y ensalada sin apenas abrir la boca.

«Ayer —pensó Maybridge, mientras enfilaba la carretera a lo largo de los Downs— llevaba mi caja de diapositivas, con sus pequeños e insignificantes asesinatos. No pareció probable que mi conferencia causara problemas, e incluso pensaba en la diversión que me iba a proporcionar». Notó una súbita necesidad de aire fresco y bajó el cristal de la ventanilla.

En su opinión, la entrevista con Connors era la más significativa. Su diatriba contra el libro de Grant había parecido sincera y estaba dispuesto a exponer sus sentimientos. ¿Prevaricación, como había sugerido Claxby? ¿O bien era más profundo? Desde luego, había manipulado la entrevista. Era un hombre complejo, capaz de jugar a dos niveles y dispuesto a exponer su conciencia. Una conciencia ambivalente. De haber dejado a Grant y haberse llevado a Fay consigo, la compensación por el divorcio, de existir, hubiera sido pequeña, ya que Fay habría sido la parte culpable. Evidentemente, Grant estaba obligado a su primera esposa... Probablemente se había divorciado de ella a causa de Fay. Y el hecho de que le estuviera pagando una generosa manutención mientras ella siguiera sin casarse, implicaba que su mujer no le había dejado por otro hombre. No sería lo mismo en el caso de Fay y Connors. El motivo financiero había de ser poderoso. Para ellos, la muerte de Grant

representaba un negocio financiero... demasiado conveniente, desde luego, para ser natural. Era muy conveniente, también, el hecho de que Grant fuese diabético. Pudo haber sido muy fácil cambiar una ampolla de insulina por otra más fuerte, o por un veneno diferente. Ni Fay ni Connors tenían acceso a medicamentos, pero Crofton era cirujano y había estado en la habitación a solas con Connors. (Jamás olvidaría aquel desliz en sus obligaciones, como tampoco aquella maldita nota). Pero ¿por qué el doctor tenía que ayudar a Connors a asesinar a Grant? Su muerte no podía representarle ninguna ventaja.

Maybridge frenó al cambiar el semáforo a rojo. La sucia humareda que salía del tubo de escape de un camión pesado que esperaba ante él contaminó el aire y le obligó a cerrar de nuevo la ventanilla, y de pronto se sintió muy cansado e irritable. Grant solo llevaba muerto unas pocas horas, si bien parecían días. Era difícil pensar claramente en aquel asunto, pero tenía que seguir intentándolo.

La noche anterior, al cenar, recordó que Christopher Haydon había hablado de drogas. Había sugerido que Grant tal vez lo hiciera. ¿Un comentario sarcástico... o una observación bien sopesada? ¿Y quién mejor que él para suministrarlas? Como farmacéutico, su acceso a ellas era incluso más fácil que el del doctor Crofton y Kate Cooper. La caja que había intentado entregar en el escenario contenía algo incriminador... O incluso peligroso. El anciano se había mostrado preocupado. Fue una lástima que se le viera tan afectado en aquel momento de la entrevista. Si su salud era demasiado frágil para obligarle a decir qué había dentro de la caja, sería necesario interrogar a Christopher e incluso forzarle a una confesión.

El tráfico circuló y Maybridge cambió de marcha para adelantar al camión.

Christopher se había marchado a su apartamento durante la noche, pero su padre había estado recorriendo la casa. Pudo haber clavado el espetón después de visitar el coche para inspeccionar a Marcus. El dolor pudo haberse acumulado hasta convertirse en acción. Lo negaba, desde luego.

Otra persona que se había levantado en plena noche era Bonny Harper, pero entre todos los escritores interrogados, pareció la más

sincera. Sin embargo, tampoco podía estar absolutamente seguro de ella. Probablemente, todos mentían como condenados. Se sentía implicado de una manera demasiado personal, demasiado acosado para mostrarse justo. Ellos eran los expertos en la ficción, ¿no? Jugaban con el asesinato, lo orquestaban como una sinfonía, lo escribían en sus máquinas... Y después le echaban en cara su incapacidad para capturarlos. Algún día, en el futuro, pensó amargamente, tal vez viera la parte humorística. Pero no ahora.

Al llegar a la jefatura de policía, subió directamente al despacho del inspector Barker. Estaba totalmente absorto en su trabajo y no se le ocurrió pensar que Maybridge era un objetivo de primer orden para cualquier comentario divertido.

—Perfecto —dijo con satisfacción—, veo que ya ha llegado. Estaba a punto de enviar a buscarle..., señor —añadió como si se le acabara de ocurrir el tratamiento.

El hecho de que Barker hubiera estudiado en uno de los mejores colegios privados, y después tres años en Oxford, para optar finalmente por una carrera en la policía, no era ahora tan infrecuente. Su actitud un tanto arbitraria nada tenía que ver con sus estudios ni con sus antecedentes familiares. Siempre se mostraba extremadamente interesado en cualquier tarea que se le asignara, y no se le podía molestar con sutilezas de rango. Maybridge, como inspector jefe, tenía un grado más que él, aparte de llevarle bastantes años, lo que justificaba el tratamiento de «señor». Sin embargo, las más de las veces lo olvidaba.

—Dios mío —murmuró Maybridge.

Clavadas con chinchetas en un tablero de la pared ante la ventana había fotocopias de treinta y una tarjetas en las que se invitaba a Maybridge a: «

ADJUDIQUE

ESTE ASESINATO, INSPECTOR JEFE

MAYBRIDGE,

SI PUEDE».

El tamaño era el triple del original y la frase parecía gritar como un coro demoníaco desde las profundidades del infierno. Debajo de cada una, en unas pulcras tiras de papel, había sido mecanografiado el nombre de su autor.

—Bueno... ahí están —pregonó Barker con aires de propietario, como si él las hubiera inventado—. Los originales están siendo

analizados en busca de huellas.

—Jesús —susurró Maybridge.

Se preguntó si Rendcome, el jefe de servicio, las había visto. Una sola, pequeña y clara, colocada encima del cadáver había representado ya suficiente impacto, pero treinta y una eran como para enloquecer a cualquiera.

—Aquí hay una copia de la que escribió el asesino... O el mutilador —dijo Barker, indicando otra de un tamaño similar, sobre su mesa—. Ampliada a este tamaño, pueden verse con toda claridad las idiosincrasias. Mire aquí, arriba a la izquierda, observe cómo la F mayúscula recuerda el extremo deshilachado de un hilo de algodón. Es sintomático de una enfermedad cardíaca. Normalmente, se necesita una lupa para verlo. Su asesino —bien, quienquiera que escribiera la nota— lo muestra en un grado menor. En su caso, podría tratarse de una dolencia leve... un estado de fatiga, tal vez. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir?

El corazón del propio Maybridge, que normalmente gozaba de una óptima salud, se había lanzado a toda velocidad, y su dueño tuvo que hacer esfuerzos para calmarse. Barker le estaba señalando una nota escrita por un tal Elwyn Pringle, un escritor desconocido.

—¿Me está diciendo que es él?

—Oh, no —contestó Barker—, todo lo contrario. Fíjese en el ángulo de las líneas. Las de Pringle son arqueadas. Las del asesino son ascendentes. Es alguien petulante. Pringle no lo es. No se puede ser demasiado dogmático en estas cosas, pero yo diría que Pringle está enfermo.

—Entonces, ¿quién lo hizo entre los treinta restantes?

Pero Barker se negaba a precipitarse.

—Cuando se trata de mayúsculas y minúsculas, la cosa es más fácil. Aquí, todas las letras son mayúsculas —Observó que Maybridge se mostraba perplejo y explicó con impaciencia—: A las mayúsculas las llamamos capitales o versales, a las mayúsculas de menor tamaño las llamamos versalitas o mediúsculas, y los caracteres más pequeños son las minúsculas. Los rasgos descendentes de estas pasan a la zona más baja. No ocurre lo mismo con las versales, y por tanto esto impide el análisis de la zona baja.

—Le agradecería mucho —replicó Maybridge secamente— que suprimiera su léxico profesional y me explicara las cosas con

claridad.

Barker tenía un espeso mechón de cabellos rubios que le caía sobre la frente, y de vez en cuando sacudía la cabeza con un gesto de impaciencia. Cuando estaba excitado o preocupado, este gesto se repetía con frecuencia.

—La ciencia de la grafología exige tiempo y cuidado. No existe una escritura idéntica, del mismo modo que tampoco hay unas huellas dactilares idénticas. He estado trabajando muy a fondo con estas muestras... pues no debe haber error.

—¿Quiere decir que no ha terminado?

—Sí, he terminado... En realidad, muy poco antes de que usted llegara.

—¿Y el veredicto?

—No va a gustarle —le advirtió Barker—, y lamentaré decepcionarle...

Durante un momento de confusión, Maybridge se sintió convencido de que Barker iba a implicar a Fay. Apartó de su mente esta convicción.

—Bien, prosiga —le apremió—. ¿Quién?

—Nadie —contestó Barker.

Se le ocurrió a Maybridge que un policía joven e inteligente, brillante en ciertos aspectos, también podía fracasar lamentablemente en otros.

—Por mucho que aprecie su capacidad —le dijo—, usted no es uno de los expertos indiscutidos en este campo.

—Lo sería —replicó Barker prescindiendo de toda modestia— si el trabajo policial no ocupara mi tiempo.

Maybridge tuvo que admitirlo para sus adentros, aunque no ante Barker. Pero tampoco se podían descartar tantos sospechosos. Cogió la copia de la nota del asesino de sobre la mesa, y se acercó a las de los sospechosos. Era algo tan desagradable como contemplar las bocas de los cañones de treinta y una pistolas. Aunque fuesen proyectiles de papel y no pudieran matarlo, los muy condenados podían abrir agujeros en su reputación.

Comenzó por la nota de Lloyd Cooper.

—Esta —le dijo a Barker—, ¿por qué no esta?

Visiblemente malhumorado, Barker se aproximó hasta colocarse a su lado.

—Sus márgenes son más anchos, y también los espacios entre las líneas. Cooper exagera y también tiende a la vanidad. Las tildes de sus T son cortas, en tanto que son largas y vigorosas en la nota del asesino. Cooper no es un líder. Es, probablemente, el escritor típico, el hombre que se encierra, introspectivo, pero con una gran opinión de sí mismo.

—Y el hombre que escribió la nota del asesino... ¿un líder, dice?

—Posiblemente del tipo militar... Le gusta asumir el mando. Puede controlar sus sentimientos, pero cuando llega al punto de ruptura... ¡Cuidado!

Maybridge examinó la nota del mayor.

—¿Diría que Lawrence Haydon es un militar?

—Podría serlo, pero no por su elección. Si se encontrara en una batalla, no se sentiría feliz. Escribió esa nota lentamente y con una ligera presión. Apenas pueden verse las tildes de la T. Toda su escritura se inclina hacia abajo.

—¿Y Crofton?

El médico, al menos, tenía una personalidad dominante. Maybridge buscó su nota.

—Escrito con rapidez —dijo Barker—. Impulsivo, adquisitivo. Puede ser extremadamente cuidadoso cuando quiere... Allí donde algunas de las letras no están adecuadamente formadas, las ha repasado. ¿Es un cirujano local, verdad?

—Sí, especialista del corazón. Escribe libros para entregar dinero al hospital.

—Un altruismo extraordinario —comentó Barker—. Me deja sorprendido.

El espécimen de Trevor Martin estaba clavado junto al del doctor.

—¿Cómo lo analizaría?

—Un descontento extremo —respondió Barker lacónicamente—. ¿Qué clase de libros escribe?

—De crímenes, como todos los demás. Escribió un libro basado en el caso Haigh... pero no sabe una palabra de química.

—Si quisiera deshacerse de un cadáver —dijo Barker—, un cadáver de verdad, no de ficción, se aseguraría de saber lo que se llevara entre manos.

—¿Se basa en lo que usted ve en su escritura?

—Desde luego.

Barker indicó la nota escrita por Scott Wilson.

—Aquí tiene su personaje más complejo. Algunas de las mayúsculas están tan cercanas que se mezclan. De todo el grupo en este tablero, es probablemente el más interesante. Desde luego, ninguna relación de su escritura con la nota del asesino.

Pero Maybridge ya había podido observarlo por su cuenta.

La nota de Cora Larsbury estaba sujeta sobre la de Wilson. Era la escritura de letra pequeña y típicamente pulcra utilizada por tantas mujeres de su edad y de su misma educación. Le recordó a Maybridge la de su madre.

—¿Qué me diría acerca de la señora Larsbury?

—Brevemente, una mujer de edad avanzada. El espaciado entre las palabras es estrecho. Probablemente es impaciente. Habladora. Celosa, tal vez. Melancólica, sin duda. Pero es obvio que no es la mutiladora, ni ninguno de ellos.

Maybridge no pidió un análisis de carácter de las notas, pero sí comparó cada una de ellas con la del asesino, antes de darse por vencido.

—Parece que tiene usted razón —admitió finalmente.

—No soy un adivino de feria —dijo Barker, pasándose la mano varias veces por los cabellos y finalmente echándolos atrás—. Lo que acabo de decirle es tan solo la nata de la leche: un entretenimiento para el profano, pero no por ello menos válido.

»La grafología es útil en los estudios psicológicos, pero cuando me entregaron esas notas no me pidieron que sondeara la mentalidad de un mutilador. Se me pidió que comparase treinta y una copias con el original. Tuve que buscar márgenes e inclinaciones, anchura y rapidez, ángulo de las líneas, presión, simplicidad, ornamentación, etcétera.

Maybridge encendió un cigarrillo e inhaló profundamente el humo.

—¿La nota fue escrita por un hombre o por una mujer?

Barker le acercó la tapa de una caja de cinta adhesiva, antes de contestar.

—Utilice esto como cenicero, si quiere fumar.

»Hombre o mujer... No es tan fácil contestarlo. Hay hombres afeminados y mujeres hombrunas. En otras palabras, todos

participan de ciertas características del sexo opuesto.

—Por lo tanto, ¿no nos las vemos con el macho agresivo?

—Yo no he dicho esto. Desearía que no me interpretara erróneamente.

—¿Pudo haber sido escrito por un homosexual?

—Sí.

—Por lo tanto, ¿eso reduce el campo?

—No, de ningún modo. Usted quiere que todo sea blanco y negro.

—Lo que yo quiero es un arresto —repuso Maybridge a media voz—. Y la única persona que asistió a mi conferencia y no copió esa nota es el hijo de un militar que, según usted, hubiera preferido ser alguna otra cosa. El hijo es homosexual —añadió— o, para utilizar esa estúpida palabra moderna..., es gay.

—Es la vieja generación la que siempre se muestra más propensa a la censura —dijo Barker con impaciencia.

Añadió el «señor», y de nuevo lo hizo sonar como si fuera un insulto.

Maybridge, imperturbable, preguntó si podía hacer una llamada por teléfono. Tenía que ponerse en contacto con Claxby.

Claxby recibió las noticias sobre Christopher Haydon con ecuanimidad. Aunque se basaran en la eliminación, no dejaban de tener una notable probabilidad. Dijo que le haría presentarse. Entretanto, explicó a Maybridge, había estado en contacto con el patólogo. La muerte de Grant era consecuencia de una hipoglucemia, como habían pensado al principio, debida a una sobredosis masiva de insulina. Pudo habérsela administrado él mismo, aunque parecía totalmente improbable. Dado que no había ningún motivo tangible para el suicidio, nadie se llenaba de insulina por haberse discutido con otras personas y porque un hijo pequeño hubiera hecho una aparición muy poco oportuna. No tenía el menor sentido y, aunque la jeringa y la ampolla ostentaran las huellas dactilares de Grant... también había en ellas las de *lady* Grant.

—No es inusual que la esposa de un diabético las toque —dijo Claxby a Maybridge—, pero, puesto que aparecen estas dos huellas en la jeringa y la ampolla, no podemos permitir que esa dama se regodee en brazos de su amante sin proceder a una profunda investigación. Le sugiero que vuelva aquí y se ocupe del resto de los

interrogatorios. Cuando llegue, me la llevaré a jefatura, para que pueda hacer una declaración completa.

Maybridge notó como si le introdujeran una barra de acero en el espinazo y rápidamente se la sacaran.

—¿Ha comparado sus huellas dactilares con las de la tarjeta?

—¿Se refiere a aquella tan leve y posiblemente borrosa? No, no hubiera servido de nada. Cuando ella procedió a la identificación esta mañana, se ofreció voluntariamente para que le tomaran las huellas... bien, para ser más exactos, se sugirió que sería una buena idea. Había tantas huellas en el dormitorio de Grant, que esto ayudó a clarificar las cosas.

—Comprendo —murmuró Maybridge, y colgó el auricular.

Barker le estaba mirando fijamente.

—¿Se progresa?

—Claxby así lo cree —Se volvió en su silla y contempló de nuevo las notas—. ¿Cómo analizaría las de Dwight Connors? Es la cuarta desde la izquierda... en la fila de en medio.

Barker dejó escapar un profundo y audible suspiro antes de contestar a esta pregunta.

—Irregularidad ocasional en el espaciado. Tildes situadas muy altas. Las letras se ahúsan hacia el final de la palabra. Los márgenes de la izquierda van en aumento. Un oportunista a veces... tal vez un idealista. No es persona consistente. Pero ¿qué tiene que ver con todo lo demás?

Maybridge no pudo contestar. Habría podido pedir a Barker que le analizara la escritura de Fay, pero no lo hizo. Hubiera sido como pedirle que la desnudara en público. No tenía ninguna prisa por regresar. El tono de la voz de Claxby todavía le irritaba. Se había mostrado demasiado rápido en asumir la culpabilidad de Fay. Y también demasiado complacido al respecto.

—Me sentaría bien un café —le dijo a Barker.

—En seguida, señor —Esta vez no hubo insolencia en el «señor». ¿Aquí o en la cantina?

—Aquí.

Maybridge no deseaba conversar con nadie. Quería que Barker saliera y le dejara solo. Pero Barker no tenía la menor intención de hacerlo. Le habían arrancado sin previo aviso de un curso de idiomas al que había asistido con la esperanza de pasar unas

vacaciones en Yugoslavia. Aprovecharía estas vacaciones para estudiar la arquitectura de los minaretes y las mezquitas, de Bosnia y Macedonia. Después, para su propia diversión, escribiría un opúsculo sobre ese tema. Todos sus estudios de campo, sus excavaciones arqueológicas y sus vagabundeos en busca de nuevos conocimientos quedarían cuidadosamente escritos. Nunca había asistido a un seminario de escritores y la idea le interesaba. Maybridge le explicaría todo lo necesario.

Maybridge, mientras sorbía su café y trataba de recuperar la compostura, hubiera pensado en mejores temas de conversación... en caso de tener que conversar. Sin embargo, decidió complacer a Barker y recordó que aún tenía el programa que Grant le había dado. Estaba doblado pulcramente en el compartimiento interior de su cartera y aún contenía la carta de Grant en la que le rogaba que hiciera acto de presencia. La sacó antes de entregar el programa a Barker por encima de la mesa.

—Usted mismo puede echarle un vistazo.

Mientras Barker examinaba el programa, Maybridge releó la carta de Grant para entretenerse. Casi podía oír la voz perentoria de Grant hablándole.

«Nos encantaría que viniera. Un oficial de policía retirado tenía que darnos una charla sobre balística, pero ha sufrido un ataque de apendicitis. Si usted pudiera ocupar su puesto, le estaríamos más que agradecidos. Se trata de un club pequeño...».

La carta estaba escrita a mano, no a máquina.

Sin embargo... Una idea loca, totalmente imposible, empezó a formarse en la mente de Maybridge. Trató de alejarla, pero no pudo. Colocando la carta sobre la mesa, pidió a Barker que la analizase.

—Es de Grant.

Barker, que estaba absorto en el programa, le miró enfadado. Después contempló la carta de Grant y su irritación se desvaneció.

—¡Válgame Dios, es extraordinario! —Colocó la carta junto a la nota del asesino y, muy excitado, se echó atrás los cabellos varias veces—. ¡Dios mío... mírelo! —Acarició suavemente la carta, como

si fuera un fragmento raro y precioso de pergamino y, excitado, recorrió las líneas con los dedos—. No hay muchas mayúsculas, pero ya bastan para trabajar —Sacó una lupa y miró a través de ella—. Las minúsculas están formadas como mayúsculas aquí y allá, y aunque no lo estuvieran el conjunto es totalmente característico: el espaciado... la presión... la inclinación —Meneó la cabeza, maravillado e inició una sonrisa—. Pues bien, aquí lo tiene —le dijo a Maybridge—. Aquí lo tiene, sin la menor sombra de duda.

Un Maybridge estupefacto se preguntó entre brumas dónde estaba. En un manicomio, tal vez. Protestó, alegando que aquella afirmación era perfectamente ridícula. Se negaba a creerla. Tenía la sensación de que le estaban tomando el pelo... no Barker, sino el cadáver de Grant, que ahora yacía en la morgue. Barker le enseñó todas las mayúsculas relevantes y después comenzó a mostrarle las minúsculas, indicándole que eran suficientemente características para confirmar su afirmación.

—Absolutamente inconfundibles —dijo con aire triunfal—. ¡Lo hemos encontrado! Si hubiera tenido esta carta desde un buen principio, me habría ahorrado horas de trabajo. El propio Grant escribió la nota del asesino.

Maybridge retiró hacia atrás su silla, se levantó y se dirigió hacia las notas de la pared, que ahora parecían unirse a coro en un largo aullido de burla. Les volvió la espalda. Su corazón latía con una rapidez excesiva. Necesitaba tomar un *whisky*. Necesitaba golpear a alguien con toda su fuerza.

10

MAYBRIDGE RESPIRÓ lentamente varias veces.

—¿Por qué —preguntó a Barker— tomó Grant una sobredosis de insulina, escribió esa nota, la clavó en la cabecera de su cama, se tendió en ella y murió..., y más tarde ofreció su carótida a un espetón?

Barker no lo sabía y tampoco le importaba.

—Esto es su problema, señor.

Y el de Claxby, recordó Maybridge súbitamente. ¿Cómo diablos iba a explicarlo al superintendente? Decidió que necesitaría un respaldo profesional.

—Usted me ha persuadido, contra toda razón y buen juicio —le dijo a Barker—, y ahora va usted a ayudarme a persuadir al superintendente.

Barker vio la mirada de Maybridge y supo que no convenía discutir.

—Muy bien —suspiró—, si usted insiste...

Durante la ausencia de Maybridge, Claxby había procedido a varios interrogatorios que se desarrollaron con una rapidez considerable. La mayor parte de los escritores habían pasado toda la noche en sus habitaciones, durmiendo. Unos pocos admitieron haber ido al baño. Todos habían hablado bien de Grant. Había sido amable, brillante. Servicial. Una buena persona. La crítica adversa más fuerte fue la de que había carecido de tacto. Y en cuanto a los espetones, aunque admitieran saber el aspecto que tenían, los escritores tendieron a hablar de ellos con cierta reserva.

Útiles para asar la carne, superintendente, en las pocas ocasiones en que un pobre escritor podía permitirse el lujo de disponer de un buen trozo de carne al efecto... Pero en cuanto al destino de este útil a cualquier otro uso... Aquí, se habían levantado las manos y los ojos habían mirado hacia lo alto con una expresión de inocencia. Claxby los creyó. La llamada telefónica de Maybridge para hablarle de Christopher Haydon había subrayado su creencia y puesto un punto final tras él.

Hizo que compareciera Lawrence Haydon y le dijo que pensaba telefonar a su hijo para pedirle que regresara y copiara la nota.

—Usted comprenderá que no debe haber excepciones.

—¡Pero si está en Londres!

—Ciudad que no se encuentra precisamente en las antípodas —replicó Claxby—. No necesitará mucho tiempo para volver. ¿Tal vez prefiera telefonarle usted mismo desde aquí?

Y le empujó al teléfono. Llamaron al número varias veces sin resultado, y poco después llegó Maybridge con Barker. Claxby dijo a Haydon que él mismo se ocuparía de llamar.

—Le avisaré si establezco comunicación.

Tenía una imagen mental de Christopher dirigiéndose con su coche hacia Heathrow.

Y más tarde, mientras escuchaba lo que Barker y Maybridge le explicaban sobre la nota, tendió a aferrarse a la anterior imagen. Era totalmente imposible sustituirla por cualquier otra basada en la información que acababa de recibir.

—En diferentes circunstancias, menos serias —dijo a sus dos colegas—, creería que me estaban tomando el pelo —Se dirigió al agente Radwell—. ¿Cuál es su opinión al respecto?

A Radwell le entraron ganas de reírse, pero no se atrevió.

—Totalmente increíble —contestó con la solemnidad requerida por las circunstancias.

Barker empezaba ya a perder los estribos.

—Increíble o no, es verdad.

Maybridge se encontraba junto a la ventana, contemplando a Lloyd y Kate Cooper que paseaban juntos por el césped. Ahora resultaba más fácil observar a Lloyd y ver al hombre, no sus cicatrices. El hecho de que fuera capaz de pasear por allí con su esposa denotaba un cierto grado de curación emocional,

posiblemente debida a unos hechos mucho más impresionantes que todo lo que hubiera conocido hasta entonces. Estaba aprendiendo, por el camino difícil, a conseguir una perspectiva de su desfiguramiento. Era obvio que cada uno de ellos era culpable a los ojos del otro, pero el hecho de que increíblemente pudieran seguir caminando juntos mostraba una profundidad de sentimientos digna de contemplar.

Más allá, en el campo de *croquet*, Bonny había quitado los aros y jugaba una especie de partida de bolos. Lanzaba las bolas con una cierta malignidad y la mayoría de ellas iban a parar a un pequeño parterre circular con rosales. Scott Wilson las recogía. Maybridge se preguntó si las rosas serían Silver Ballerinas, pero a esa distancia no podía estar seguro. Ulysses, como un anciano aburrido, tocado con su gorrito de lana, contemplaba el espectáculo desde su sillita de ruedas. De pronto, Maybridge pensó en Fay y se preguntó si Claxby ya le habría dicho algo sobre la presentación de una declaración oficial. ¿O tal vez le confiaría a él esta misión?

Como preparativo, revisó en su mente unas cuantas frases tranquilizadoras. Por si acaso.

—Está bien —le dijo Claxby a Barker, por fin—, acepto que lo que me está usted diciendo lo dice de buena fe, pero quiero una segunda opinión. No pongo en duda su veredicto... Ni trato de relegarlo a un segundo término. Ya sé que se ha especializado usted en esto, pero cuando las circunstancias son extrañas, y debe admitir que lo son, me parece sensato hacer que intervenga otro experto —Miró a Maybridge—. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

—Creo que sí.

(¿Acaso no se necesita el testimonio de dos médicos para certificar un caso de locura?).

Claxby le miró con visible desagrado.

—Usted nos ha metido en esto —dijo agriamente—. Les pinchó sobre lo que escribían en sus libros y se han desquitado convirtiéndole a usted —y a todos nosotros— en el hazmerreír. ¿Qué cree que puedo decirle al oficial de enlace con la prensa? ¿Qué le diré al jefe de policía? Por todos los cielos, veo que se queda junto a esa ventana admirando el panorama, como si nada le concerniera. Me entrega un problema insoluble, que tiene todos los matices de la paranoia, y ni siquiera trata de sugerir una solución.

—Se debe a que no encuentro ninguna —repuso Maybridge sin levantar la voz.

Comprendía la ira de Claxby y simpatizaba con ella. Hubiera deseado acogerse a una jubilación anticipada y salir de estampía de aquel lugar. ¡Ojalá la hubiera tenido ya!

Llamaron a la puerta y entró Brian Anderson.

—Ahora no —dijo Claxby con brusquedad.

—Tengo que hablar con usted.

Anderson mostraba una visible agitación.

—¡Ahora no! —repitió Claxby, levantando la voz.

Sin embargo, Anderson cerró la puerta tras él y avanzó con determinación.

—Se trata de Christopher Haydon.

—Por favor... en cualquier otro momento —dijo Claxby.

Tenía ganas de echarle a cajas destempladas, pero se contuvo.

—Su padre me ha dicho que ha estado usted telefoneando a su apartamento.

—Sí... y pronto lo intentaré de nuevo.

En estas nuevas circunstancias, ya no tenía ningún sentido obligarlo a volver, pero, toda vez que aún no creía lo que le habían contado, era mejor que el joven Haydon se presentara para declarar.

—No está en Londres —dijo Anderson.

—¿No? —preguntó Claxby.

Y, presumiblemente, tampoco se encontraba en el aeropuerto más cercano tratando de emprender la fuga, si la absurda aseveración de Barker era cierta.

Como un árbol viejo y retorcido, Anderson permanecía arraigado en la alfombra. Había en su cara una tonalidad ligeramente amarillenta y tenía los ojos inyectados en sangre. Miró a Claxby con una expresión desesperada.

—Está en el coche... En el aparcamiento que hay allí detrás.

—¿Qué? —exclamó Claxby.

—En el maletero —explicó Anderson, con una voz susurrante como el murmullo de unas hojas muertas—. Ha estado allí toda la noche.

Ciertos acontecimientos tienden a permanecer en la mente, con vivos colores y ricos en detalles. La siguiente media hora quedó

grabada en Maybridge como una terrible pesadilla recurrente. En aquel momento, al vivirla por primera vez, siguió a Anderson, fuera de la habitación, atravesando el vestíbulo y cruzando la puerta principal. Soplaban un vientecillo que se filtraba a través de los arbustos y dispersaba los pétalos de crisantemo caídos como si fueran gotas de lluvia coloreada. El aire olía agradablemente, dulce como unas manzanas primerizas. El anciano rehízo su camino alrededor del edificio, pasó ante la cocina y se dirigió hacia el patio empedrado de las cuadras, que ahora servía para aparcar los coches. Las cuadras, flanqueadas por dos macetas con unos geranios de aspecto fatigado, albergaban cuatro coches. Maybridge reconoció el Bentley marrón de Grant, que brillaba como un lustroso animal en las sombras del interior. Junto a él había un Mercedes de color pardo, igualmente opulento. En la otra cuadra se encontraba un chillón TR6 con la placa de matrícula torcida, haciendo compañía a un Ford que contaría ya unos veinte años y tenía todo el aspecto de ser un viejo pariente del otro. En la parte más lejana de las cuadras, había un Rover blanco, frente al patio adoquinado. De la ventana posterior colgaba un conejito de juguete, sostenido por una cinta azul.

Anderson señaló hacia una ventana situada sobre lo que era posiblemente un almacén y que también daba al patio.

—Mi cuarto —dijo.

Todos esperaron que dijera algo más, pero no lo hizo.

—¿Y bien? —le apremió Claxby.

—Mi cuarto da al patio. Yo vi lo que ocurrió. La luz de las cuadras estaba encendida. Este es el coche —dijo, señalando el Rover blanco.

En este momento, el estómago de Maybridge empezó a retorcerse. Contempló el cielo y vio unas nubecillas vaporosas que resaltaban sobre el azul como alas de gaviota. Oyó que Claxby abría el maletero y después su exclamación reprimida. Maybridge bajó los ojos rápidamente, con lo que se evitó mirar el maletero. Allí, sobre los adoquines, había un pequeño charco oscuro que, a primera vista, podía parecer gasolina, pero no lo era. Levantó la vista cautelosamente, con los puños cerrados en sus bolsillos, y respiró profundamente varias veces.

El maletero no era muy grande, pero tampoco lo era

Christopher. Cabía cómodamente en él; de hecho, perfectamente, acurrucado en una posición fetal, apoyando la cabeza en sus rodillas. Su jersey, de un amarillo vistoso el día anterior, mostraba ahora manchas de color pardo. Había pegotes de sangre seca en sus cabellos y entre ellos se veían partículas de cráneo roto, como si fuera la concha aplastada de un molusco.

—Hace unos años, Grant salvó de la bancarrota a mi empresa de ingeniería —explicó Anderson.

En el contexto actual, pareció la observación más irrelevante jamás pronunciada ante un abismo. Los cuatro policías le miraron atónitamente.

—Tuve un pésimo momento en la bolsa —prosiguió.

Perdió la atención de su público al concentrarse todos de nuevo en el cadáver.

Claxby señaló hacia el espejo retrovisor. Sus bordes estaban manchados por una sangre que ahora parecía óxido.

—Pudo haberlo hecho esto... O pudo haberlo iniciado. Después, se produjo un ataque frenético. Fíjense en las magulladuras de la nuca; casi pueden verse las huellas dactilares.

—Era un hombre de considerable generosidad —persistió Anderson, como el anfitrión que pronuncia un discurso en una cena y al que nadie quiere escuchar. No podía oír lo que estaba diciendo Claxby, pero tenía la firme intención de que Claxby y los otros le escucharan. Elevó su voz varios decibelios—. Se necesitaba mucho tiempo para conocer a una persona. Exteriormente, Grant no era simpático, pero cuando llegaba el momento crítico hacía acto de presencia. Siempre estaré en deuda con él. No soy hombre que olvide viejas amistades. Para mí, la lealtad es la suprema virtud.

—¿De qué diablos cree estar hablando? —preguntó Claxby, irritado, a Maybridge.

Maybridge contestó con voz espesa, a través de la bilis que se acumulaba en el fondo de su garganta.

—Creo que trata de explicarnos que Grant hizo esto.

Indicó el cadáver. Había sangre coagulada en todas las zonas visibles de la piel; debió de brotar como un surtidor. A diferencia de Grant, Christopher, cuando fue atacado, gozaba de toda su vitalidad.

Claxby dirigió su atención a Anderson.

—¿Qué quiere decirnos?

—¿Qué?

Claxby alzó la voz.

—Está tratando de decirme algo. Yo le escucho.

Para Anderson, aquello fue como si un avión de caza cruzara la barrera del sonido. Con voz estentórea, salió en defensa de Grant.

—Organizó este seminario esperando que todos disfrutáramos con él, y lo atacaron por todos lados. Esa mujer inmoral y desagradable trajo a su crío. Lloyd Cooper se exhibió de la manera más desagradable. Su esposa y su secretario pregonaron a los cuatro vientos que se entendían. Lawrence Haydon hubiera debido arrodillarse y pedirle perdón por plagiar su libro, en vez de gimotear como un mártir. Y después, finalmente, Haydon — borracho e incapacitado— va y mata a su perro, y culpa a Grant de ello.

Como lista de heridas de menor cuantía resultaba bastante impresionante, pero Maybridge se preguntó cuál había sido el agente catalizador final.

—¿Trata de decirme que Grant asesinó a Christopher Haydon?
—le preguntó Claxby a gritos.

Parecía el estribillo de una danza macabra, pero Claxby captó el sentido y formuló de nuevo la pregunta.

Esta vez Anderson la oyó.

—No hubo premeditación. De haber vivido Grant, el veredicto hubiera sido homicidio con circunstancias atenuantes —Señaló de nuevo hacia la ventana—. Yo lo vi. Le hubiera servido como testigo de descargo.

Enunciando con perfecta claridad, Claxby le pidió que describiera exactamente lo que había visto.

En posesión ahora de la plena atención de su audiencia, Anderson pasó a los detalles.

—Yo iba a acostarme allí... En aquella habitación cuya ventana da a este patio.

»Lady Grant se ocupó de distribuir los dormitorios y a mí me dio el peor. Es un cuarto pequeño y sofocante, y para ir al baño hay que bajar un tramo de escalera. No me gustan los espacios confinados. No soy claustrofóbico, pero no puedo soportar una habitación demasiado pequeña. La única manera de conseguir más espacio era

abrir la ventana, aunque supusiera crear una corriente de aire. Se me habían enfriado los pies. Abandoné la cama para ponerme los calcetines y miré desde la ventana abierta, preguntándome si debía cerrarla o no. La luz del patio estaba encendida... Otra molestia, puesto que su resplandor llegaba a mi cuarto.

»Vi que Christopher Haydon se dirigía hacia su coche. Abrió la portezuela y entró. El motor no se ponía en marcha. Entonces vi que *sir* Godfrey salía de la casa y se encaminaba hacia su coche... Ese Bentley marrón que hay aquí. Vio que Haydon tenía problemas con el motor de su automóvil y se alejó del Bentley para acercarse a él... Probablemente, para preguntar si podía ayudarle. Era de esa clase de personas.

»Entonces Haydon se apeó. Llevaba algo en la mano. Tal vez algo con lo que golpear a *sir* Godfrey. Se encontraron al otro lado del coche y no pudo verlo con claridad. Lo que vi a continuación fue a *sir* Godfrey retrocediendo unos pasos, y a Christopher Haydon que parecía querer golpearle en el pecho con algo. Y entonces la paciencia de *sir* Godfrey cedió. Fue como el boxeador que decide darle una lección a un pendenciero de taberna. No creo que quisiera llegar tan lejos. No pudo contenerse. Agarró a Christopher Haydon por el cuello y empezó a sacudirlo. Haydon le soltó una patada en la entrepierna y entonces *sir* Godfrey perdió todo control. Estrelló la cabeza de Haydon contra el flanco del coche... En ese espejo, creo... Y después lo levantó y volvió a estamparlo contra él. Finalmente, lo soltó y Haydon se desplomó.

La cara de Anderson, normalmente pálida, mostraba ahora un vivo color rojizo, producido por la excitación. Profundamente trastornado por el recuerdo de los hechos, prosiguió con voz entrecortada:

—*Sir* Godfrey abrió el maletero del Rover, después recogió el cuerpo y lo metió allí... Tal como lo ven ahora. Siguió contemplando el coche durante dos o tres minutos, y después se arrodilló y miró debajo de él. Creo que encontró el arma y la arrojó hacia aquellos arbustos. A ustedes les corresponde encontrarla — Hizo una pausa y después, previendo que iban a hacerle preguntas, alzó las manos como para atajar los sonidos confusos que iban a producirse—. No... No, escuchen. No he terminado. Seguiré dándoles las respuestas de lo que desean preguntarme... Y así será

más fácil para todos.

Maybridge y Claxby nunca habían sido reducidos al silencio de un modo tan efectivo. Anderson contaba con una audiencia totalmente pendiente de sus palabras.

—Yo no supe qué hacer. Me senté en el borde de la cama y reflexioné. Hubiera sido un gesto de amistad, supongo, ir en busca de *sir* Godfrey para decirle que contaba con todo mi apoyo. Por otra parte, él debía de encontrarse en un terrible estado mental: confuso..., presa del remordimiento..., preocupado. Y en semejantes momentos se necesita estar solo. Pensé, también, que podía recurrir a usted, inspector jefe, ya que se encontraba en la casa. Pero no deseaba entrometerme. No se me ocurrió que él se entregaría a la rutina usual de inyectarse insulina. Había olvidado que la necesitaba. Esta mañana, cuando todos hablaban de que había sido envenenado, supe que estaban diciendo tonterías. Era un hombre demasiado fuerte y valiente para cometer un suicidio... aunque pudiera haber creído que tenía buenos motivos para ello. Creo que tomó demasiada insulina porque se encontraba en un estado de choque y no sabía lo que estaba haciendo. Esa mala pécora de su mujer, de haber sentido algo por él, debía haberle echado un vistazo para ver si se encontraba bien. Era un hombre solitario. Si yo hubiera ido a hablar con él, acaso se hubiese salvado.

Anderson contempló a su público como un penitente ante un tribunal de clérigos.

—Mi conciencia me atormenta —dijo.

Y antes de que nadie pudiera hacer el menor comentario, prosiguió:

—Cuando me enteré de lo de la mutilación, quedé horrorizado. Pensé que tal vez Lawrence Haydon había averiguado lo de la muerte de su hijo y se había vengado de ese modo tan espantoso. Pero cuando estuve más calmado, no pude creerlo. Puede que Lawrence Haydon gimotee sobre la acusación de plagio, pero no es capaz de emprender ningún otro tipo de acción. Darse de baja en el Club de la Guillotina de Oro era, más o menos, cuanto podía hacer. Es un hombrecillo patético. De haberse enterado de lo de su hijo, hubiera acudido llorando a la policía. Cuando comprendí que yo era la única persona que estaba enterado de la muerte de su hijo, no supe qué hacer. Solo supe lo que debería hacer —Habla

directamente a Claxby—. Debía decírselo a usted. Hay un dicho acerca de hablar bien de los muertos, y yo siempre lo he creído así. Creo que traté de allanar el camino diciéndoles todas las cosas buenas y positivas de *sir* Godfrey antes de divulgar lo único terrible que había de divulgarse. Esperaba que ustedes encontraran el cadáver en cualquier momento, pero no pensé que iban a necesitar tanto tiempo. Al empezar a preguntarle a su padre sobre él, fue cuando supe que tenía que hablar. Temía que su padre saliera con ustedes y viera el cadáver antes de que pudieran hacer algo para que su aspecto no resultara tan macabro. Ustedes debían saberlo. Sin embargo... —añadió con tono acusador—, había que obligarles a escuchar.

Contempló sus manos.

—Buscarán huellas dactilares en el coche, desde luego. Obtendrán las huellas de *sir* Godfrey. Y si quieren hacer su trabajo como es debido, también me tomarán las huellas a mí. Pude haberlo hecho yo, y cargarle la culpa a *sir* Godfrey. Si fuera una de mis novelas, probablemente la escribiría en este sentido. Y les he dicho toda la verdad. Y lamento más lo sucedido de lo que puedan ustedes imaginar. Un buen hombre, muy atacado por los demás, cometió un acto de violencia... después de una grave provocación. No lo condeno.

Como discurso final, pensó Maybridge, no había estado mal. En su fuero interno, no tenía la mayor duda de que aquello era verdad. Grant, enloquecido por la ira, había asesinado a Christopher Haydon, y después, anonadado y arrepentido, se había suicidado. Pero ¿por qué en nombre de Dios, había escrito aquella nota retadora y la había pegado con cinta adhesiva a la cabecera de la cama, antes de administrarse la sobredosis? Cualquier hombre tan desesperado como él se hubiera puesto la inyección y tendido en la cama para morir en ella miserablemente.

Volvió a contemplar el cadáver, ahora con algo menos de cautela, puesto que ya se estaba acostumbrando a él. Se preguntó qué pudo haber dicho Christopher para que Grant perdiera de aquella manera los estribos. Para que Grant le hubiera golpeado como si fuera un muñeco de trapo.

Claxby estaba hablando, claramente y poco a poco, a Anderson, para informarle de que tenía que presentar declaración.

—Desde luego —contestó Anderson irritado, desde luego... Claro... adelante... No tendría sentido perder más tiempo.

Y se alejó por el patio.

Claxby, todavía no dispuesto a marcharse, ordenó a Barker que acompañara a Anderson.

—Dentro de un momento me reuniré con ustedes —Se volvió hacia Maybridge—. ¿Un arma? ¿Cree que es probable?

Maybridge estaba recordando la pequeña caja gris de la velada anterior. Lawrence había bromeado amargamente, hablando de pistolas de duelo, de una Luger o de una pequeña bomba incendiaria.

—No debería costar mucho encontrarla.

Empezaron a buscar entre los macizos de hortensias, que crecían en abundancia a lo largo de un ángulo de la tapia que separaba el patio del jardín de la cocina. Algunos desechos del patio habían sido llevados hasta allí por el viento. Había envoltorios de caramelos, una bolsa de patatas fritas medio vacía, un pañuelo viejo y roto, y una especie de juguete infantil... solo que no lo era.

Lo encontró Radwell. La caja gris había aterrizado en dos mitades separadas, y el pequeño objeto dorado descansaba sobre unas delgadas ramitas en la base de la planta.

—No te burles —citó Maybridge en voz baja—, creyendo que a ti no te asesinaran.

Supuso que lo había construido el propio Christopher Haydon. Dudaba de que el mayor, con sus manos afectadas por la artritis, hubiera tenido tanta paciencia... o destreza.

—Pero ¿qué es?

Claxby, apartando con cuidado las hojas de la hortensia, lo miraba fijamente.

—Es una guillotina —dijo Maybridge—, construida con madera contrachapada y decorada con pintura dorada. La figura que hay bajo la hoja ha sido hecha con unos limpiapipas, la sangre del cuello es una gota de lacre... y los cabellos blancos han sido confeccionados con algodón.

—¿Quiere decir que a Grant le entregaron una efigie suya y se mató a causa de ello?

El asombro había puesto una nota chillona en la voz de Claxby.

—Mucho me temo que sí —contestó Maybridge—. En este caso,

la clásica última gota de agua fue un instrumento muy mortífero.

11

ES IMPOSIBLE mantener oculta la noticia de dos cadáveres, uno asesinado y el otro mutilado, oculta ante el público lector durante más de un día. También es imposible encarcelar a treinta escritores de novelas policíacas en un edificio universitario, utilizado con fines docentes. Los estudiantes necesitaban entrar en él. Y los escritores de novelas policíacas, por diversas razones, necesitaban salir de allí. Rendcome, el jefe de policía, se trasladó a St. Quentin para estudiar la situación y decidir cuál era la mejor solución. El policía a cargo de las relaciones con la prensa necesitaría toda la habilidad de un político para manejar esta cuestión, pero Rendcome le dijo que hiciera cuanto pudiera.

—No se extienda demasiado. Divulgue tan solo que fue una cosa repentina. Y no relacione todavía a Grant con Christopher Haydon. Dígales que mañana habrá una rueda de prensa. Para entonces, tal vez sepamos más cosas.

Cuando un cadáver ha sido asesinado por otro, se reducen los gastos de un juicio, lo que no dejaba de ser una pequeña bonificación. Pero en este caso, había tantas bonificaciones que la ecuación se negaba a cuadrar. La nota retadora dirigida por Grant a Maybridge y la mutilación eran los dos rompecabezas restantes que nadie parecía capaz de resolver. Por supuesto, Grant había escrito la nota y también había asesinado a Haydon. Y Grant tenía suficientes conocimientos de la ciencia forense para saber que no ofrecía al inspector jefe Maybridge un misterio insoluble... Por tanto, ¿por qué desafiarse al respecto? Dadas las circunstancias, ¿por qué

pensar, precisamente, en Maybridge? ¿Qué clase de conferencia vitriólica había pronunciado el responsable Maybridge para merecer esa represalia tan absurda? Rendcome se lo preguntó y escuchó la respuesta con cierta incredulidad.

—De ahora en adelante —le advirtió—, evitará usted todas las reuniones literarias como si fueran la peste.

Bien mirada, esta censura fue suave. Pudo haber sido mucho peor.

Claxby seguía hirviendo en su interior. Había pasado todo un día exasperante y se sentía cansado. Deseaba que la cuestión de la mutilación fuese archivada discretamente y olvidada, pero, desde luego, no había ni que pensar en ello. Tenía todos los nombres y direcciones de los sospechosos. Tenía sus huellas dactilares en las tarjetas. De momento, ninguna huella podía vincularse claramente con el espetón. Había varias huellas borrosas en la nota escrita por Grant, pero la mayoría eran suyas. Rendcome le dijo que la cuestión principal eran las dos muertes y que estas debían ser tratadas rutinariamente, de acuerdo con las mejores capacidades de cada uno. La mutilación presentaba más problemas y tal vez exigiera más tiempo. Era una lástima, añadió secamente, que *sir* Godfrey no pudiera tener el entierro que se le hubiera dedicado en diferentes circunstancias. A Grant le gustaba la gloria, y Rendcome le había conocido bastante a fondo.

Claxby pidió a Maybridge que reuniera a los autores y les dijera que podían llenar sus maletas y largarse.

—Sin embargo, recuérdelos que pueden ser llamados de nuevo en cualquier momento.

Claxby se disponía a acompañar a *lady* Grant a la jefatura de policía, para que allí hiciera su declaración. Estaba ahora seguro de que nada tenía que ver con la sobredosis de su marido, pero aun así la declaración tenía que ser firmada. Había recibido la noticia de la muerte de Haydon —y la de que su marido había sido el causante de ella— con una calma férrea, pero la reacción del mayor la había trastornado profundamente. El anciano se había echado a llorar y *lady* Grant le había consolado entre sus brazos. En ese momento, Claxby sintió una cierta simpatía por ella, aunque era evidente que Brian Anderson no compartía este sentimiento. Su antagonismo, mientras miraba cómo ella reconfortaba al mayor, le retorció las

facciones e hizo aparecer profundos surcos de desaprobación. La perspectiva de conducir a los tres en el coche de la policía no complacía ni mucho menos a Claxby, pero era preciso tomarles declaración, y Lawrence Haydon tenía que hacer una identificación positiva.

Maybridge se las arregló para ver a Fay antes de que esta partiera con Claxby. El encuentro fue fortuito. Estaba en la cocina pagando a los sirvientes, cuando él pasó casualmente por allí. Se detuvo ante la puerta y, al verle, Fay le sugirió tomar un café.

—Si es que tengo tiempo para ello —añadió—. El superintendente nació para su oficio. Cuando vino al mundo, ya llevaba unas esposas. ¿Es muy atrevido por mi parte hacerle esperar?

Maybridge sonrió.

—Acepto la responsabilidad.

Se prepararon dos tazas de café y se sentaron para beberlo en silencio. Él tenía ganas de decirle cuánto lamentaba que tuviera que padecer la carga adicional de conocer la culpabilidad de Grant, pero no sabía cómo plantearlo sin conseguir que el evidente dolor que sentía ella se hiciera todavía más insoportable al tratar aquel punto. Por su parte, ella quería decirle que su afecto y su apoyo la estaban ayudando más de lo que él pudiera suponer, que le agradaba como persona, pero que, tal como iban las cosas, no era probable que volvieran a verse nunca más.

Él le pasó el azúcar.

—El café de su seminario es mejor que el brebaje que le darán en la jefatura de policía.

—Si me ofrecen algo, pediré té.

—Es que todavía es mucho peor.

Fay sorbió su café, mirándole por encima del borde de la taza, con su mirada trastornada.

—¿Cómo se puede ayudar a Lawrence Haydon?

—No se me ocurre nada.

—Ha sido una cosa horrorosa.

—Sí, en todos los sentidos.

Le ofreció un cigarrillo y lo rehusó, pero él encendió uno e inhaló profundamente el humo.

Fay le preguntó cuándo regresaría de América su esposa.

—Pronto, pero no todavía.

—Es una mujer con suerte.

—La suerte es mía.

Fay supo que él hablaba con sinceridad. Bebió su café y se levantó. Él se dirigió hacia la puerta con ella y vio que Dwight Connors estaba esperando junto a la sala de conferencias. Supuso que ambos querían hablar en privado antes de que ella se marchase con Claxby.

—Será mejor que me marche —dijo ella.

—Sí.

Maybridge extendió la mano en un gesto anticuado. Algo sorprendida por la cortesía, ella tendió la suya y se las estrecharon con gran formalidad.

—Gracias por todo —dijo ella— y lamento lo ocurrido.

Más o menos, no dejaba de ser un resumen de lo que pensaba.

Connors había pedido a los escritores que se reunieran en la sala de conferencias para que Maybridge pudiera hablarles por tercera y última vez. Observó que el doctor Crofton había regresado. Era de suponer que la urgencia hospitalaria, si es que había existido, había quedado ya solucionada.

Les dijo que la muerte de Grant había sido causada por una hipoglucemia grave, a consecuencia de una sobredosis de insulina... probablemente administrada por él mismo. Dijo que Christopher Haydon había sido encontrado muerto, pero no aclaró dónde, ni cómo.

Sospechó que, de todas maneras, ya lo sabían. Les explicó que podían ser convocados más tarde para ayudar a la policía en sus investigaciones.

—Y creo —concluyó— que esto es todo.

—Ni mucho menos —exclamó Sandy Crofton desde el fondo de la sala—. ¿Qué nos dice de aquella fea e incruenta operación quirúrgica efectuada con el espetón?

Tal vez tú seas el responsable de ella, pensó Maybridge. ¿Quién mejor calificado que él? Probablemente, se había necesitado una cierta habilidad para encontrar la arteria carótida... Unos conocimientos prácticos de anatomía. Dijo que la policía seguía investigando este punto.

Sin embargo, el doctor Crofton insistió jovialmente:

—Debería avergonzarles. Muriel Slocombe lo hubiera resuelto en menos de diez minutos. Pero supongo que esto es hablar por hablar. Ya que estoy aquí, ¿puedo subir al escenario y recoger la cubierta de mi libro?

—No faltaría más —contestó Maybridge.

La petición de Crofton le había removido la memoria: necesitaba poner en orden otros detalles tediosos. Recordó que había manuscritos en el despacho y que él había cerrado la puerta con llave.

—Aquellos de ustedes que tengan que recoger sus trabajos, que vengan conmigo.

Cinco de los escritores noveles encontraron sus labores literarias y se marcharon. No así el sexto. Era un hombre bajo y rechoncho, con ojos de perro basset y una barba gris bien recortada. Su profesión era la de contable, explicó a Maybridge, como si contrapesara la demencia de escribir libros.

—Me llamo Pringle —continuó el hombre barbudo, al parecer sin inmutarse por la falta de respuesta en Maybridge—. Está escrito en la carpeta que contiene el manuscrito.

—¿Sí? —dijo Maybridge, mirándole con algo más de interés.

Barker había analizado la escritura de Pringle. No era un hombre petulante y quizá padeciera una enfermedad leve, tal había sido su veredicto. Tenía algo que ver con su manera de escribir la letra F.

Pringle no le había parecido enfermo unos minutos antes, pero ahora se mostraba muy trastornado. Explicó que había enviado su manuscrito a Grant una semana antes, y que Grant le había dicho que quería comentarlo con él cuando tuviera tiempo, y que lo tenía en su despacho.

—Pero no está aquí.

—Dígaselo a Dwight Connors —sugirió Maybridge con impaciencia—. Él trabaja como secretario. Que yo sepa, todavía lo encontrará en la sala de conferencias.

—Mi manuscrito es mi salvavidas —explicó Pringle con desesperación—. Ha sido mi única finalidad en la vida durante los últimos seis meses. No podría soportar su pérdida.

De pronto, Maybridge pensó en el cuerpo maltrecho de Christopher, con su jersey de vivo color amarillo manchado de

sangre, y en la bien formada garganta de Grant atravesada de parte a parte.

—Lástima —dijo sin la menor compasión.

—Usted no lo comprende.

Había acusación en el tono de Pringle.

—Estoy seguro de que Connors lo comprenderá. Lleva suficiente tiempo tratando con la macabra mentalidad colectiva de ustedes, los productores de ficción criminal, como para haberles tomado las medidas. Y ahora, si quiere excusarme, tengo que hacer otras cosas.

(Como por ejemplo meter mi pijama en el maletín). Abrió la puerta y Pringle, como un perro basset al que se le propinara injustamente un puntapié, salió del despacho.

Una vez arriba, Maybridge contempló su pequeña habitación, alegrándose de que no tuviera que pasar otra noche en ella. Abandonaba St. Quentin con una profunda sensación de derrota, con el rompecabezas tan solo resuelto a medias. No era hombre indebidamente ambicioso, pero no había imaginado que sus perspectivas de ascenso terminaran de un modo tan brusco. Como si hubieran recibido una estocada, como la garganta de Grant.

Sentía su cabeza confusa y necesitaba tomar el aire. Anochece ya, pero decidió dar un último paseo alrededor de la finca. Frente al edificio, Maybridge vio a Kate Cooper sentada ante el volante de su Austin Cambridge, mientras Lloyd y Scott Wilson metían en el maletero el cochecillo plegable de Ulysses y otros componentes del equipo del pequeño. Bonny entregó el niño a Lloyd para que lo sostuviera. Ulysses, al que evidentemente no le impresionaban las cicatrices de Lloyd, golpeó con su puño regordete su oreja, mientras su madre y Scott se besaban prolongada e íntimamente. Maybridge se preguntó si se trataba de una despedida o bien de un preludio.

Trevor Martin fue el siguiente en marcharse. Era propietario de un Porsche antiguo, pero todavía impresionante. Probablemente lo había comprado de segunda mano, pensó Maybridge, puesto que su salario como maestro no podía permitirle la adquisición de uno nuevo. Lo puso en marcha nerviosamente, dando al acelerador breves impulsos, impaciente por alejarse de allí.

El doctor Crofton conducía un vetusto dos plazas, que apenas bastaba para dar cobijo a su corpulenta personalidad. Daba la impresión de que, si el coche se desmontaba bajo él, era capaz de

envolverse con el vehículo, como si se tratara de un abrigo, y llevárselo a su casa. Vio a Maybridge de pie ante el seto y alzó la mano en un saludo burlón.

Maybridge se limitó a inclinar la cabeza. Se mantuvo allí hasta que casi todos los coches, conducidos por sus dueños, gente inspirada por el asesinato, se hubieron marchado. Pensó, no sin rencor, que aquello era como si se abrieran las verjas del manicomio de Parkhurst para dejar salir a sus huéspedes.

En contraste con su talante, aquel atardecer resultaba muy agradable. Había en el aire una nota a la vez dulce y acre, debida al olor de las flores y de algo que estaban quemando. Leves volutas de humo gris se enroscaban al ascender hacia un cielo cada vez más oscuro, y Maybridge, movido por la curiosidad, quiso averiguar el origen del fuego, quiso ver quién lo había encendido, si es que el fuego era obra de alguien. Una puerta de las caballerizas conducía al bien cuidado jardín de la cocina, en el cual había un incinerador portátil sobre una losa de hormigón, lleno de papeles hasta desbordar.

Cora Larsbury, con una horca en la mano, alzaba cuidadosamente las capas superiores de papel para que el fuego que consumía las otras tuviera suficiente aire. Las llamas se alzaban, parecían apagarse y volvían a levantarse de nuevo. Trozos de papel medio carbonizados, ligeros como mariposas, aleteaban suavemente en el aire. Cora se alejaba del incinerador cuando las llamas se tornaban demasiado amenazadoras, y, con cautela, añadía más papel cuando parecían apagarse. Como si asistiera a un rito pagano, estaba totalmente absorta en su tarea. Maybridge pensó que la escena resultaba fascinante y guardó silencio mientras seguía contemplándola. Al volverse para sacar más combustible de una bolsa de lona depositada en el camino, Cora advirtió su presencia. El humo había enrojecido sus ojos y sus manos estaban tiznadas. Vestía un blusón de color rosado y una falda, gruesos calcetines grises y zapatos de suela recia. Se había limpiado las manos con la falda y también la había tiznado. Su aspecto era el de una anciana chiflada pero satisfecha, que jugara peligrosamente con un elemento incontrolable.

Le dirigió una sonrisa.

—Buenas tardes, inspector jefe.

Él le devolvió el saludo y avanzó a través del jardín. Detrás suyo, la puerta metálica se cerró ruidosamente. Al otro lado de la tapia podía escucharse la puesta en marcha de motores de coche, al retirar el equipo forense el automóvil del asesinato. Y después solo pudo oír el seco crepitar del papel, los ocasionales resoplidos de la llama y el ruido metálico de la horca de Cora cuando chocaba contra el incinerador.

—Maravilloso, ¿verdad? —comentó ella.

—Sí, pero tenga cuidado.

—Agni... Agni... Agni —canturreó Cora—; Surya... Surya... Surya.

Maybridge nada sabía acerca de los arios vedas y su adoración de las deidades de la naturaleza. Cora sabía muy poco al respecto, pero había oído algo acerca de los mantras y le gustaban las palabras. Le tradujo:

—Agni es fuego, Surya es el sol. Hinduismo, ya sabe. El veda es la tradición sagrada. Lo utilicé en un libro sobre la India.

—¿Se ha publicado? —preguntó imprudentemente Maybridge.

Sus ojos se entrecerraron, pero no contestó.

El sol había desaparecido y la luna estaba oculta detrás de unas nubes, pero las llamas iluminaban el jardín con un suave resplandor anaranjado. Cora se apoyó en la horca de jardinero, contemplando el fuego, y después empezó a balancearse de un lado a otro, como en una danza ritual.

—Agni... Agni... Agni...

Maybridge recordó sus palabras del día anterior, acerca de la inexistencia y de las áridas llanuras del aburrimiento. Preguntóse si se encontraba ante una maníaca de tipo depresivo. Sus cambios de talante eran extremos. Barker había resumido muy bien su personalidad... como también la de Pringle.

Se preguntó de quién era el manuscrito que se estaba quemando y le habló del que había perdido Pringle.

—Estaba muy trastornado.

—¡Pobrecillo!

Cora sonrió perversamente. Se dirigió hacia la bolsa de lona, extrajo de ella un fajo de páginas manuscritas, lo colocó sobre la horca y lo arrojó al incinerador. Bajo su peso, las llamas parecieron extinguirse, pero en seguida prendieron en los bordes y se alzaron

de nuevo, rugientes y proyectando cenizas al aire.

Maybridge comprendió que debía proceder con mucho cuidado. Sin alzar la voz, preguntó cuánto tiempo se necesitaba para escribir un libro.

—Muchísimo, inspector jefe. Lo confeccionamos en nuestra cabeza... cuando vamos de compras, cuando conducimos el coche, cuando cuidamos el jardín, e incluso en la bañera. Y después, lo escribimos sobre papel —Se acercó a las llamas y las atizó, alzando un grueso de papeles con la horca—. Mi novela me llevó casi un año. Hace dos años, fui a Egipto con mi marido y creí que aquel era el escenario perfecto. Mis personajes son como espejismos del desierto hechos carne —Se tocó su blusón rosado con los dedos ennegrecidos, señalando la región de su corazón—. Están aquí... y también están aquí —se tocó la frente—. Pero, sobre todo, están allí... tan vivos como usted y yo.

—¿De veras? —dijo Maybridge. Se preguntó qué carne viva literaria estaba ella sacrificando a Agni con tan evidente satisfacción—. ¿Es un libro lo que está quemando ahora?

Sus ojos brillaron a la luz de la fogata.

—Solo basura, inspector jefe. Nada importante.

—A mí me parece un manuscrito —insistió él.

—Dentro de un minuto ya no lo será. Está ardiendo magníficamente.

—Pringle —le dijo Maybridge— comparó su manuscrito con un salvavidas.

—Utilizamos muchos símiles —replicó ella, mordiéndose los labios para abortar una sonrisa.

—También dijo que era su única finalidad en la vida.

—Vaya, veo que tuvieron toda una conversación.

—Dijo que se lo había entregado a Grant y que este tenía la intención de hablarle al respecto.

—Este hablar en pasado me entristece —dijo Cora sin ninguna tristeza en su boca.

Maybridge se sentó en el borde de una carretilla cargada con leña recién cortada, lejos del incinerador. Había en su boca un sabor amargo y los ojos le escocían.

No había mostrado la menor paciencia con Pringle, pero no dejaba de ser duro que su libro fuese quemado. Sentado allí, podía

ver ahora el contenido de la bolsa de lona. El manuscrito que Cora estaba quemando había sido mecanografiado sobre un papel de color crema pálido. La horca acababa de llevarse el último capítulo. Ahora, a la vista, sobre el contenido de la bolsa, había la página de otro manuscrito mecanografiado sobre papel blanco. Las saltarinas llamas proporcionaban tanta luz como una antorcha y pudo ver el título, *Muerte en el desierto*, y escrito debajo de él: «por Cora Larsbury». Y escrito a mano, a través del borde de la página, pudo leer también, en la enérgica caligrafía de Grant: «*Mi querida Cora, ¿por qué empeñarte en ello? No serías capaz de matar una mosca cautiva con un mazo, y mucho menos de escribir una novela de misterio que llegara a venderse*». El texto seguía. Maybridge cargó su peso sobre la pierna derecha y se colocó cómodamente para poder seguir leyendo.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo Cora a media voz—, si no le importa.

Maybridge estuvo a punto de perder el equilibrio y la carretilla se inclinó en un ángulo alarmante antes de que pudiera enderezarla. Ella se le había acercado en silencio, con la horca en la mano. Con su pelo blanco y rizado, y sus mejillas arrugadas, tenía la cara de una abuela dispuesta a dirigir una reprimenda, pero Maybridge notó también la amenaza de una voluntad enérgica y retorcida. Ya no había en la anciana señales de euforia.

—Le ruego que me perdone —se excusó.

—No es fácil perdonar comentarios como este —dijo ella con amargura.

—Yo ya lo he olvidado —mintió él con galantería.

Ella seguía mirándole y él correspondió vacilante a esta mirada. La horca tenía un aspecto formidable y comprendió que se sentiría más seguro si se ponía de pie.

En cierta ocasión, le habían arrimado a una pared hurgándole en las costillas con un revólver del calibre treinta y ocho. Hablando, había conseguido salir del atolladero. Era de sentido común procurar no encontrarse en situaciones de vulnerabilidad. Se levantó y sugirió que tal vez a ella le convendría sentarse.

—Deme la horca. Yo le atizaré el fuego, para que siga ardiendo.

Al principio, ella no pareció muy dispuesta a entregar su arma, pero Maybridge siguió sonriéndole con paciencia y esperó hasta que

se la entregó. Ayudó a las llamas a acabar con el manuscrito de Pringle y después clavó la horca en el suelo, detrás del incinerador, y volvió junto a la anciana.

—Ya no queda nada.

—Está bien —dijo ella.

El humo se había disipado un tanto y Maybridge deseó fumar un cigarrillo. Sacó uno del paquete y lo encendió con una cerilla, puesto que su encendedor ya no tenía gas.

—Yo también fumaré uno —dijo ella.

Maybridge se lo encendió. Las manos de Cora eran pequeñas y regordetas, con las uñas bastante descuidadas, y la anciana sostenía el cigarrillo con las puntas del índice y el pulgar, como si fuera una pluma estilográfica. Maybridge dedujo que hacía mucho tiempo que no fumaba. Tampoco parecía que le agradara hacerlo. Buscaba tan solo un apoyo en ello.

—Puedo aceptar una crítica constructiva —dijo finalmente—, pero no de esta clase. Fue como un golpe para mí.

—Brutal, desde luego —concedió Maybridge—. La burla de una mente mezquina.

Ella le miró con dureza.

—No es necesario que me compadezca, inspector jefe.

Él explicó que se trataba de un comentario sincero. La mentira le salió suavemente, aunque no estuviera seguro de cómo había de manejarla, ya que nadie se aventura a través del hielo con unas botas claveteadas. Sugirió que tal vez ella quisiera hablarle a fondo del asunto.

—¿Se refiere al manuscrito de Pringle?

Si así lo deseaba ella...

—Sí.

Cora aspiró con visible desagrado el humo de su cigarrillo.

—Él y yo comenzamos a escribir casi al mismo tiempo. Él no produjo nada que fuese particularmente brillante, pero esta vez, según *sir* Godfrey, su esfuerzo fue muy fructífero. Lo mencionó ante un grupo en el que me encontraba yo, cuando admirábamos las cubiertas expuestas en el escenario. Dijo que el año próximo el libro de Pringle bien podía ser publicado e incluido en la lista para el premio.

Contempló el fuego ya moribundo. Las llamas prendieron en

unas ramitas en la base del incinerador y, reavivadas, danzaron entre chasquidos.

—Yo tenía curiosidad por leerlo, pero la única manera de conseguir su manuscrito, y también el mío, era sacarlo del despacho de *sir* Godfrey cuando todos estuvieran acostados. La primera vez que traté de conseguirlos, tuve que retirarme a mi habitación, puesto que *sir* Godfrey y los Haydon estaban discutiendo en el vestíbulo. Esperé media hora y después lo intenté de nuevo. Esta vez no había nadie allí.

Maybridge le preguntó cuánto tiempo había necesitado para leerlo.

—Desde luego, no lo leí todo, inspector jefe; solo lo bastante para saber que no merecía ni la mitad de las alabanzas anotadas en él: «Magníficas observaciones, aguda percepción, una trama excelente», etcétera. Y para que el contraste con el mío resultara más obvio, había la escritura que él había utilizado en estas observaciones. Pringle no tiene buena visión, puesto que padece cataratas, y por lo tanto estas observaciones habían sido cuidadosamente escritas con una letra muy clara. En mi manuscrito, los comentarios fueron garrapateados... Usted mismo ha podido verlo..., como si ni siquiera mereciera la pena escribirlos como es debido.

Se quitó una hebra de tabaco de la comisura de la boca, frunciendo los labios en una mueca de repugnancia.

—En mi opinión, alabó excesivamente una novela muy ordinaria, escrita por un hombre sin gran talento literario... Pero muy capacitado en cuestiones financieras. De hecho, su contable. Pringle manejaba la contabilidad de Grant... Y probablemente le ayudaba a falsear su declaración de renta. Tú haces que aumente mi capital y yo haré que publiquen tu libro... Más o menos, ese tipo de arreglo.

Recurriendo a todo su tacto, Maybridge dijo que era lo más probable.

—Y lo que más me indignó —confesó Cora—, fue la nota que había prendido con un clip en la primera página. La había escrito con letras grandes, para que Pringle pudiera leerla con facilidad, antes de entregarle el manuscrito. Quería que usted leyera el libro y que después adjudicara el asesinato a quien lo cometió, si es que

podía hacerlo —Le miró con una sonrisa aviesa—. Usted y el superintendente Claxby han demostrado ser muy lentos.

De mala gana, Maybridge asintió, y seguidamente le preguntó qué ocurrió después.

Ella se sonrojó.

—No podía olvidar su comentario despreciativo, tan poco amable, acerca de que yo no era capaz de matar una mosca. Lo consideré como un desafío.

—¿Y cuál fue su respuesta? —le apremió Maybridge.

Ella lo describió gráficamente: guantes de goma sacados del cajón de la cocina... un espetón porque resultaba fácil utilizarlo... y Grant convenientemente tendido en su cama.

—Pero lo más irónico de la situación —quejóse ella—, es que ya estaba muerto.

—Insulina —le dijo Maybridge—. Probablemente administrada por él mismo.

—¡El muy hijo de puta! —contestó Cora.

Muy suavemente, a lo lejos, se inició el tañido de una campana de iglesia. Maybridge recordó que era una tarde de domingo. La gente se encaminaba hacia la iglesia. El órgano emitía una música apaciguadora. Las ancianas rezaban.

—Después de atravesarlo con el espetón —dijo Cora—, coloqué esa nota sobre el cadáver —Dejó caer su cigarrillo a medio fumar y se levantó—. Y esto es todo —añadió—. Usted me lo ha preguntado, y ahora ya lo sabe.

Maybridge le dio las gracias por habérselo contado.

—Tendrá que explicárselo también al superintendente. Necesitará una declaración oficial.

—Claro —asintió Cora—. Conozco bien el procedimiento. Sin embargo, les he engañado durante un buen rato, ¿no es así? ¿Verdad que ahora me atribuirán una cierta inteligencia?

Maybridge le aseguró que les había engañado con una astucia ciertamente preclara.

—Más tarde, debe usted tratar de escribir un libro con eso —agregó muy serio.

—Es usted muy amable —respondió, casi benévolamente—. Ya sabe que yo no le causaré ningún daño.

Maybridge se acercó al fuego para comprobar si estaba bien

apagado, sin posibilidad de reavivarse e incendiar St. Quentin, pese a que no le tuviera el menor afecto a aquel lugar.

Cuando volvió junto a la anciana, esta se estaba sacudiendo la falda con sus manos tiznadas, con lo que empeoraba todavía más su estado. Se ofreció para llevarle la bolsa, pero ella rehusó. Su preciado manuscrito, de valor incalculable, se encontraba dentro. Le preguntó, tan casualmente como le fue posible, si alguna vez había estado en un hospital y ella le contestó que hacía algún tiempo le habían implantado una prótesis en la cadera. Sin embargo, no era esta la clase de hospital en que él estaba pensando.

Había oscurecido del todo y ella se apoyó en su brazo para evitar un tropezón mientras salían del jardín de la cocina y, rodeando el edificio, se dirigían hacia el aparcamiento de coches en la parte frontal. Cora tuvo que entrar para recoger su abrigo y su maleta, y Maybridge le dijo que la acompañaría.

—En realidad, no es necesario, inspector jefe. No pienso escaparme.

—Ni siquiera se me ha ocurrido —mintió él—, pero tal vez no quede nadie ahora en la casa y es posible que hayan apagado todas las luces. No quiero que se caiga, y puedo ayudarla a transportar su maleta.

Tenía su equipaje casi hecho, pero todavía quedaban unos pocos objetos personales sobre la mesa tocador. Maybridge se fijó en una fotografía de un muchacho ya adolescente y una niña de unos diez años. Los dos tenían los cabellos oscuros y rizados, y habían posado con unas sonrisas entusiásticas.

Cora explicó que eran sus nietos y habló de ellos con orgullo. Por primera vez, Maybridge la compadeció... y también a sus nietos.

—Una pareja muy simpática —comentó.

Bajó su maleta y ella le siguió con la bolsa de lona. Quedaban en el camino de entrada dos coches, un Mercedes opulento y un pequeño utilitario. Cora se dirigió al Mercedes y abrió la puerta.

—Puede conducir usted, si quiere —le ofreció—. A mí no me importa.

—¿Este coche es el suyo? —preguntó, puesto que se encaminaba ya hacia el utilitario.

—Mi marido no me permite utilizar el Rolls —se quejó Cora

amargamente—. En muchos aspectos, es un hombre muy mezquino.
Maybridge la miró, estupefacto.

—¿Tiene usted un Mercedes y un Rolls, y sin embargo desea escribir un libro?

Ella contestó con dignidad:

—He escrito varios libros, inspector. Ninguno de ellos ha sido publicado. Daría mi Mercedes... o mi Rolls... todo lo que tengo, para ver publicados mis libros —Observó su opresión de desconcierto y añadió, como Pringle había hecho antes—: Pero no lo comprendería.

Epílogo

CINCO MESES DESPUÉS del seminario, Maybridge fue a pasar sus vacaciones con Meg en los Alpes Julianos. La elección del lugar había sido cosa de Meg, influenciada por el librito que Barker había escrito sobre Yugoslavia y que acababa de ser publicado. El hecho de que Barker y su opúsculo tendieran a recordar a Maybridge el seminario que él trataba afanosamente de olvidar, era desafortunado, pero nada podía hacerse. Meg era muy aficionada al esquí y nunca había estado en esa región. Ansiaba ir. Más tarde — había prometido a Maybridge—, a fines del verano, irían a una playa llana, calurosa y aburrida, para tumbarse y empaparse de sol.

Para Maybridge, aburrirse era infinitamente mejor que desafiar a la muerte en las laderas de las montañas. Él no esquiaba ni tenía el menor deseo de intentarlo. Cuando Meg salía, él pasaba el tiempo en el hotel leyendo, o paseando por lugares seguros, cubiertos por nieve bien apisonada. Se había traído unos prismáticos, pero no los utilizaba. Había muchos anoraks de color rojo vivo como el de Meg, y los chiflados que lucían prendas idénticas y del mismo color, asumían todos ellos tremendos riesgos montanos. Si uno de ellos era su esposa, prefería no saberlo.

A Meg, que lo adivinaba, le costó explicarle lo del accidente, pero era forzoso informarle antes de que otros se lo contaran. Eligió el mejor momento, cuando se sentía apaciguado después de una buena cena regada por un Karlovacki Bermet con sabor a almendras.

—Esta mañana, una de las esquiadoras ha sufrido un percance

—le dijo—. Bueno... para decirlo sin circunloquios, ha muerto.

—¡Jesús!

Puso la mano sobre las suyas, bruscamente, presa de un súbito temor. ¿Por qué diablos habían ido los dos allí?

Ella movió los dedos bajo su presa y sonrió.

—Ya lo ves —dijo—, yo estoy aquí. No tienes motivo para apretarme con tanta fuerza. No me ha ocurrido a mí.

—Es un pasatiempo propio de locos.

—No, si se tiene cuidado.

—Pronto cumplirás los cincuenta.

—¿Y esto qué tiene que ver? Esa mujer...

—No me importa ninguna mujer... Si una quiere matarse, es cosa suya. La única que me preocupa eres tú.

Meg persistió.

—Tal vez conocieras a esa mujer. Yo estaba con las demás esquiadoras de mi grupo cuando bajaron su cadáver. Algunos esquiadores la conocían... y también a su marido. Estuvo casada con *sir* Geoffrey Grant.

Maybridge retiró lentamente la mano. A pesar del cálido ambiente del comedor del hotel, sentía frío. La impresión extinguió todos los ruidos a su alrededor. El mundo exterior, y también el que le rodeaba, estaba blanco y silencioso, hecho de hielo. No había visto a Fay desde el seminario. Pocas veces había pensado en ella. Pudo haber asistido al entierro de Grant, pero no lo creyó oportuno. No buscaban al asesino de Grant. Había puesto fin a su vida, sumido en un estado de *shock*, después de haber asesinado a Haydon. No había razón alguna para pensar en otras probabilidades. Y de haberla habido, no había ninguna prueba, nada a qué agarrarse.

Y sin embargo, lo había hecho Connors, consiguiendo con ello el botín..., y ahora el miserable había matado a Fay.

Ignoraba que la rabia le había moteado la cara, y que el sudor bañaba su frente.

Meg le miró con curiosidad. No tenía la intención de inducirlo a error. Supo que estaba pensando en la otra.

—Es la primera señora Grant —explicó—, la que estuvo casada con él antes de que recibiera el título. Estaban divorciados. Ahora, es la señora Martin. Se casó con uno de los escritores poco después de morir su marido.

Le fue imposible ocultar su sensación de alivio. La sala volvía a ser la de siempre. Llena de luz y de calor.

Meg asintió con la cabeza, como si se autoconvenciera. No se había engañado. Aquella mujer había agradado a su marido. Y mucho. Sin embargo, carecía de importancia... ya que su amor solo se lo dedicaba a ella.

—Creo que se llamaba Gina, ¿la conocías?

Maybridge, que era todavía un fumador empedernido, sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno con impaciencia.

—No.

Trató de recordar lo que Connors había dicho de ella. Era la madre de las hijas gemelas de Grant, dos adolescentes. Grant le pasaba una pensión generosa y ella había de heredar una suma sustanciosa —¿había dicho sustanciosa?— a la muerte de su marido. Según el testamento, en el que Connors había firmado como testigo y del que Grant había hablado. Tanto él como Claxby habían considerado esta explicación como un esfuerzo de Connors para que la herencia de Fay pareciera menos importante. Desde luego, importante había sido.

—¿Conocías a su marido? —preguntó Meg—. ¿Asistió al seminario?

—Ya lo creo —contestó Maybridge—, Trevor Martin estuvo presente. Un tipo muy corriente, sin nada en él que llamara la atención. Un maestro de escuela. En sus novelas, trataba de deshacerse de los cadáveres con baños de ácido, pero no sabía una palabra de química.

Recordó el diagnóstico de Barker durante el análisis de escrituras: «Si quisiera hacer desaparecer un cadáver, se aseguraría de conocer a fondo la química». ¿Qué más había dicho acerca de él? No mucho, pero sí lo suficiente para trazar el retrato. Un descontento extremo.

Maybridge se sirvió otra copa de licor, tratando de recordar. El descontento podía inducir a la acción a ciertas personas. La noche en que murió Grant, Martin había estado merodeando por el lugar —tomando un vaso de leche en la cocina, había explicado— y hablándole al mayor Haydon. Debíó de tener un susto al ver a Haydon allí. Por lo tanto, admitió que se había levantado. Incluso quiso dirigirse a Claxby y a él mismo, aquel día en la cantina. Se lo

había explicado antes de que pudiera hacerlo Haydon, y al mismo tiempo había arrojado sospechas sobre Haydon. Un buen trabajo. Cuidadosamente calculado.

Pero Grant se había suicidado, y con razón. ¿Por qué dudar al respecto?

—No me has ofrecido una copa —se quejó Meg—. Cuando tu mente de policía empieza a trabajar, te olvidas incluso de mi presencia.

—Lo siento —dijo, cogiendo su copa.

La llenó demasiado y ella tomó unos breves sorbos con cuidado, antes de decirle lo que él quería saber.

—Parecían formar una familia llena de afecto, Trevor Martin y su flamante esposa y las hijastras. Los cuatro esperaban ayer ante el telesilla. Gina tiene más o menos mi edad... tal vez unos pocos años de diferencia. Es regordeta y de aspecto agradable. Se tiñe los cabellos de color castaño rojizo. Las chicas llevan trenzas largas y rubias. Dentro de unos años, se harán admirar. Se parecen a su padre. Grant era un hombre guapo... al menos, esto dijiste tú. Y tienes razón al decir que Martin no llama la atención. No me hubiera fijado en él de no haber estado con ellas tres. Se estaban burlando de él porque se quedaba en las pistas infantiles. Supongo que es la primera vez que esquía. De todos modos, es algo más valiente que tú, puesto que tú ni siquiera lo intentas.

Maybridge preguntó a Meg si la habían presentado como la señora Maybridge.

—No... Allí no hubo ninguna presentación. Yo estaba con unos cuantos amigos esquiadores y algunos sabían que Gina había estado casada con Grant, y más tarde lo comentaron. Y no te preocupes, puesto que en nada contribuí yo a la conversación. Lo que ocurrió en aquel seminario es agua ya pasada.

Advirtió que había estado hablando de Gina como si esta todavía viviera. Recordaba vívidamente aquella familia del día antes: un grupo alegre y lleno de vida. Después, volvió a ella la sombra de hoy, momentáneamente olvidada, y hubo tristeza en su voz cuando siguió hablando.

—Según lo que he oído decir, ella intentó uno de los descensos más difíciles, perdió el control, se desvió en la dirección opuesta y se estrelló contra un grupo de árboles. Lo vieron media docena de

esquiadores. Debió de ser una escena terrible, pero ellos nada pudieron hacer para evitarlo.

—¿Y dónde estaba su marido? —preguntó Maybridge.

—Abajo, en las pistas de los niños, pobre hombre.

Muerte accidental, decidió Maybridge, y permitió que su sospechoso saliera del negro túnel hasta llegar a la luz. Bueno... a media luz.

—¿Estaba solo allí?

—¡Dios mío, dame paciencia! —suspiró Meg, auténticamente enfadada—. Estaba en las pistas infantiles con otras cincuenta personas. Y si alguna vez un hombre ha necesitado compasión y comprensión, es este.

Tenía razón, desde luego. Su trabajo le estaba convirtiendo en un ser retorcido.

Más tarde, aquella misma noche, mientras él y Meg tomaban café en el salón de recepción del hotel, entró Trevor Martin con sus hijastras. Una de ellas se había agarrado a su brazo y la otra caminaba delante de los dos. Los tres vestían prendas vistosas, propias de sus vacaciones: las chicas *sueters* amarillos y pantalones vaqueros haciendo juego, y Martin un traje de esquiador azul marino. A primera vista, encajaban en el escenario, pero en seguida resultó evidente que formaban un grupo aparte. Maybridge tuvo una intensa impresión de unidad. En su dolor, cada uno trataba de proteger a los demás. La chica que caminaba delante se detuvo y dijo algo. Martin apoyó la mano en su muñeca y se la acarició suavemente. Hablaron durante unos momentos y después las muchachas se dirigieron hacia el ascensor. Martin titubeó, como si no supiera lo que debía hacer. Caminó hasta el mostrador de recepción y habló con el empleado, y seguidamente se dirigió al bar.

—Ahí tienes tu oportunidad —dijo Meg—. Ve a charlar un rato con él. Yo tomaré el ascensor con las chicas. Si es posible, trataré de prestarles ayuda.

El ascensor no era automático y el empleado que se ocupaba de él, un hombre ya de cierta edad, esperaba a que se llenara. Mantuvo la puerta abierta para que entrase Meg, y Maybridge esperó hasta que lo hubo hecho.

No deseaba seguir a Trevor Martin, y comportarse decentemente

en este caso resultaba muy difícil.

Finalmente, se encontraron en la puerta del bar, dos minutos más tarde, cuando Trevor Martin salía de él.

—Creí haberle reconocido —dijo Martin.

Hacía nueve horas que Gina había muerto. Él había pasado parte de la tarde en el depósito de cadáveres y todavía podía notar su olor, todavía oía el eco de sus pasos en aquel suelo enlosado. Fuera de él, todo era irreal, incluso ese hotel enorme y ruidoso. Se sentía como si se encontrara en un escenario, bajo unos focos potentes, y como si un apuntador, entre las tramoyas, suministrara frases a su cerebro. Indicó el sofá que Maybridge acababa de abandonar.

—Sentémonos —Le condujo hasta allí—. ¿Estaban tomando café? —Había observado las dos tazas vacías—. ¿Pedimos más?

Las preguntas eran concretas y secas. Automáticas.

Maybridge asintió.

—Muchas gracias.

Un arranque de charla nerviosa... Una necesidad de acción... No era cosa inusual en momentos de estrés. Recordó las reacciones de los escritores al ser interrogados.

Se sentaron y Martin llamó al camarero. Dos cafés turcos... Uno sin azúcar, *«Bêz sécera»*.

El camarero repitió *«Bêz sécera»*, con la pronunciación correcta, y después dijo en un inglés perfecto:

—Azúcar para uno.

Martin esperó a que se alejara y entonces empezó a hablar de nuevo: sobre la calidad del servicio en general, la comida y del vino... ¿qué opinaba Maybridge de las bebidas locales? El ljuta era todavía más fuerte que el slijivovica... ¿no lo había probado todavía? Maybridge, preguntándose cómo podía detener aquella charla y dirigir al otro unas palabras de pésame, manifestó que prefería la cerveza.

—A mis hijastras les gusta esa repugnante bebida hecha de frambuesas, la Malina, y un líquido fabricado con maíz y vainilla, llamado Bozo —continuó Martin—. Mi esposa bebe vino... bebía, quiero decir... ella...

El diálogo se estaba estropeando. Sus pensamientos emergían a través de aguas oscuras y en una red formada por palabras, que ya no las podía retener.

Se volvió a medias en el sofá y miró a Maybridge. En sus ojos, de color azul pálido pero inyectados en sangre, brillaban las lágrimas. Maybridge leyó en ellos la pregunta: «¿Por qué diablos ha venido usted?».

Entonces Martin preguntó en voz alta:

—¿Está usted aquí profesionalmente, inspector jefe?

Maybridge, alertada de nuevo sus anteriores sospechas, contestó que estaba de vacaciones.

—Es una coincidencia que también yo me encuentre aquí —persistió Martin—. No es uno de los grandes centros turísticos más populares. ¿Por qué lo eligió usted?

Maybridge le habló del librito de Barker.

—Es el experto en caligrafía que analizó las muestras de escritura en el seminario.

Si no pronunciaba en seguida las palabras de condolencia, sería ya muy difícil hacerlo.

—He lamentado profundamente —empezó a decir, a media voz — la noticia del accidente de su esposa...

Martin no contestó. Había un torbellino en su cabeza. Gina se había destrozado contra un árbol. Su cráneo quedó fracturado. Palabras, hechos. Cosas que no había que mirar. Cosas en las que no se tenía que pensar. Ayer, a esa misma hora, habían estado bailando los dos el Kolo, en una fiesta yugoslava celebrada en un hotel cercano al suyo. Ella le había obligado a bailar, burlándose de su timidez.

Entonces él no sabía que Maybridge se encontraba aquí. No lo supo hasta que miró en el registro de clientes del hotel, mientras los dos se encontraban ante el mostrador de recepción, esperando la llave de su habitación, pasada ya la media noche.

La compasión de Maybridge era sincera.

—Es una verdadera tragedia. Si algo podemos hacer, yo o mi esposa...

—Nadie puede hacer nada —replicó Martin.

Sus palabras fueron contundentes, incluso frías.

Cuando ambos subieron a su habitación la noche pasada, ella advirtió su temor... pero no supo comprenderlo. Él le dijo que tendrían que suspender inmediatamente sus vacaciones y marcharse. Sus excusas fueron increíbles. Ella ni siquiera supo de

qué le estaba hablando. Al transcurrir la noche y debilitarse su resistencia a las preguntas de su esposa, esta empezó a comprender. Recordaría de qué manera le miró ella entonces. Siempre lo recordaría.

—¿Era una esquiadora experta? —preguntó Maybridge.

—Más bien podríamos decir mediana.

«Ella, se mató, policía, yo no estaba allí».

Llegó el café turco y el camarero indicó la taza sin azúcar. Trevor Martin la cogió y después firmó la nota y dejó una propina.

Maybridge observó que la propina fue desproporcionadamente generosa. O bien Martin no entendía la moneda local o estaba demasiado trastornado para fijarse. El camarero le dio profusamente las gracias y se retiró.

El café era negro y con un sabor muy amargo. Maybridge removi6 el suyo hasta que se disolvió todo el azúcar. Martin empleó un edulcorante. ¿Otro diabético?, preguntó Maybridge. Desde luego, no se trataba de un problema de peso, pues el hombre era delgado como un lebre. Quiso saberlo.

—¿Por qué toma eso?

Martin paró la estocada.

—Sin eso, no podría beberlo.

Un grupo de turistas jóvenes, vestidos con los colores de un pavo real y con las voces roncadas propias de esa ave, salieron del ascensor y se dirigieron hacia el bar. Maybridge les miró con irritación. Esa clase de conversación debiera desarrollarse en otro lugar... un lugar tranquilo y más íntimo.

Preguntó a Martin cuando creía poder regresar a Inglaterra. Martin se encogió de hombros.

—No lo sé. Habrá... —No encontraba la palabra adecuada—, formalidades... Gina... llevarla a nuestro país... todas las gestiones en el aeropuerto...

Dejó la sentencia sin terminar y seguidamente empezó a bloquear el horror con otra retahíla de palabras:

—Le hacía tanta ilusión venir aquí. Para los cuatro, eran nuestras primeras vacaciones en familia. Lo habíamos dispuesto todo para una época en que las niñas no tuvieran colegio. Van a un colegio de media pensión en Bath. Cuando nos casamos, yo fui a vivir allí, en casa de Gina. Está en uno de los bloques de edificios

georgianos. Yo vivía al sur de Bristol, en la zona de Barrow. En lo que los agentes inmobiliarios llaman un chalet personal. Ella lo encontraba encantador, pero aislado y demasiado pequeño para los cuatro, y demasiado alejado para que las chicas fueran a su colegio. Por consiguiente, lo vendí.

Observó la expresión de Maybridge y se detuvo bruscamente. «Y cambiaste una casa destartada por otra que vale más de cien mil libras; esto es lo que está pensando, ¿verdad?».

Maybridge lo estaba pensando. Se preguntaba adónde conducía la conversación y decidió orientarla.

—¿Puede, de todos modos, ir y venir cada día desde su escuela?

—Podría hacerlo. Pero prefiero no hacerlo. Considero que las clases privadas encajan mejor con mis tareas de escritor.

«Financiadas por el dinero de Gina; también está pensando esto».

Hubiera sido banal y tangencial interesarse por sus libros, y por ello Maybridge no lo hizo. Se preguntó: ¿y qué más? Y esperó.

—Gina se quedó muy sola después del divorcio —prosiguió Martin—. Se divorció de Grant cuando él la abandonó por Fay... Pero usted ya está enterado de todo esto. Probablemente, tiene nuestros expedientes desde aquel seminario —Hizo una mueca de amargura—. Yo he gozado de autonomía durante casi toda mi vida. Tal vez por esto no me atrajo el matrimonio cuando mis amigos de la misma edad empezaban ya a comprometerse. Pero pensé de muy distinta forma cuando conocí a Gina. Nos conocimos hace tres años, en una cena que dio un amigo mutuo.

«Y nos necesitábamos el uno al otro. La necesito ahora. No puedo, no quiero creerlo».

Los acontecimientos de la noche volvían a pesar sobre él. No podía bloquearlos para impedirles la entrada. Habían dormido muy poco. Gina se levantó temprano y fue a dar un paseo... y se negó a que fuese con ella. Bajó a desayunar muy pálida pero muy dueña de sí, e insistió en que fueran a las pistas de esquí como de costumbre. Las chicas, al notar su malhumor, se sintieron inquietas. Ella siempre había tenido buen cuidado de las dos. Pensando en ellas, no se hubiera matado deliberadamente. Todo había ocurrido a causa de su turbación. Se había sentido demasiado trastornada para que le importase otra cosa.

Y él se sintió demasiado trastornado para preocuparse ya por nada. El impulso que le hacía hablar era peligroso, pero no podía evitarlo.

Había un pequeño dibujo de mosaico en la mesa del café y sus dedos recorrieron aquellos arabescos de color pardo bronceado mientras hablaba.

—Nos casamos hace unos meses... poco después de morir Grant. Si nos hubiéramos casado mientras él vivía, ella habría perdido su pensión. Casarse contando tan solo con mi salario, después de todo a lo que estaba acostumbrada, no hubiera sido justo. Ni para las niñas. Yo no hubiera podido mantener la casa en Bath. Había varias razones prácticas para esperar. Nos veíamos los fines de semana... y pasábamos las vacaciones juntos. Sin embargo, queríamos algo más. Estos últimos meses han sido los más felices que yo he conocido... Y ella pensaba lo mismo.

Y «entonces llegó usted. Y si no está aquí profesionalmente, ¿quién o qué le ha enviado? ¿Némesis?».

Había veces que su trabajo desagradaba profundamente a Maybridge. Veces como esta. Unas pocas palabras sin importancia bloquearían ahora lo que él sabía que había de venir. La aseveración de que realmente se encontraba ahí en vacaciones... unas pocas palabras genuinas de compasión para un hombre que se sentía genuinamente dolorido... Una retirada llena de tacto. Desde luego, resultaba tentador.

Sin embargo, Maybridge permaneció sentado, sin decir nada.

—Durante toda esta conversación —continuó Martin—, no he dicho nada que usted no sepa ya. Y lo que no sabe, lo ha supuesto. Esta noche, yo hubiera podido evitarle. Hubiera podido salir para dar un paseo, y no regresar. Pero no tengo esa clase de valor... o de cobardía —Contempló la brillante y lujosa sala del hotel con ojos que no veían. El impulso que le movía a hablar era como una recia cuerda que le arrastrara a un abismo, pero en un extremo de ella tal vez hubiera por fin la paz—. Puesto que estoy seguro de que acaba de deducirlo ahora, correctamente, yo soy diabético como Grant. O tal vez usted lo supiera ya. Tengo acceso a la insulina y estoy al corriente de sus diversas dosis.

»Después de lo que le ocurrió a Christopher Haydon, Grant pudo haberse suicidado. Si yo no hubiera hecho nada, tal vez él hubiese

muerto de todas maneras, aunque esa idea, desde luego, no me ha servido de consuelo. Cambié el vial la mañana del seminario, mientras Grant se encontraba en su despacho. Por la tarde, después de la concesión del premio, recorrí el pasillo y observé que la puerta de su habitación estaba abierta y la luz encendida. Fay estaba arreglando el cuarto. Tuve el tiempo justo para observar que había colocado la insulina y la jeringa de Grant en el estante sobre el lavabo. Antes, estaban en su bolsa de fin de semana, y yo las había tocado con los guantes puestos. Me preocupaba el hecho de que las huellas dactilares de Fay pudieran implicarla a ella. Nadie, aparte de mí, está implicado en eso. Gina no sabía nada. Tuvo un disgusto al enterarse de la muerte de Grant. La había tratado muy mal, pero ella todavía le tenía un cierto aprecio. La impresión la enfermó cuando la noche pasada yo le conté la verdad.

Las palabras salían dolorosamente. Notaba una rigidez en su cara y su boca le parecía hinchada y magullada.

—Usted debe de saber algo de eso... pues de lo contrario no se encontraría aquí. Ella nunca habría sabido la verdad si usted no hubiese venido.

La compasión abandonó repentinamente a Maybridge, como si le hubieran dejado a oscuras. Trató de mantener un tono de voz normal.

—Mi venida aquí fue puramente casual. Yo... mis colegas y yo... nos mostramos evidentemente negligentes en nuestra investigación. Usted se nos pasó por alto —Su indignación cedió un tanto—. Siento sinceramente la muerte de su esposa, pero nada tiene que ver conmigo. Usted mató a Grant. Suya es la responsabilidad. Su conciencia... o el miedo... le hicieron admitir este hecho ante su esposa después de descubrir que yo me alojaba en el hotel. Yo no soy responsable de su conciencia, ni de sus actos... ni de las consecuencias de estos actos. Usted privó a sus hijastras de su padre. Cuando entró con ellas aquí hace un rato, pude darme cuenta del afecto que sienten por usted. ¿Cómo supone que se sentirán cuando conozcan la verdad? Su conciencia es asunto suyo, pero si todavía existe, por el amor de Dios, piense en ellas dos.

Por la expresión de Martin pudo ver que las palabras habían calado hondo. Realmente, había habido afecto por ambas partes.

—Apenas terminen las formalidades aquí —le dijo Maybridge—,

dispondré mi vuelo de regreso a Inglaterra de modo que pueda viajar con usted. Todavía no es necesario decirles nada a las hijas de Grant. Mi esposa hará por ellas cuanto pueda, hasta que usted las acompañe a nuestro país.

Martin hizo un esfuerzo para pensar más allá del momento actual. El cambio que Maybridge había introducido, probablemente sin deliberación, de «sus hijastras» a «las hijas de Grant», subrayaba la ruptura de vínculos. Había comenzado la terrible soledad.

Preguntó a Maybridge si la declaración oficial se efectuaría ante la policía después de llegar a Inglaterra.

—Sí, supongo que en Bristol.

«Y si no la haces —pensó Maybridge con amargura—, probablemente no se establecerá ningún caso judicial. Con Grant incinerado, es de suponer que no habrá pruebas suficientes. Por lo tanto, si el caso va a los tribunales y tienes un buen abogado, posiblemente salgas libre. Solo una confesión puede meterte entre rejas».

Era necesario telefonar a Bristol y presentar un informe. Posiblemente, Claxby no se encontraría allí a esa hora —las diez y media aquí eran las nueve y media en Inglaterra—, pero otro oficial superior tomaría las riendas del asunto y sería desaconsejable esperar hasta el día siguiente. Después de su fiasco en el seminario, lo estaba haciendo todo al pie de la letra.

Antes de retirarse para telefonar, se levantó y contempló a Martin. En todos sus tratos con asesinos, en el pasado, nunca había existido ese nivel de implicación personal. Las palabras que Cora Larsbury había citado y que aludían a la solución del asesinato les resultaban demasiado familiares. Y ahora, el crimen había quedado solucionado... tardíamente, sin que hubiera ninguna satisfacción en ello. Rara vez la había.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
NO
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

9. *EN EL DIQUE,*
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*
LA
Charles Williams
19. *MORTAL,*
CHANTAJE
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDEÉS,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*,
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*
DETECTIVE
JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*
LA
CASSIDY
David Goodis
33. *MORTAL,*
CAÍDA
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*
SECRETOS
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*
CAMINO
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*
CUIDADO
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
UN
QUEEN
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*
ME
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*
SU
ALTEZA
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*
EL
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*
ETERNA
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*
LA
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



BARBARA MARGARET TRIMBLE

(1921-1995)

fue una escritora británica de novelas de crimen y suspense.

Nació en Holyhead, Anglesey, Gales y escribió bajo los seudónimos B. M. Gill y Margaret Blake.

Empezó a escribir desde muy joven, sin embargo, no fue hasta que su último marido la convenció para hacer algo al respecto, que se puso a escribir en serio. Se convirtió en poco tiempo en una de las más celebradas autoras británicas.

Ganadora con su novela *El jurado número 12* (The Twelfth Juror) del premio Gold Dagger en 1984, y nominada en dos ocasiones para el premio Edgar de los Mystery Writers of America —raro privilegio para un autor británico—, ha publicado en español, entre otras: *Crímenes infantiles* —las atroces perversidades de una peligrosamente infantil—, *El club del crimen* —una magnífica lección magistral de deducción en el más puro estilo británico— y *Me muero por conocerte*.